OBRAS DEL P. JOSÉ DOMINGO MARÍA CORBATÓ—TOMO LVI

SERIE VII—HISTORIA DE LO FUTURO—TOMO VI

APOLOGÍA
DEL GRAN MONARCA

PRIMERA PARTE

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

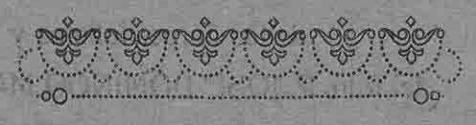
PUBLÍCASE CON EL DEBIDO PERMISO

VALENCIA
BIBLIOTECA ESPAÑOLISTA
1904


Biblioteca Valenciana
Apología del Gran Monarca
31000000862188
CV/1219







Biblioteca Españolista

(Valencia) BENIMAMET



Las circunstancias de excepcional gravedad por que pasa nuestra amada Patria desde el advenimiento del nuevo régimen de gobierno, y que tan hondamente preocupan a los católicos españolistas, son sin duda la causa principal de haber hecho como revivir y puesto de candente actualidad la memoria de los numerosos y luminosísimos escritos que en el orden religioso-político y profético publicara en el primer lustro del corriente siglo el entonces tan injustamente perseguido hasta la muerte, como desconocidísimo P. José Domingo María Corbató.

No le hemos tenido en olvido sus antiguos y siempre fieles discípulos y admiradores; y haciendo un constante esfuerzo en el que siempre nos ha ayudado la divina Providencia, y con una decidida voluntad, que también de Dios venía, hemos creído hacer un bien a la Religión y la Patria, y a la vez honrar la memoria de nuestro queridísimo Padre y Maestro, procurando conservar y salvar hasta el presente los restos que de los libros y folletos y revistas quedaron de la llamada *Biblioteca Españolista.*

Hoy que, como arriba decimos, a la vista de los hechos presentes y de otros que claramente se vislumbran, van resultando de candentísima actualidad dichos escritos, nos hemos impuesto nuevo sacrificio, que no dudamos han de agradecer los lectores, no sólo desempolvando y ordenando dichos restos de la *Biblioteca Españolista,* sino hasta reimprimiendo algún número de las Revistas, con el fin de poder ofrecer completas sus colecciones, verdaderas y acabadas enciclopedias religiosas, proféticas, científicas, políticas, históricas, etc., oportunísimas para nuestros tiempos.

Así, pues, vean nuestros lectores el siguiente prospecto-catálogo de las obras, folletos y revistas que constituyen esta interesantísima *Biblioteca Españolista,* y aténganse a las advertencias y notas que en el mismo se hacen.

PROSPECTO - CATALOGO

de las obras, folletos y revistas

del Rdo. P. JOSE DOMINGO MARIA CORBATÓ

que forman la

BIBLIOTECA ESPAÑOLISTA — (Valencia) BENIMAMET

OBRAS PRINCIPALES

(todas de actualidad palpitante)

MEDITACIONES RELIGIOSO-POLITICAS DE UN ESPAÑOL PROSCRIPTO.—Esta obra extraordinaria, de exquisito mérito histórico, literario y político, contiene las Meditaciones publicadas por «Luz Católica», y una tercera parte más que no pudo ser publicada. Más de 400 páginas en 4.º holandés.—4 *pesetas*.

MEMORIAS, IMPRESIONES Y PRONOSTICOS DE UN ESPAÑOL PROSCRIPTO.—Ya conocen nuestros amigos lo que es esta tan aplaudida obra, que parece magna profecía de nuestros tiempos y los que se acercan; nada más necesitamos decir.—4 *pesetas*.

APOLOGIA DEL GRAN MONARCA.—Es una obra de trascendental importancia y de actualidad candente, en que se demuestra hasta la última evidencia la racionabilidad e incontrastable solidez de las predicciones relativas al porvenir de España y al Gran Monarca. Primera y segunda parte en 4.º holandés, de cerca de 500 páginas cada una, encuadernadas formando un solo tomo.—8 *pesetas*.

REVELACION DE UN SECRETO.—Obra de 360 páginas en 4.º holandés. Nuestros amigos saben a qué atenerse sobre esta importantísima obra.

REGLA GALEATA DE LOS HERMANOS DE LA MILICIA DE LA CRUZ, publicada por vía de programa. Es doctrinal y práctica. En su parte doctrinal es indiscutible para todo católico, pues está tomada literalmente de las Encíclicas del inmortal León XIII, y abarca tanto, que es un programa vastísimo en que se halla solución a todas nuestras cuestiones religioso-políticas. Contiene esta obra XII-312 nutridas páginas en 4.º holandés.— 4 *pesetas*.

OBRAS MAS ANTIGUAS

LEON XIII, LOS CARLISTAS Y LA MONARQUIA LIBERAL, 2 tomos en 4.º—Agotada.

DIOS, PATRIA Y REY O CATECISMO DEL CARLISTA.—2 *pesetas*. Quedan unos pocos ejemplares.

CUESTIONES CANDENTES SOBRE LA SUMISION AL PODER CIVIL.—2 *pesetas*. Sólo quedan unos pocos ejemplares.

LOS CONSEJOS DEL CARDENAL SANCHA.—Agotada.

TERESA, O EL PREMIO DE LA VIRTUD. Novelita religiosa.—Agotada.

Nota: Para servicio por correo, añádase 5 céntimos por cada peseta del importe total de lo que se pida, más 30 céntimos si se desea certificado.

FOLLETOS DEL P. CORBATÓ

Hemos agrupado los distintos folletos publicados por el P. Corbató, atendiendo a la mente principal de su contenido, y formado 3 tomos de unas 300 páginas cada uno en 4.° holandés, de compacta lectura, como sigue:

Grupo I

FOLLETOS VARIOS DE AMOR ESPAÑOLISTA

(Precio, 3 pesetas)

El Españolismo de Aparisi y Guijarro.—Magnífico y grandilocuente discurso pronunciado en París el 24 de marzo de 1900.

Observaciones apologéticas sobre la vida y costumbres del P. Corbató.—Folleto interesantísimo, con multitud de documentos, que el autor dedica respetuosamente al magnífico y reverendísimo Episcopado español.

Impresiones españolistas de un viaje de propaganda.—Folleto sobre la vocación de España.

La raza degenerada.—Folleto contra los españoles desafectos a España.

La cruzada españolista.—Su importancia, su necesidad, su triunfo.

Grupo II

FOLLETOS VARIOS DE DOCTRINA ESPAÑOLISTA

(Precio, 3 pesetas)

Exposición a D. Carlos de Borbón y Austria-Este.—Folleto importantísimo en que se expone y vindica la política carlista genuinamente tradicional.

Integrismo y Españolismo.—Exposición de la política tradicionalista fundamental.

La actualidad parlamentaria con relación a la doctrina católica.—Folleto de actualidad y de amenísima filosofía política, en que se deshacen muchos errores candentes.

Regionalismo españolista.—De importantísima actualidad patria.

Separatismo disimulado.—Estudio histórico contra el catalanismo falso.

Ensaig de programa regionaliste fonamental.—Tret dels Còdichs espanyòls y atres fonts autèntiques de les tradicions hispano-furistes, u siga: Los vers fonaments de la vera democracia y del ver regionalisme valenciá.

Grupo III

FOLLETOS VARIOS DE APOLOGETICA ESPAÑOLISTA

(Precio, 3 pesetas)

La campaña de «El Urbión».—Ocho nutridas páginas en 4.º menor, en el que caritativamente se previene al tristemente célebre presbítero Don Segismundo Pey-Ordeix el fin de su desastroso paradero.

La cuestión de la Buena Prensa.—Importantísimo folleto de 110 páginas en 4.º, en que se resuelven arduas cuestiones.

Llaves.—Memoria póstuma del general D. Salvador Soliva.—Los Vendidos. —Son tres folletos, que suman 168 páginas, sobre política tradicionalista vindicativa, con abundantes notas y fotograbados.

El espíritu del carlismo.—Meritísimo folleto de 70 páginas de nutridísima lectura, cuya publicación produjo el fruto que se deseaba, en particular de la prensa carlista y dirigentes del partido, conteniendo el mal espíritu religioso que inadvertidamente les informaba, puesto en evidencia con la monstruosidad del conjunto que representa la recopilación y copia literal de párrafos de dicha prensa, con sus citas al pie.

La verdad acerca de una desautorización.—Defensa del P. Corbató con motivo de la suspensión de «Tradición y Progreso».

GRUPO DE PEQUEÑOS OPUSCULOS

(Precio, 2'50 pesetas)

El Hijo de las Lágrimas.—Ensayo poético sobre la conversión de San Agustín.

Luisito Sarriá o El Hijo de la Lavandera.—Hermosa novelita histórica sobre la niñez del V. P. Granada.

Catecismo Cristiano-Católico.—Según graves teólogos es el mejor compendiado y más oportuno para las necesidades de la época presente.

Visionarios y visiones o El P. Corbató y lo porvenir.—Folleto de capital importancia y actualidad palpitante sobre el P. Corbató, profecías, guerra europea, etc.

Carlismo y Españolismo.—Párrafos literales de varias cartas del P. Corbató.

Reglamento de la Academia Valentinista de Controversia.

ADVERTENCIA.—Siendo muy reducido el número de ejemplares que quedan de alguno de los folletos que integran los grupos arriba indicados, nos hemos visto precisados a seguir el trabajo de agrupación y encuadernación prescindiendo de los que se iban agotando. Decimos esto, porque en los primeros pedidos que nos hagan podremos servir todos los folletos expresados, pero después puede faltar alguno de ellos por haberse agotado (aunque hayamos procurado llenar su vacío con otro u otros de los que había más existencia), y no queremos que se nos llame a engaño. Si, pues, alguien pidiese tal o cual grupo con el fin de leer un folleto determinado, conviene que antes lo exprese para servírselo si lo tenemos, o contestarle en caso contrario.

También, fuera de los grupos mencionados, hemos reunido los varios folletos sobrantes, y formado tomos, con ejemplares distintos, que se venderán a 2, 1'75, 1'50 y 1'25 pesetas, según contengan respectivamente 5, 4, 3 o 2 folletos. Todo se ha de servir encuadernado.

Añádanse al importe 5 cénts. por peseta, más 30 si se ha de certificar.

Rdo. P. José Domingo María Corbató

COLECCIONES DE SUS REVISTAS

Colecciones de LUZ CATOLICA. (*Los cuatro años*).—Dos tomos en folio, a dos columnas, de más de 1.000 páginas cada uno, con abundantes índices por orden de materias.—Precio de la colección, elegantemente encuadernada, 30 *pesetas*.

Colecciones de LA SEÑAL DE LA VICTORIA. (*Los cinco años, más lo publicado después en forma de Suplementos*).—Forman la colección dos tomos de igual tamaño y disposición que los anteriores, con más de 3.000 páginas de lectura, y abrazan: el 1.º, desde octubre de 1903 hasta fin de 1905; y el 2.º, desde el principio de 1906 en adelante, con los Suplementos. Precio de la colección, elegantemente encuadernada, 30 *pesetas*.

Colecciones de TRADICION Y PROGRESO.—Corresponde a los meses de octubre y noviembre de 1912. Sólo 4 números forman esta colección; y con decir de ellos, según juicio crítico de persona meritísima, que vienen a ser «como cuatro evangelios para nuestros tiempos», nos escusa manifestar la importancia capitalísima de la doctrina que contienen. Forman un tomo de 250 páginas en 4.º mayor de compacta lectura. Eficazmente recomendamos su adquisición. Precio 3 *pesetas*.

NOTA: Para gastos de correo añadir al precio sobretasado 5 céntimos por cada peseta del importe total del pedido, más 30 céntimos si se desea certificado.

ATENCION

La llamamos sobre lo que significan y valen las anteriores colecciones. De la de «Tradición y Progreso» baste lo poco que insinuamos arriba; y de las de «Luz Católica» y «La Señal de la Victoria», por su mayor extensión son entrambas unas verdaderas y acabadas enciclopedias religiosas, proféticas, científicas, políticas, históricas, etc., oportunísimas para nuestros tiempos. Por eso dicen a una todos cuantos las conocen, que son las únicas en su género. Bien saben los que fueron sus lectores y observan ahora la marcha actual de los acontecimientos en España y fuera de ella, que la fuerza de estos mismos acontecimientos y los que por consecuencia necesariamente han de seguir, todos clara y terminantemente previstos y expresados en dichas colecciones, hará que dentro de poco se las tenga y guarde como verdaderas joyas.

Si a nosotros nos moviese el interés material, no daríamos ahora a tan reducido precio ni a mayor las colecciones, sino que las guardaríamos, en la seguridad de que dentro de poco nos habían de valer mucho más; pero tenemos en cuenta, porque nos consta, que muchos de los que fueron suscriptores no guardaron la colección porque sacrificaron los números en hacer propaganda; otros porque no previeron su importancia actual desde el primer número, y se descuidaron; otros por otras razones, y todos se conduelen de no poseer las Revistas de sus amores.

Teniendo presente estas consideraciones, nos hemos impuesto el sacrificio de reimprimir actualmente algún número de los que estaban agotados, con el fin de que nuestros antiguos lectores puedan complacer sus deseos. Y siendo muy corto el número de las colecciones que hemos podido completar, a los señores y amigos que no quieran quedar sin ellas rogamos que se apresuren a comunicarlo para que se las reservemos, aunque por cualquier motivo tuvieran que demorar el giro de su importe.

LA CUESTION JOSEFINA

por el Rdo. P. José Domingo María Corbató

Obra publicada con censura y aprobación de dieciséis teólogos competentes.

Contiene primera y segunda partes de la VINDICACION JOSEFINA, que tratan respectivamente de la Inmaculada Concepción y de la Paternidad virginalmente real de San José, precedidas de varias cuestiones de defensa josefina, y seguidas del 4.º y último suplemento de «La Señal de la Victoria», de cuya trascendental importancia poco hemos de decir, bastando para manifestarla su título *Interpretación anticipada de las Normas de S. S. Pío X para la concordia de los católicos españoles*; es decir, que no fué interpretación del momento, sino *anticipada*, vieja ya de muchos años, extractada literalmente de los escritos del integérrimo y calumniadísimo P. Corbató, con las respectivas citas al pie de cada párrafo, demostrando así con la mayor de las evidencias que nuestro incontaminado Padre Corbató propugnó siempre, siempre, y al pie de la letra, la política de las venerables Normas de S. S. Pío X. Por esta razón pudimos terminar un breve prólogo a las mismas diciendo los *editores al lector*: «Nos contentaremos hoy con presentar las doctrinas del P. Corbató de absoluta conformidad con las de la Santa Sede, tanto en religión como en política, para que empiecen a ver sus émulos a quién persiguen y cuán injustamente le impiden escribir, y para que vean nuestros lectores por cuán seguro camino han ido siempre los que han seguido a esta gran víctima cuyo solo nombre es un magnífico programa».

Lleva además esta obra un completísimo índice, por orden de materias, del último tomo de «La Señal de la Victoria».

Ha merecido grandes elogios hasta de doctos adversarios, pues no es posible humanamente leer esta obra grandiosa y extremadamente lógica sin convencerse.

Va incluída esta obra en el último tomo de «La Señal de la Victoria»; pero a petición de muchos josefinos, la expendemos también aparte, encuadernada, siendo indispensable que el comprador nos sea conocido o recomendado por persona de nuestra confianza.

Forma un tomo de más de 300 páginas nutridísimas, en folio, a dos columnas.

PRECIO 5 PESETAS

NOTA.—Añádanse para el franqueo 0'20 por ejemp. y 0'30 si se desea certif.

ORIGINALES Y TRADUCCIONES

DEL

RVDO. P. JOSE DOMINGO M.ª CORBATÓ

De venta en la librería de Garnier Hermanos.—6, Rue des Saints Pères.—PARIS

EL HOMBRE TAL COMO DEBE SER

LA CONCIENCIA TAL COMO DEBE SER.

LA CARIDAD LO ES TODO.

RAMILLETE DE LA SEÑORITA CRISTIANA.

EL CONSUELO DE LOS ENFERMOS.

PROBACION DE LA HUMILDAD.

PROBACION DE LA POBREZA.

PROBACION DE LA OBEDIENCIA.

LA VIDA INTIMA CON JESUS.

LECTURAS CLASICAS EN PROSA Y VERSO, escogidas de 150 de los mejores hablistas castellanos.

CUPON-PRIMA

(Los pedidos al Administrador de esta Biblioteca)

D .... *habitante*
en .... *provincia de* ....
calle o plaza de .... *n.º* .... *piso* ....
me suscribo por las obras siguientes (1), cuyo importe remito por (2)
....

OBRAS	PRECIO	IMPORTE (3) Pts.	Cts.
...... Meditaciones religioso-políticas	4	....	....
...... Memorias, impresiones y pronósticos .	4	....	....
...... Apología del Gran Monarca	8	....	....
...... Revelación de un secreto (4).	10	....	....
...... Regla de la Milicia de la Cruz	4	....	....
...... Dios, Patria y Rey	2	....	....
...... Cuestiones candentes	2	....	....
FOLLETOS			
...... Grupo I.—De amor españolista	3	....	....
...... Id. II.—De doctrina españolista . .	3	....	....
...... Id. III.—De apologética españolista.	3	....	....
...... Grupo de pequeños apúsculos	2'50	....	....
...... Tomo por reunión de 5 folletos	2	....	....
...... Id. íd. íd. 4 íd.	1'75	....	....
...... Id. íd. íd. 3 íd.	1'50	....	....
...... Id. íd. íd. 2 íd.	1'25	....	....
COLECCIONES			
...... Colección de «Luz Católica»	30	....	....
...... Id. de «La Señal de la Victoria».	30	....	....
...... Id. de «Tradición y Progreso».	3	....	....
OBRA JOSEFINA			
...... La Cuestión Josefina (5)	5	....	....
...... Para gastos de correo (6)		....	....
Total		....	....

Recórtese este cupón y devuélvase en sobre abierto franqueado con 2 céntimos.

(1) Póngase antes de cada título el número de ejemplares que se desea adquirir, bien sea uno o más, y dejar en blanco los títulos que no se pidan. (2) Donde haya giro postal empléese este medio de pago, girando para poder cobrar nosotros en las oficinas de Valencia. Cuando no hay más solución que enviar sellos, que sean de 30 céntimos y certificar la carta. (3) Quedándose un ejemplar de cada, se hará un descuento del 10 por 100. (4) No se servirá esta obra sin que el comprador nos sea conocido o recomendado por persona de nuestra confianza. (5) Repetimos la llamada anterior. (6) Para franqueo de lo que se pida, añádase 5 céntimos por cada peseta de su importe total, agregando también 30 céntimos si se desea certificado.

1

APOLOGÍA DEL GRAN MONARCA

OBRAS DEL P. JOSÉ DOMINGO MARÍA CORBATÓ—TOMO LVI

SERIE VII—HISTORIA DE LO FUTURO—TOMO VI

APOLOGÍA
DEL GRAN MONARCA

PRIMERA PARTE
RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

PUBLÍCASE CON EL DEBIDO PERMISO

VALENCIA
BIBLIOTECA ESPAÑOLISTA
1903

«... Nosotros una sola cosa queremos que tengan en cuenta nuestros Hermanos, y es: que **en manos de Dios está la potestad de la tierra y Él suscitará á su tiempo quien la gobierne útilmente** (ECCLI., X, 4); y que **muchos tiranos se sentaron en el trono, pero al fin se ceñirá la diadema aquel de quien no se sospechaba.** (ECCLI., XI, 5).

O por decirlo con palabras de nuestro gran Maestro: «Cuando »sobrevienen males como estos de que hablamos, ofrece Dios al »mismo tiempo un socorro providencial, suscitando á un hombre, no »escogido al azar entre los demás, sino eminente y único, á quien »confiere el cargo de procurar el restablecimiento de la salud pú»blica». (LEÓN XIII, *Auspicato concessum).*

(REGLA de la Milicia de la Cruz, *art. 19*).

PRÓLOGO

BASTA el título de esta obra, para encarecer la importancia de ella. Léanla los que creen en la venida de un Gran Monarca, y se confirmarán en su bendita fe; léanla los incrédulos, y se les caerá la venda de los ojos; léanla los que hasta hoy se han burlado de nosotros, y quedarán confundidos; léanla todos, y no se arrepentirán.

Porque si la obra en sí es defectuosísima, no pueden ser más interesantes, y tal vez ni de mayor actualidad, las materias de que trata.

En cuanto á sus defectos, aparte de otros, adolece de no tener la trabazón íntima de un plan desarrollado desde el principio en forma de libro. Tiene su plan y su método, sí; pero es el que puede emplearse en un conjunto de artículos publicados por el autor en diversos tiempos, sin más plan que el atenerse á las circunstancias de cada fecha.

Rogamos á los lectores que tengan esto presente.

Con todo, aunque citando los números y fechas de *Luz Católica* donde se publicaron, hemos suprimido muchas frases alusivas á otros artículos de la misma revista y á circunstancias diversas, que en un libro no sirven sino para embarazar y cansar la atención del lector, y en cambio hemos puesto algunas que la índole del libro reclamaba, así como añadido varios artículos y párrafos inéditos.

A pesar de sus defectos, el conjunto será agradable y útil al lector: perdone los primeros en gracia de lo segundo.

En cuanto á la personalidad del hombre cuya apología hacemos en esta obra, poco decimos, porque es asunto de otra. Nuestra *Revelación de un secreto* dice lo necesario y con la claridad suficiente.

JOSÉ D. MARÍA CORBATÓ, PBRO.

(Valencia, 4 de Agosto de 1903, festividad del glorioso Patriarca Santo Domingo de Guzmán).

CAPÍTULO I

LA CUESTIÓN, SEGÚN LOS PROFETAS

CAPÍTULO I

LA CUESTIÓN, SEGÚN LOS PROFETAS

I

Resumen de las profecías sobre el Gran Monarca.

Vamos á ofrecer á nuestros amables lectores una recapitulación de cuanto anuncian los profetas acerca del Gran Monarca, para que desde ahora puedan hallar en un solo artículo lo que poco á poco iremos desenvolviendo.

Este resumen no es nuestro; pertenece á Monsieur Adrién Peladán, quien lo pone al frente de su obra *Nuevo Liber Mirabilis*. Nuestro trabajo se reduce á la traducción, salvo si alguna rara vez corregimos esta ó aquella palabra, nunca la idea; porque Peladán adolece también del exclusivismo francés, que todo, todo lo quiere para Francia, atribuyendo algunas veces á ésta lo que los profetas anuncian de otra nación.

Sin embargo, noten los lectores que Peladán no es un cualquiera: fué un crítico notable, director de varios periódicos católicos, políticos y literarios, autor de varias obras que le merecieron de Pío IX un Breve de felicitación, Caballero de varias Ordenes y miembro de varias Academias, etc. Dice, pues, este

erudito autor en la tercera parte de la introducción á su libro:

«Todas las profecías que versan sobre los tiempos actuales coinciden terminantemente en los siguientes hechos:

1.° Se nos promete un Rey, cuya piedad y sabiduría serán tan grandes como su valor. Recibirá de lo alto un poder prodigioso y nos cubrirá de inmensa gloria; será árbitro de Europa, temido del mundo entero, y cerrará la época de las revoluciones.

2.° Un Papa, lleno del espíritu de Dios como este Rey, hará también grandes maravillas en beneficio de la Religión. Papa y Monarca, estrechamente unidos para un mismo fin, renovarán la faz de la tierra.

3.° París está amenazado de una destrucción total, si persiste en ser Babilonia.

4.° Las herejías y los cismas se acabarán.

5.° Las dinastías que han perseguido á la Iglesia, abiertamente ó por combinaciones hipócritas, serán reprobadas y desposeídas del trono.

6.° Los pueblos serán sucesivamente sometidos al castigo de la expiación, con tanta severidad como exija la importancia ó la enormidad de sus crímenes.

7.° El Gran Monarca acabará con el Islamismo.

8.° Rusia se convertirá al Catolicismo y Polonia será reconstituída.

9.° La edad que va á comenzar precederá á la conversión de los judíos.

10. La venida del Anticristo, sombra principal de este inmenso cuadro, se anuncia para lo último de la sexta edad, que es la edad correspondiente á la abertura del sexto sello apocalíptico, hacia la abertura del cual marchamos. El fin del siglo (no del mundo), según las mejores autoridades, parece ha de venir con el fin del siglo XX.

Tal es el grave estudio qne nos proponemos. Algunos lo acogerán, le darán fe y no serán sorprendidos por los sucesos. Otros, la mayor parte, no le darán fe alguna hasta que vean estallar las crisis predichas y admiren la mano de Dios firmando los decretos de su Providencia (y otros ni siquiera con las crisis abren los ojos. Esa fué siempre la suerte de los profetas, y es menester que sea así).

Un lazo común liga estrechamente todas estas profecías, que corresponden á muchos capítulos de la Biblia y tienen por autores á inteligencias y virtudes de primer orden, yendo de San Agustín á San Remigio, de Vatiguerro á Santo Tomás de Aquino, de Jerónimo Bottin al solitario de Orval y al de

Premol; y así, marcando esplendorosamente los sucesos de todos los siglos, llegan en el nuestro á Ana María Taigi, Cura de Ars, Nuestra Señora de la Saleta, Pío IX y las nubes de Viena.

El lector más prevenido no podrá menos de descubrir en nuestro estudio los hechos capitales y á veces las particularidades de nuestra historia contemporánea, predichos con varios siglos de anticipación; se admirará de ver terminantemente descritas la confusión social que nos rodea, las perturbaciones políticas y religiosas que han desolado los dos últimos siglos y la agitación impía del tiempo presente, cuya precipitada carrera hacia el abismo nos parecería fatal si no conociéramos las promesas de Dios para lo porvenir.

Pero si las profecías descubren estas tristezas y desolaciones á quien las consulta, en cambio le descubren los esplendores de un porvenir próximo, en que los errores serán destruídos, los partidos muertos por el anatema, las habilidades escépticas descubiertas y disipadas, el cinismo de las apostasías puesto en tanta ignominia como merece, las sectas aniquiladas, la justicia y la fe magníficamente restauradas.

Los hombres, en su mayor parte, flotan indecisos, no comprendiendo el castigo de ayer, el peligro que nos amenaza hoy, el motín ó la revolución de mañana. Conviene, pues, repetirles esta verdad histórica, tan vieja como el hombre: que *el abandono de los principios conduce inevitablemente á la desorganización y á los desastres;* que *el desprecio de las leyes divinas abre las contenidas justicias de Dios y hace venir todas las plagas á los pueblos.* Quien haya leido la Biblia, que sirve de criterio á la historia, ese puede desconocer esta verdad, llamada Providencia por la teología, y Filosofía de la Historia por los sabios.

La negación ha hecho tales estragos entre los hijos de los hombres, que nada superior á dicha negación parece sobrevivir entre ellos. Para que renazca la tierra á la vitalidad, á la energía, à la grandeza, es menester que hayamos saludado ya aquella gran figura legendaria, y sin embargo real, que el Señor ha reservado para nuestros días; esto es, el Rey predestinado que los profetas proclaman con estos títulos: Holzahuser, *Socorro de Dios*; San Francisco de Paula, *el Victorioso;* Juan de Vatiguerro, *la Flor de Lis;* el Beato Joaquín, *el Justo;* etc.

Después del Mesías, él es el ungido y el brazo de quien Isaías dice: «Vendrá un Rey á la Casa de David; su trono se establecerá en la misericordia y él se sentará en la verdad; será un juez recto, se informará cuidadosamente y hará á todos pronta y exacta justicia. Este Rey será como un abrigo

para resguardarse de los vientos y un refugio para librarse de la tempestad. Será como el riachuelo en una tierra árida y como la sombra de alto peñasco en un páramo abrasado por el sol».

«He aquí lo que dice el Señor á Ciro, que es mi Cristo, á quien he tomado de la mano para sujetar las naciones, para poner los reyes en fuga, para abrir delante de él las puertas, sin que ninguna le quede cerrada: Yo iré delante de él; yo humillaré á los grandes de la tierra; yo romperé la puerta de bronce y arrancaré sus goznes de hierro; yo le daré tesoros ocultos y riquezas secretas y desconocidas, para que sepáis que yo soy el Señor, el Dios de Israel, que os he llamado por vuestro nombre».

El Salmista, á su vez, habla del Gran Monarca con estas palabras figurativas: «Puse mi ayuda en un hombre poderoso y elevé al que escogí del medio de mi pueblo. Hablé á David mi siervo y lo ungí con mi santo óleo, porque mi mano le asistirá y mi brazo le fortalecerá. El enemigo no podrá prevalecer contra él, y el malo no podrá dañarle. A su vista despedazaré á sus enemigos y pondré en fuga á los que le aborrecen. Mi misericordia y mi verdad serán siempre con él y será elevado á gran poderío por la virtud de mi nombre. Extenderé el poder de su mano sobre el mar, el poder de su diestra sobre los ríos. Él me invocará diciendo: Vos sois mi Padre, mi Dios, y el autor de mi salud.

»Yo le estableceré primogénito y lo elevaré por encima de los reyes de la tierra. Yo le conservaré eternamente mi misericordia, y la alianza que hice con él será inviolable. Yo haré subsistir su raza en todos los siglos».

La Sibila Eritrea, citada por Lactancio y San Agustín, designa á este Deseado de las naciones bajo la figura de un hombre que representa la humanidad y la clemencia; de un león, símbolo de la generosidad (y de España); de un buey, emblema de la fuerza; y de un águila, figura de la prontitud de espíritu y de piedad para con Dios.

El autor de *La Iglesia triunfante en la tierra*, impresa en 1652, da al Gran Monarca los títulos más poéticos de la Escritura. «Él es el Bien-amado, el Héroe escogido, el Pastor; es llamado David y Salomón, Eliacim, Padre de los habitantes de Jerusalén y de la casa de Judá; Oriente, es decir, el que disipa las tinieblas. Será Rey y Señor de toda la tierra y sólo de su nombre se hablará en toda ella, dice Isaías. El es la posteridad de los Patriarcas, y á él fué prometida la posesión de los montes santos. Se le llama Zorobabel, que quiere decir Alejado de la confusión. En fin, es honrado con este título: *Palabra de Dios* (no propiamente, como el Verbo humanado,

sino metafóricamente). El Apocalipsis nos representa esta imponente figura en el Fuerte montado en un caballo blanco y calificado de Fiel Verdadero.

Jesucristo dijo en una visión á San Angelo Mártir (véanse los Bolandos y Anales de los Carmelitas) que el Gran Monarca será la consolación de los justos y el Fuerte á quien se acogerán los defensores de la verdadera Fe.

Piro, en el compendio que hizo de las profecías de los Santos Padres, afirma que ningún otro Soberano habrá sido tan celoso por el honor de Dios, ni tan victorioso, ni tan afortunado sobre la tierra.

El V. Holzhauser declara que este Enviado providencial logrará unir á sí todos los pueblos y aniquilará las herejías y el islamismo.

Zizo asegura que tendrá todo poder para hacer el bien.

Según Santa Brígida, su tronco será más vigoroso que el de los cedros.

El Beato Rainaldo ve en el pecho de este Rey la Cruz ó Flor de lis que florecerá en el Reino de la Virgen, y por su belleza eclipsará la de las otras flores de lis.

Pedro Turrel le sigue paso á paso y ve que afronta las persecuciones para restablecer la verdadera creencia en Dios, y que derrama la vivificante luz de la Religión en un mundo sin fe.

Al decir de San Francisco de Paula, será como el sol entre los astros.

Según el B. Joaquín, nutrirá á la paloma, esto es, á la Iglesia, con los granos más puros; y será animado del espíritu de Elías y colmado de los siete dones del Paráclito.

Para Gregorio de Laudes, es Constantino, señor del mundo, que libra la Iglesia y da á la Fe Católica asiento en el trono imperial.

En esta época en que pueblos, reyes y gobiernos marchan por caminos de perdición, errando por el mundo de las confusiones sin saber evitar los precipicios; hoy que el valor desfallece en todos los pechos, y la luz se aparta de las almas, y por donde quiera se agitan la intriga, la mediocridad y la insolencia, hoy debe presentarse á protestar de este estado de cosas, con la cabeza muy alta, todo aquel que no haya sacrificado á los ídolos del día.

Mas á este propósito, sería de ningún efecto invocar consideraciones trilladas, razones vulgares, ó los lugares comunes de los tibios y de los maliciosos. La conciencia de los hombres del día está generalmente tan embotada, que sólo podrán excitarla de su letárgico entorpecimiento los estallidos del rayo. Ruge este rayo en los labios de los profetas, y los pro-

fetas son los que nosotros presentamos á los ojos del público.

Así como la Ley de Dios fué promulgada en el Sinaí entre el fragor de la tronadora nube que abrigaba en sus entrañas el fuego del Cielo, así los videntes anuncian á la presente generación el Enviado, que debe cumplir los divinos decretos entre el fragor de la tempestad social. El es la contradicción viviente de todos los errores modernos y graves negaciones del siglo. Todos hablan hoy de gobierno universal, y él será rey del mundo. La legislación desfigurada pone en tortura á los cuerpos legisladores, incapaces de dar eficacia á las leyes de que desterraron á Dios; y el Reparador predicho será en este punto un nuevo Moisés. Las costumbres se han degradado, la licencia deshonra desde la ciudad hasta el cortijo; y el que ha de venir será la personificación de la virtud.

Las sectas han jurado perder la Silla de Pedro, y el Príncipe de los Apóstoles se halla cautivo como un día lo estuvo en Jerusalén; mas he aquí el Angel que quebrantará las cadenas del Soberano Pontífice y abrirá las puertas de su prisión. El impío pasa silbando por delante de nuestros templos, y señala ya el día en que celebrará la orgía terrorista sobre las ruinas de nuestros altares; pero nosotros hemos visto ya de lejos á Ciro precediendo al Querubín de la libertad y de la reparación. El mal ha subido alto como las montañas, enviando un soplo de muerte á los instintos generosos, al culto del espíritu, al ejercicio de la plegaria y la adoración; pero á través de estos males, una consoladora dilatación del alma se nos ha prometido, por medio del Emanuel que el Señor reservó para curar á los enfermos del siglo y reparar las ruinas morales amontonadas en medio de los hombres.

La desmoralización es profunda como el mar; pero la misericordia divina ha preparado el remedio en relación con la inmensidad de las necesidades. Los medios humanos son impotentes para levantar á nuestra edad de su presente decadencia; pero Dios se levanta, y Él es quien soplará en la tierra para devolverle la fecundidad perdida y rejuvenecer su vitalidad ¡Paso al mortal privilegiado, colmado de las gracias y revestido de la fuerza de lo Alto!

Él estudio de las profecías demuestra que los seis mil años pasados tienen una correlación muy especial con nuestra edad, y que todos los videntes saludaron á esta Majestad del bien y de la justicia, cuya aparición inaugurará la sexta edad del Apocalipsis, designada por estas palabras: *el reino de Dios*. Si nosotros insistimos en presentar la figura bendita del Gran Monarca, es porque él es la cabeza y el corazón de las profecías que damos á conocer, y el centro de ese maravilloso

sistema en que tantas voces inspiradas predijeron los acontecimientos que atañen á las modernas generaciones.

¡Que se presente ya, que aparezca ya el Reparador prometido! Nuestros corazones y nuestros ojos están fijos en la Aurora de donde debe venir á prodigar sus consuelos á esta pobre y desolada nación que espera en su amor. El retiro y la meditación habrán suscitado y robustecido en él las cualidades que hacen al soberano perfecto; él será el modelo, el apoyo y la salvaguardia de los buenos.

¡Resplandezca su espada para que los malos se arrepientan, si no quieren que su endurecimiento justifique el rigor de los juicios que habrá de ejercer contra ellos! ¡Corra ya en nuestra ayuda el héroe justiciero, y dé su diestra al Sumo Pontífice, y los hijos de los hombres saludarán, en fin, el alba del día en que puedan gozar de las dulzuras de la prosperidad y de la paz!»

Hasta aquí Peladán en la introducción á su libro.

Lector que esperas el cumplimiento de tan magníficas promesas, no te engañes pensando que el Gran Monarca será grande porque venga con aparato deslumbrador y poderosos ejércitos, pues los profetas te anuncian todo lo contrario, y la historia y la filosofía providencial acuden en confirmación de los profetas.

Un rey desconocido había en la nación hebrea, rey pobre, oscuro, humilde pastor.. ¿Quién pensaba que de aquel adolescente había de salir el vencedor de Goliat? ¿Quién, que de aquel perseguido por el tirano Saúl, vagando por los montes al frente de unos cuantos infortunados, padeciendo hambre, sed, cansancio y toda suerte de penas, había de surgir el gran Rey David?

Mil ejemplos análogos hay en la historia del gobierno de la Providencia, y no son raros los que ofrece una débil mujer, que ora se llama Jahel, ora Judit, ora Juana de Arco. Lo flaco de Dios es más fuerte que lo fortísimo del mundo. Dios vence lo mismo con uno que con un millón; sólo Jonatás y su paje desbarataron un formidable ejército de filisteos.

¿Te maravillas, lector amable, de que un Gran

Monarca, dominador del mundo, libertador de la Iglesia, haya de salir de tan pequeños principios, y reunir ejércitos invencibles el que aparecerá sin ninguno, y hacer la felicidad de la tierra el que ha de ser abrevado de tribulaciones? Pues yo te ruego me digas por qué Jesucristo, Rey de reyes y Dominador de los que dominan, fué desconocido hasta de sus parientes según la carne, que se le burlaban, y de los judíos, que le infamaron y dieron muerte de Cruz. Y asimismo te ruego me digas cómo de tan humildes y penosos principios, sin más ejército que el de unos rudos pescadores mansos como ovejas, se valió el Señor para extender su Reino por el universo mundo, vencidas todas las potestades de la tierra.

(*Luz Católica,* n. 78=3 Abril 1902; y n. 79=10 Abril 1902).

Pongamos ahora algunas de las profecías no citadas por Peladán en el precedente resumen.

II

Profecías (1).

Profecía de Dissentis.

Dissentis es el nombre de un monasterio de benedictinos fundado en Suiza por el monje Sigeberto en el siglo VII. La profecía que lleva su nombre atribúyese al V. Padre Teodoro Serani, que vivía en dicho monasterio y allí murió, en olor de santidad, á 30 de Diciembre de 1520.

El abate Curicque dice en sus *Voix Prophetiques:* «Poseemos un ejemplar de dicha profecía, impreso conforme al texto francés, de una copia que existía en la abadía antes de la revolución francesa. Recientemente se ha impreso en Suiza esta copia, que lleva la fecha del lunes 29 de Enero de 1873. Vamos á reproducirla aquí».

Sea lo que fuere todo esto, ello es que las dos primeras partes, la una relativa al protestantismo y la otra á la revolución francesa, se cumplieron literalmente. La tercera ha padecido alteraciones sin duda alguna: si el V. Serani la escribió tal como se conoce, fué un falso profeta, porque su profecía riñe con todas las demás. Para mí es claro como la luz meridiana que algún copista ó comentador suizo aplicó á Suiza ó Helvecia lo que el profeta aplicaba á otros países ó á ninguno. Subsanada, pues, esta alteración,

(1) Sólo ponemos algunas que publicó *Luz Católica*, omitidas de intento en nuestra *Colección de Profecías*, para reproducirlas en este lugar, donde son más oportunas que en dicha obra. Todas las notas de estas profecías pertenecen á *Luz Católica*, núm. 18=31 de Enero de 1901.

ó bien leyendo España en lugar de Helvecia, la profecía tiene todos los caracteres de autenticidad, conciliándose con todas las profecías y dando detalles que no dan otras.

Terribles batallas anuncia esta profecía, en las que ora triunfa, ora cae vencido el Gran Monarca, á quien llama Libertador. Estas batallas serán antes doctrinales ó literarias que de armas, según dicen otros profetas, especialmente San Francisco de Paula, que lo dijo como sigue:

«Los Cruciferos, fidelísimos escogidos del Altísimo, no pudiendo vencer con la escritura á los herejes, se moverán impetuosamente contra ellos con las armas». (Véase *Luz Católica*, núm. 8, pág. 117, col. 2.ª).

En cuanto á la edad que la profecía señala al Gran Monarca, conviene con lo que dicen todos los profetas, y especialmente con lo que dijo no ha mucho una joven francesa, cuya inspiración parece indudable, y de lo cual nos hemos ocupado otras veces.

He aquí ahora la parte de la profecía que nos importa estudiar, trocado, como es justo, el nombre de Helvecia en el de España, pues bien probado dejaremos que el Gran Monarca ha de ser español.

«Mas escuchad, ¡oh pueblos que habitáis la España! Tiempo vendrá que gozaréis de la verdadera y antigua libertad, pues destruída será la libertad falsa de que se han servido aquellos impíos. El Gobierno tiránico será aniquilado, á pesar de sus terribles esfuerzos, y la verdadera Religión florecerá en toda España.

»Dios suscitará un héroe que será el Libertador de la pátria oprimida. ¡Adorad la divina Providencia! ¿Quién será este héroe? Será un joven de veinte á treinta años (1), de humilde nacimiento (2); pero de buenas costumbres. En ver-

(1) Nótese que señala esta edad al Libertador cuando empieza su vida pública, no cuando la corona ya con el triunfo. Más abajo veremos esto confirmado.

(2) Y sin embargo, descendiente de reyes, según todas las profecías.

dad, será poco conocido (1); pero estará dotado de gran ingenio y de una intrepidez invencible. Será católico (2).

»Este hombre, aunque ignorando su destino, se hallará dispuesto con mucha anticipación para esta reacción famosa (3). Conocerá las predicciones sagradas que anuncian este memorable acontecimiento (4); pero no sabrá de una manera cierta si le conciernen, hasta que se vayan cumpliendo (5). Obrará según la prudencia humana, mas el Omnipotente será su fuerza (6).

»Desde el año 18*2 (7), comenzará á proyectar esta célebre empresa, sin darla á conocer á nadie (8). En los años siguientes se atraerá un pequeño número de hombres, con los cualas hostigará á los partidarios del Gobierno.

»Por aquel tiempo estará dividida la España (9), y el número de los partidarios ó amigos del Libertador se aumen-

---

(1) Primero será poco conocido su nombre, y después sus grandes cualidades, que no sólo han de ser poco conocidas, sino despreciadas y calumniadas, según todos los profetas.

(2) El ser católico parece se pone aquí por un distintivo del Libertador. Bien vió el profeta cuán grande sería en estos tiempos el número de los que se llaman católicos sin serlo, y cuán pequeño el de los que lo son de toda verdad.

(3) Dispuesto por sus cualidades, sus aficiones y sus proyectos, formados éstos quizá por mero patriotismo y no porque el insigne joven sepa ya entonces que ha de ser el Gran Monarca.

(4) Lo mismo viene á decir su principal profeta San Francisco de Paula. (Véase *Luz Católica*, núm. 5, pág. 71, col. 1.ª y nota 3.ª).

(5) Por eso San Francisco de Paula, en el lugar citado, dice que «*empezará* á investigar los secretos de Dios... Irá interpretando los obscuros secretos del Espíritu Santo». Por lo cual muchos se burlarán de él y de las profecías, como el mismo Santo indica en otra parte.

(6) La prudencia humana, según la mente de todas las profecías, le llevará de fracaso en fracaso; pero nunca su ánimo será abatido, porque Dios le dará fuerzas hasta que los fracasos se conviertan en victorias. Todos los profetas expresan que éstas serán debidas á la clara y directa protección de Dios, de tal modo, que los hombres quedarán por extremo sorprendidos.

(7) En el manuscrito antiguo de la profecía es ilegible el tercer guarismo, por lo cual ninguna copia lo pone; pero comparando esta fecha con lo que dicen otras profecías, no vacilamos en decir que debe leerse 1882, y quizá 1892.

(8) Por la desconfianza que tendrá, pues sabrá que las profecías serán menospreciadas como los grandes ingenios. Esto prueba también los desengaños que ya entonces habrá devorado.

(9) ¡Vive Dios si está dividida España, hasta en sentido católico!

tará. Dará entonces una gran sorpresa (1); luégo tendrá que defenderse contra todas las fuerzas de la tiranía (2); por fin se verá obligado á retirarse á los Alpes (3). Será vendido algunas veces y abandonado de casi todos sus partidarios (4). Por mucho tiempo estará retirado con los amigos que le queden, mas al fin reparará sus fuerzas y entrará en una ciudad (5).

»Algunos hombres amantes de la Patria se unirán entonces á él, y se colocará en sitio inaccesible, donde aumentará el número de sus adeptos (6). Allí será rodeado y atacado por numeroso ejército; y habrá luchas muy encarnizadas. La nación grande (7) vendrá en ayuda de los tiranos.

»POR FIN EL LIBERTADOR SE VERÁ FORZADO Á DEJAR SU POSICIÓN, HABIENDO SUFRIDO GRANDES PÉRDIDAS; pero tomará otra posición (8), donde alcanzará una buena victoria. En esta posición, su ejército llegará á ser formidable. Obtendrá muchas ventajas sobre sus enemigos, aunque también será batido algunas veces».

Hasta aquí la profecía se refiere á proyectos de regeneración no descubiertos y á luchas doctrinales muy

---

(1) Téngase presente lo dicho en la introducción de esta profecía, esto es, que las luchas á que se refieren este y los párrafos siguientes, son metafóricas, son luchas de doctrina, conforme lo anunciaron San Francisco de Paula y otros varios.

(2) Todas, lo mismo de la tiranía religiosa que de la civil.

(3) Esto en parte es literal y en parte metafórico, pues de ser en todo literal, estaría en abierta oposición con las profecías. Puede ir á parar á los Alpes huyendo de la tiranía; pero aquí por Alpes se entiende más bien la frialdad y el aislamiento en que quedará.

(4) Pues si esto ha de suceder al gran Libertador, ¡bien podemos consolarnos los Españolistas y Crucíferos de que nos suceda casi lo mismo, y sobre todo el Padre Corbató!

(5) Se apoderará de una ciudad, dicen todas las copias, lo cual parece estar mal expresado, como lo prueban las dos posiciones que luégo se dice tomará en ella sucesivamente. Si se apoderó, ¿cómo hay en ella enemigos que todavía triunfan de él? Ya hemos dicho que es lucha de doctrina y no de armas: ésta vendrá más tarde.

(6) Repetimos que el «sitio inaccesible» se refiere á doctrina: en ésta aumentará el número de adeptos del Libertador, número insuficiente para batir al ejército de adversarios.

(7) Un partido político numeroso y pervertido.

(8) Todavía estamos en el terreno de las doctrinas, bien que muy cerca ya del de las armas. La primera parte, el abandono de la posición; es ya un hecho. Dios mediante, muy pronto lo será la segunda. Tal vez cuando esto se publique, estemos ya luchando en la segunda posición.—Hoy 24 de Julio de 1903.

reñidas, conforme con lo anunciado por San Francisco de Paula y otros. Después la profecía habla ya de guerra armada, anunciando las victorias y los reveses del Libertador, hasta que por fin lo hace triunfar definitivamente en su patria y fuera, siempre figurando que todo pasa en Helvecia. En cuanto á los tiranos de la patria del Libertador, dice:

«Los antiguos gobernantes y traidores á la Patria serán muertos en gran número y totalmente arruinados, primero y justo castigo de sus crímenes; su abominable memoria quedará en execración hasta el fin de los siglos, y el oprobio reinará en su posteridad».

Es lo que deseamos todos los amantes de España.

Profecía del Beato Joaquín de Flora.

El Beato Joaquín, napolitano, monje cisterciense, y abad de Corazzo y de Flora, fallecido á fines del siglo XII, fué un prodigio de santidad y don de profecía. Su historiador Dom Gervasio, abad de la Trapa, dice que, exceptuados los sepulcros de los Apóstoles, en ningún sepulcro de Santo se han obrado tantos y tan auténticos milagros como en el del Beato Joaquín; y añade que ningún Santo hizo tampoco tantas y tan respetables prefecías como él.

Hemos leído varias de sus profecías en la Biblioteca Nacional de París, contenidas en un infolio impreso en Venecia en 1516. Adrién Peladán dice en el *Nouveau Liber Mirabilis* que posee una edición posterior de dichas profecías (Venecia, 1605), y de ella copia la que conviene á su libro y nos conviene á nosotros, que es la referente al Gran Monarca. Es una profecía rarísima, hecha con grabados, cada uno de los cuales tiene un lema: parece un pequeño Apocalipsis en figuras ó imágenes. Contiene quince grabados (nosotros poseemos algunos), todos relativos al gran hombre, desde poco antes de su nacimiento

hasta su victoria general; pero alude también, y quizá más particularmente, á los Sumos Pontífices que habrá en todo este tiempo.

Peladán declara que comprendió en parte estas figuras, por lo cual las describe y explica. Seguiremos sus descripciones, acomodándonos á sus explicaciones, y escogeremos solamente las figuras que más hacen al caso.

Grabado III.—«Una especie de Hércules levanta su maza sobre el Papa, como queriendo aplastarle; el Papa le opone las llaves de San Pedro y se mantiene en actitud serena, echando la cabeza atrás. Una cabeza se asoma por los pliegues de su manto, hacia el suelo, y mira al Hércules como emplazándolo para un día en que le pedirá cuentas. Esta cabeza es la del Gran Monarca, *todavía niño.* El Pontífice es Pío IX, á quien se aplica muy bien el lema del grabado: *Soportará duros trabajos*».

Grabado VI.—«También representa este grabado la monarquía proscripta, la de Italia, la de España, otras quizá, caminando con el cetro convertido en tridente. Las puntas del tridente se apoyan en el pecho de una paloma que todavía lleva en su pico el ramo de olivo: es la Religión inmolada... *Un religioso lee sentado un libro* y parece pronunciar la sentencia de reprobación, ó sea el lema que dice: *Entraste por el fraude, reinaste por la fuerza, perecerás en los tormentos*».

Se nos burlaron algunos cuando dijimos que el Gran Monarca pertenecería de algún modo á la jerarquía eclesiástica. No nos atrevimos entonces á hablar más claro. Aquí lo ven ahora, no sólo eclesiástico, sino religioso. Aunque no fueran tan explícitas ésta y otras profecías, lo que dicen todas no puede explicarse si el Gran Monarca no pertenece al estado del Regente de Cisneros, Ramiro de Aragón y Casimiro de Polonia: Rey y Sacerdote *secundum ordinem Melchisedech.*

Grabado VII.—«Aquí hallamos el árbol de antes; un fiero dragón apoya en el tronco sus patas delanteras, y un Pontífice levanta la mano y le manda. Detrás del Pontífice hay un cuervo. El lema es: LOS VARONES FUERTES SERÁN PROBADOS POR LA ENVIDIA».

. ¿A quién dirá el lector que representa el cuervo? Al Gran Monarca, al religioso de antes, ya por el color, ya por las excelentes cualidades que esta ave de rapiña tiene cuando se la ha domesticado. La misma profecía lo explicará; nuestros lectores valencianos y catalanes no harían mal en consultar los diccionarios de su lengua.

Grabado IX.—La Iglesia, en la persona del Pontífice infalible, está aquí armada contra un falso profeta (creemos conocer á este pestilente sujeto), representado por una cabeza con tiara; pero en vez de piernas tiene el falso profeta una cola de dragón. El Pontífice tiene en su mano izquierda las llaves, sobre las cuales está posado el cuervo, que aquí es símbolo de la amistad como el de Elías en el desierto. El Pontífice lleva unas varas en su derecha, y de su boca sale la espada de las justicias de Dios. El Cordero Pascual, defendido por esta espada, pónese al amparo del Pontífice. El lema es: *Esta imagen representa el combate de la Iglesia con los apóstatas*».

Después del cisma anunciado por este grabado y de las guerras que le han de acompañar, lo cual anuncian asimismo cien profecías más, viene el desenlace de todas, esto es, el triunfo de la Iglesia y del Gran Monarca, que empieza en el

Grabado X.—«La Tiara y la corona real se hallan unidas por un lazo común. Un cuervo con aureola bate las alas delante del Soberano Pontífice. Seis estrellas resplandecen en un triángulo, bajo la mano del Papa, y el lema dice: *Alumbrará seis planetas y finalmente eclipsará su brillo.* Este es un doble triunfo: el del Pontífice Santo, unido al del Gran Monarca».

Entre otras versiones, puede entenderse que son seis naciones los seis planetas; pero el triunfo todavía no es completo.

Grabado XI.—«El Papa se reclina sobre la Cruz: el Cordero está á sus pies, y cerca de éste el cuervo amigo. El Pontífice tiene las llaves en la izquierda. Una serpiente se endereza para morder esta mano, y no puede. La serpiente es la revolución, el ateísmo y la herejía que acaban. El lema dice: *Lavará su estola en la sangre del Cordero*».

He aquí, en fin, la victoria definitiva y la paz general, de acuerdo con todas las profecías:

Grabado XII.—«*El lobo habitará con el Cordero y tendrán unión,* dice el lema, lo cual alude á la paz que unirá los corazones en este reinado de Dios: los pecadores, convertidos, formarán un solo redil con los justos. El Pontífice tiene las llaves en una mano, y en otra el cuchillo que extirpa el error. La corona real está á sus pies, señal de la unión íntima del altar y del trono. Un lobo, apoyado en una espada, rinde homenaje al Obispo de Roma».

Á este lobo aluden expresamente varias profecías.

Con la conversión y la paz vienen el Concilio, los cánones, leyes, interpretación del Apocalipsis y demás Escrituras, según dijimos en el núm. 14 de *Luz Católica*, pág. 211, col. 2.ª Así lo indica el

Grabado XIII.—«Hay sobre el Papa una mano celestial que le proteje. El Papa, *in chatedra,* tiene en sus manos las llaves y unas varas, y el cuervo amigo bate vivamente las alas. Un ángel señala al firmamento desde una nube brillante, y pronuncia el lema que es: *Sólo él abrirá el libro escrito por el dedo de Dios vivo*».

Los grabados XIV y XV se refieren á lo que sucederá desde entonces hasta el Anticristo.

Profecía de San Anselmo, obispo.

Consta también de quince grabados, como la del Beato Joaquín, cada uno con un lema y texto explicativo. Pondremos algunos no más, traduciendo también á Peladán.

Nunca la simonía estuvo tan en boga como hoy; y dice el

Grabado III.—«Lema: *El poder* (civil, al parecer), *borrará los vestigios de Simón Mago.* El Pontífice está en su Cátedra, y encima de la Tiara posa el cuervo, que aquí indica fidelidad. El Papa tiene la mano sobre la cabeza de un niño real, en quien reconocemos con gusto una fisonomía de Borbón: es el Gran Monarca niño, es el fuerte del porvenir».

Creemos que Peladán se equivoca. Dice que el cuervo aquí significa fidelidad... tal vez porque la exigirá en alto grado la protección dispensada por el Papa á un pequeño Borbón... el cual no puede ser el Gran Monarca, muy lejos de eso, ó mienten todas las profecías. Abrigamos la convicción de que la profecía de este grabado se verificó en parte hasta poco há, y en parte se verifica. El Gran Monarca es el cuervo fiel, como en la profecía del Beato Joaquín.

Así que el Gran Monarca haya triunfado en su patria, empezará la verdadera guerra europea anunciada para entonces por todos los profetas, la mayoría de los cuales habla de la destrucción material de París y la moral de Roma revolucionaria, que acontecerán poco después de empezada esta guerra. San Anselmo las anuncia también.

Grabado VIII.—«Es una ciudad rodeada de fuertes murallas. El lema, algo obscuro, parece una promesa consoladora, pues dice: *El poder y los monasterios volverán al lugar de los pastores.* Pero el texto llena de espanto, diciendo: *¡Ay! ¡ay, ciudad desgraciada, que eres el sostén de los pecados y pasiones! Ciudad miserable, se te ha concedido sostenerte con las armas por algún tiempo, para ver si te conviertes á la luz. Habrá en tus murallas muchas muertes y gran efusión de sangre... Los dragones romperán sus huevos y se los comerán. Muchedumbre innumerable será pasada á cuchillo. La ciudad está llena de fornicaciones, de impurezas, de rapiñas y de injusticias; tiene que desaparecer. Es otra Sodoma, y verá su último día como ésta.* Lo habrás comprendido, lector, dice Peladán: esta ciudad es París».

Grabado X.—«Representa á Roma, amenazada por seis manos que significan los jefes de los ejércitos que la acometerán contra los revolucionarios. El lema dice: *El poder será uno;* y el texto: *¡Ay de ti, ciudad de las siete colinas, cuando la letra K (acaso Karolus) sea alabada en tus muros! Cerca estará entonces tu caída; tus jefes y tiranos serán destruidos. Irritaste al Altísimo con tus crímenes y blasfemias, y perecerás derrotada en la sangre. He aquí á Juan Buena-Gracia y á Constantino el Pobre.* Son el Pontífice Santo y el Gran Monarca».

«Este es aquí, añade Peladán, llamado Constantino el Pobre, por la razón que se deduce del grabado siguiente. El es

el que se apoderará de Roma, venciendo á los republicanos de Italia».

Grabado XI.—«Es un hombre desnudo, mas su cabeza indica su noble origen. Lleva en los pies una cadena; y un niño, símbolo de la inocencia, la levanta compadeciendo al infortunado. El lema dice: *La oración es un tesoro para los desgraciados, y será su gloria.* Aquí vemos al Gran Monarca, desconocido y vilipendiado, levantándose de este vilipendio, como de un principio natural, á una gloria inmensa. En otra profecía vimos el mismo personaje oprimido de pies á cabeza por una larga serpiente que tenía enroscada: sólo le quedaban libres la cabeza y un hombro; sin embargo, Dios sostiene á su elegido, el cual por fin se librará de la serpiente para ceñirse la diadema».

Grabado XIV.—«Otra vez el Pontífice Santo. Está sentado en la Silla Apostólica, teniendo en su mano el libro de los Evangelios. Dos ángeles sostienen detrás de él un gran tapiz estrellado. Lema: *Los días han llegado: he aquí el tiempo del reino de Dios*».

Grabado XV.—«Es el último, y representa al Pontífice Angélico que glorifica al Gran Monarca, figurado por un león con diadema en la cabeza. Esta es la paz del mundo, por lo cual dice el lema: *El respeto de las cosas santas se extenderá muy lejos*».

El Gran Monarca figurado por un león con diadema es claro indicio de cuál será la Patria del gran hombre. *Luz Católica* reprodujo varias de las profecías que le hacen terminantemente español, en lo cual no cabe duda. Las simbólicas suelen representarle en figura de león, como la de San Anselmo. Nos viene ahora á la memoria la del Premol, que le representa viniendo del Oriente, ó sea de la Iglesia, «montado en un león». *Gran León de España* le llama Santa Brígida. En otro capítulo desarrollaremos esta materia.

Profecías de la V. Sor María Lataste y Sor Natividad.

La fama universal de la santidad y don de profecía de Sor María, religiosa del Sagrado Corazón, fallecida en Mayo de 1847, nos dispensa de extendernos en

consideraciones sobre la respetabilidad de sus profecías. Copiaremes solamente una parte de su carta 66, dirigida á su director, en la cual dice sobre el varón de tantas profecías:

«El Señor Jesús me dirigió un día estas palabras: Hija mía; se oirá un voz en el desierto, y el eco repetirá á lo lejos lo que hubiere pronunciado esta voz. Esta voz se halla enronquecida; mas con el tiempo tendrá un sonido agudo y penetrante como el de las trompetas que oyes en las ciudades. Esta voz es como una trompeta hecha por manos de un hábil operario. Por de pronto estará hecha de arcilla; más adelante será sumergida en hierro fundido, á fin de que sea más fuerte y sólida; más tarde será sumergida en plata fundida para que sea blanca y esmaltada; por fin será sumergida en oro fundido y aparecerá como una maravilla hecha por la mano de Dios. Estará llena de la gracia del Espíritu Santo.

Muchos oirán el sonido de esta voz. Unos desgraciados muy afligidos, sentados al borde del abismo y á punto de precipitarse en él por su desesperación, oirán el sonido de esta voz, se levantarán, enjugarán sus lágrimas, porque ella los consolará, y vivirán para bendecir al Señor. Otros infelices, durmiendo al borde del mar con un sueño letárgico y próximos á verse sumergidos, oirán también el sonido de esta voz, se despertarán, se pondrán fuera de peligro y darán gloria á Dios. Unos prisioneros, enfermos en obscura cárcel y cargados de hierros, oirán asimismo el sonido de esta voz, la cual romperá sus cadenas, abrirá las puertas de sus calabozos, les dará avisos saludables, armas terribles contra sus enemigos, y verán á éstos huir espantados».

Si no fuera imprudente explicar cuáles son, en España, estas tres clases de hombres, ¡qué cosas tan curiosas diríamos! La profecía se está verificando. Sigamos.

»Muchos, oyendo la reputación de esta voz, vendrán de lejos para oirla, y se volverán mejores de lo que vinieron.

»Pocos oyen hoy esta voz escondida bajo la tierra; mas cuando sea hora, el Señor la desenterrará. Veo levantarse días más felices para las generaciones venideras; yo las felicito por su dicha, y porque la mano del Señor, por tan largo tiempo pesada, se levanta poco á poco

»Veo corazones negligentes que desprecian las gracias de Dios, y que estas gracias se dan á otros. Veo el sol que

brilla en lugares donde se abusa de sus rayos y que va á iluminar otras regiones que viven en tinieblas. Veo un vasto campo inculto: el Padre de familia envía allí sus operarios para cultivar aquella tierra regada con la sangre de los mártires. La cargará de bienes, y cuanto más fértil sea, tanto más producirá, y lo superfluo pasará á manos de los que viven en la indigencia. La gloria del Señor es inmensa; sus juicios son juicios secretos.

»Tales son las palabras que he oído y que os refiero por obediencia».

Juana Le-Roger, ó sea Sor Natividad, no menos conocida por sus profecías que Sor María Lataste, tiene con ésta muchos puntos de contacto. Citaremos de ella un corto pasaje, también relativo al Gran Monarca.

«Jesucristo, dice, me hizo ver un camino recto, pero obscuro y tenebroso, y todo lleno de guardias y personas armadas para impedir el paso. De repente apareció un hombre fuerte y robusto que quería pasar por aquel camino: en su izquierda llevaba una hoz y en la derecha una espada de dos filos, como si hubiese de luchar contra todo un ejército. No obstante las insidias y los esfuerzos de aquellos enemigos, este hombre valeroso é intrépido llegó facilmente al fin, y de allí se volvió contra ellos para zaherir á su vez la flaqueza y cobardía de los mismos...»

Este pasaje no necesita de comentarios, porque es tan claro como pueda desearse. Si el lector los necesita, medite un poco y se los encontrará hechos.

Profecía de San Ángelo, mártir.

Esta profecía está copiada de la *Vida de San Angelo, Mártir. de la Orden de Nuestra Señora del Carmen*, libro escrito en 1227 por Enoch, testigo ocular. La profecía, diálogo entre Jesucristo y el Santo, es del cap. XV y dice lo siguiente:

«—San Angelo. Señor, tened piedad de vuestra Iglesia y apartad de vuestro pueblo los rayos de vuestra cólera. Por él moristeis con clemencia y lo rescatasteis derramando vues-

tra preciosa sangre; suscitad ya, Señor, un Enviado que liberte vuestra Ciudad Santa y la arranque de la servidumbre en que la tienen sus enemigos.

«—Jesucristo. Cuando mi pueblo se arrepienta y siga mi camino, cuando abrace la justicia y la observe, aparecerá mi enviado, el cual libertará mi Iglesia, restablecerá la paz y será en todas las naciones el consuelo de los justos.

«—San Angelo. ¿Quién será, Señor, este Libertador de vuestra Ciudad?

«—Jesucristo. Aparecerá un Rey de la antigua raza de los reyes de Francia, hombre de insigne piedad para con su Dios. Será honrado de los príncipes cristianos y en todo se sacrificará por la Fe Católica, y su poder se extenderá muy lejos por mar y por tierra. Entonces, salvada la Iglesia como de una destrucción cierta, se unirá este Rey con el Pontífice Romano y le sostendrá. El error será destruído entre los cristianos, y la Iglesia recobrará el esplendor tan deseado por los buenos. Reunirá este Rey un ejército, al que se unirán espontáneamente muchos guerreros, y juntos se lanzarán al combate por la gloria de mi Nombre. El amor de la Cruz, de que estarán poseídos, les hará obtener muchos trofeos, cuyo esplendor se elevará hasta el cielo. El Monarca equipará enseguida una armada naval, pasará los mares, y devolverá á la Iglesia los países que ésta habia perdido. Librará á Jerusalén».

Esto dicho, Jesucristo desapareció de los ojos del Santo, en el seno de una nube resplandeciente.

Profecía del siglo XVI.

Hemos reproducido en *Luz Católica* profecías de grandes Santos, y otras tan respetables como las de Savonarola, Holzhauser, Ricci y Bug de Milhas. Más de cien profecías podríamos añadir á éstas. No son muchas las que sólo al Gran Monarca se refieren; pero todas dicen algo, y algunas dan detalles muy curiosos. Entre las de menos nombre, aunque tal vez no por esto menos respetables, escogemos la siguiente, tomada del *Vaticinorum liber primus*, colección de profecías publicada en 1584, que tiene en su favor el cumplimiento literal de muchas de ellas.

Habla de los reyes de Francia, hasta Luis Felipe de Orleans, á quien alude clarísimamente (1), y pasa de él al Gran Monarca, de quien dice:

«Viene después un príncipe muy ilustre que obtiene el soberano imperio, más bien por la natural fuerza de las cosas y el prestigio de su nombre, pues desciende de muy noble raza *(eximia stirpe oriundus)* (2), que por aclamación del pueblo. Sin embargo, el pueblo le aclamará con sincero entusiasmo.

En la paz descollará este príncipe por su saber, y en la guerra por su valor. La victoria le acompañará dondequiera; perdonará espontáneamente á sus enemigos, y extenderá muy lejos las fronteras de su imperio *(fines imperii sui)*. Bajo su reinado serán recompensados los buenos, y los malos temblarán y serán castigados. Su gobierno será tal, que apenas será posible desear otro mejor *(ut vix optatiór et felicior possit esse)*. Reinará largo tiempo».

Un pasaje de Magnol.

Magnol, dice Peladán, escribió un libro lleno de ciencia sobre la cuestión que ventilamos: es *Le Triomphe de Jesus-Christ et de son Eglise* (París, 1818, in 8.°). Después de abundantes citas sacadas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, Magnol concluye de este modo:

«¿Quién será este servidor de Cristo, este hombre privilegiado que ha de ejercer en la tierra la justicia y la misericordia de Dios, que no hace más que hablar y las cadenas se rompen, las cárceles se abren, los cautivos recobran la libertad, los pobres son dichosos, los impíos y sus jefes son confundidos, pulverizados, consumidos, la abundancia sucede á la carestía, los bienes y herencias usurpados son restituídos, los fieles son colmados de gracias?

»Sin concluír nada de estas cosas, yo comparo; yo procuro saber si conviene al mismo personaje lo que se ha escrito

(1) Varios profetas parecen insinuar que, antes del Gran Monarca, un Orleans usurpará otra vez el trono de Francia.

(2) Pero esto no se sabrá cuando el gran hombre aparezca, sino cuando haya triunfado: es constante en todas las profecías.

del Santo de los Santos, que debe ser consagrado después de las setenta semanas (Dan. IX); lo que del sucesor de Sobna y de Eliacim, prometido para que sea el padre de los fieles (Is. XXII). Y pienso en el hijo varón que Sión da á luz en medio de sus dolores (Is. LXVI); en el gran Sacerdote Jesús que es elegido, revestido y adornado con hábitos nuevos y tiara, no obstante la oposición de Satanás (Zach. III); en el hijo varón del cap. XII del Apocalipsis (1); en aquel de quien Esdras habla bajo el símil de un león y de un aliento, reservado por el Señor para el fin. Yo considero que el Señor llama á éste su siervo del Occidente, y él viene del Oriente, y hasta su nombre mismo es Oriente (Is. XLI) (2)».

Hay en este pasaje palabras y aplicaciones muy notables; medítelas el lector, que ciertamente vale la pena.

(1) Véase *Luz Católica*, núm. 12, pág. 178.
(2) Véase *ibidem*, núm. 14, pág. 211.

III

Otras profecías.

Del V. Fray Zacarías.

Fué hallada, dice el célebre P. Vieyra, en el antiguo y siempre religioso convento de Alemquer y escrita por su fundador el Santo Fray Zacarías, discípulo del Patriarca San Francisco: refiriéndose, pues, á dos oráculos más antiguos, los declara por estas palabras:

San Isidoro (de Sevilla) y Casandra, hija de Priamo, rey de los troyanos, unidos en el mismo sentido, dijeron: En los últimos días reinará en la ESPAÑA MAYOR *un rey dos veces piadosamente dado; y reinará por una mujer cuyo nombre comenzará en Y y acabará en L. Vendrá de las partes orientales; reinará en su juventud y limpiará á España de los vicios inmundos, y lo que no quemará el fuego, lo destruirá la espada. Reinará sobre la Casa de Agar; pondrá la imagen del Crucificado sobre el Santo Sepulcro, y será el mayor de todos los monarcas.*—Son tantos y tan particulares los misterios de estas palabras, que sólo comentadas se podrán bien entender. (PADRE A. DE VIEYRA. Discurso apologético. Lisboa, 1689).

(*Luz Católica*, n. 4=25 Octubre 1900).

De Bug de Milhas.

El nombre del profeta Bug es la fábula de muchas gentes superficiales que todo lo echan á chacota; sin embargo, Bug merece respeto. Nació en Milhas, aldea del Cominges (Pirineos), á mediados del siglo XVII: predijo terminantemente en 1780 la revolución francesa; en 1793 la fortuna de Napoleón; en 1828 las revoluciones de 1830 y 1848; hacia 1832 la caída de Francia en 1870-71. Anunció grandes cosas

de la ruina y restauración de España. Los habitantes de toda aquella montañosa región le veneraban y consultaban. Observó siempre una vida ejemplarísima, retirado en la solitaria cabaña que heredó de sus mayores, y murió santamente en 1848, cargado de años y merecimientos. No nos toca á nosotros decidir si fué verdadero profeta; basta saber que sus predicciones se han cumplido literalmente hasta hoy, razón por la cual es de esperar que se cumplirá lo que falta.

«¡Dios eterno!, dice: tus juicios son grandes é incomprensibles... Iberia, Iberia, veo crecer tu poder y tu esplendor... nada será capaz de contrastar la elevación y la fuerza de tus destinos.

Setecientos años de guerras en toda la Iberia (1) formaron de ella el imperio más vasto que se ha conocido; pero sólo sirvió para empobrecer á sus hijos. ¿Qué te queda de aquel poderío? *Todo lo perdiste, todo* (2), *menos el amor de tus hijos;* éstos te ensalzarán.

Combatida por la tempestad de los partidos y por la ambición de los extranjeros (3), lucharás denodada; te costará sangre, tesoros, edificios...; pero llegará el día de la bonanza, repararás tus anteriores pérdidas, y la fama de tu gloria y esplendor se extenderá hasta las regiones más remotas.

Una guerra europea está anunciada por muchos profetas, y sus predicciones se cumplirán. Esta guerra llevará sus estragos por todas partes; la peste y otras muchas plagas la acompañarán, esparciendo el terror por dondequiera. El fanatismo de las falsas creencias y los partidos intolerantes llenarán de víctimas muchos países: la Iberia será el asilo de todos los proscriptos; los católicos, huyendo del furor de sus enemigos, se refugiarán en España. Esta emigración prodigiosa aumentará la grandeza de la nación (4).

---

(1) Nótese que dice Iberia y no España, ya para indicar, con otros profetas, que Portugal será España, ya que la restauración de ésta se hará por los soldados de la Tradición.

(2) ¿Y esto no es verdadera profecía, pues anunciaba ya en 1836, cuando aun América era nuestra, la pérdida total de aquel imperio y Filipinas?

(3) Confirmación de nuestra pérdida por la ambición de los yankis y de otros ambiciosos. Léase bien y se notará que también se refiere á otras pérdidas.

(4) Este aumento de población en España explica gran número de profecías que sin él se entienden muy difícilmente: mas para que

Entonces el Tajo producirá un guerrero (1), valiente como el Cid, religioso como el tercer Fernando, que enarbolando el estandarte de la Fe, reunirá en torno de sí innumerables huestes, y con ellas saldrá al encuentro del formidable gigante (2) que con sus feroces soldados se adelantará á la conquista de la Península.

Los Pirineos serán testigos del combate más cruel que habrán visto los siglos; la tierra temblará bajo el peso de los bélicos aparatos. Tres días durará la batalla... En vano el temible gigante querrá animar á los suyos y restablecer el combate, porque el dedo del Señor señaló ya el fin de su reinado, y sucumbirá á los filos de la espada del nuevo Cid.

Entonces el ejército victorioso, protegido por el Supremo Hacedor, atravesará provincias y mares, y llevará el estandarte de la Cruz hasta las orillas del Newa. Triunfará en todas partes la Religión Católica y hará la felicidad del género humano».

(*Luz Católica,* núm. 13=27 de Diciembre de 1900).

Profecía de San Vicente Ferrer sobre el estado actual y venidero de Cataluña.

Hemos visto esta profecía en impresos muy antiguos. En 1871 la reprodujo *Las Profecías*, libro impreso en Lérida, de un teólogo anónimo (el Doctor

---

tal cosa suceda, entonces ya se habrá hecho en España la Restauración, bien que en parte se ha cumplido con los acaudalados de Cuba y Filipinas que vinieron á establecerse en España después de la guerra.

(1) Confirma lo que acabamos de decir. Este guerrero, ó sea el hombre de San Francisco de Paula y de todos los profetas, no vendrá de fuera; estará en Lisboa (desembocadura del Tajo), unido Portugal á España, ó en Aranjuez (orilla del Tajo) ó en Madrid (cuenca del Tajo), por lo cual ya se habrá hecho la Restauración.

(2) De este personaje sanguinario se ocupan casi todas las profecías, y tal vez no haya ni un intérprete que no vea en él el czar de Rusia. Siempre hemos tenido por cierto, después de estudiarlo mucho, que será un emperador de Alemania: esta nación ó agregado de naciones se prepara febril é inconscientemente para tal empresa. Hace hoy cuatro días vimos nuestra opinión confirmada terminantemente por San Vicente Ferrer en un manuscrito muy antiguo que daremos á conocer en *Luz Católica.* (Se publicó en el núm. 29=18 de Abril de 1901).

D. José María Escolá), y después la repitió un folleto impreso en Barcelona en 1879 por Antonio Bosch, obra de «un devoto del Santo». Uno y otro dicen que está «sacada de un sermón del Santo que tenía por tema *Timete Deum*, y que predicó en Bareelona en 13 de Septiembre de 1403». Tenémosla también impresa en el idioma catalán de aquella época, tal como la predicó el Santo.

Tiene esta profecía carácter de auténtica. Si no fuera de San Vicente, merecería serlo: su espíritu y su estilo parecen los mismos que se notan en los sermones proféticos del Santo, varios de los cuales poseemos en manuscrito del siglo XVII, inéditos hasta la fecha, y copiados de los que se conservan en la catedral y *Corpus Christi* de Valencia, que fueron escritos por el mismo San Vicente.

Pongan mucha atención nuestros lectores; no se contenten con leer: mediten lo que dice la profecía, y compárenlo idea por idea con lo presente, que así es como las profecías dan alguna luz. Subrayaremos algunas frases.

«Vendrá un tiempo, dice San Vicente, que ninguno lo habrá visto hasta entonces: llorará la Iglesia; las viudas se levantarán hiriendo sus pechos y no encontrarán consuelo; ahora está lejos, pero llegará sin falta, y *muy cerca de aquel tiempo en que dos empezarán á hacerse reyes:* sus días no se alargarán mucho.

Llorad, viejos y ancianos: suplicad, llorad si algunos sois testigos de estruendo tan grande, de modo que ni fué, ni será, ni se espera ver otro mayor sino el que se experimentará en el juicio.

Pero la tristeza se convertirá en gozo; el Rey de los Reyes, el Señor de las Señores, todo lo purificará y regenerará; *la Francia, con su orgullo, será del todo abatida;* su príncipe, ¡ay!, ¡ay!, ¡que si los bandos lo vieran se aterrarían!

¡Oh, migueletes! ¡Oh, catalanes! La Casa santa, las vuestras y las de toda España prevendréis y dispondréis la justicia; los días no distarán; están ya á las puertas; VERÉIS UNA SEÑAL Y NO LA CONOCERÉIS; pero advertid que en aquel tiempo *las mujeres vestirán como los hombres*; y se portarán según su gusto y licenciosamente; *los hombres vestirán vilmente como*

las mujeres. Llorarán los grandes, LOS PEQUEÑOS se levantarán hasta perderse de vista; EN ELLOS ESTARÁ LA FUENTE DE LA GRACIA Y LA INFLUENCIA DEL CIELO.

Su príncipe demostrará el esplendor de su fe. Esto causará mucho ruido y mucha admiración á todos; pero no lo sigáis con mucha admiración, que *sólo se debe á Dios*.

La justicia estará por este príncipe y su causa correrá á cuenta de Dios, aunque con humildad y pobreza; la oración será aceptada en la presencia de Dios y limpiará sus consejos y gobiernos hasta limpiarlos con grande pureza, y librará á sus amados del oprobio.

Los ejércitos de los enemigos pelearán contra ellos mismos. La gente tendrá sueños espantosos; bienaventurado aquel que ponga toda su confianza en Dios, porque parece que la gente y reino de Cataluña estén de todos abandonados, de todos irritados y enojados.

¡Oh tú, Cataluña! ¿Hasta cuándo quedarás confundida y postrada *en la fe de Carlos* (1), defendiendo la justicia? Los leones de Castilla te robarán la sangre y se reirán de tí; pero pronto lo llorarán y oirán tus voces convirtiéndote á Dios, porque te convertirás con grande estruendo.

Levántate, levántate, no tardes á convertirte á tu Rey y Señor: *Dios te exaltará hasta que te veas con gloria tan grande, que muchos confesarán que éste es el principado más feliz del mundo*.

¡Oh Barcelona, si conocieras cuántas máquinas se han preparado contra tí, cuánto veneno y traición! Los ejércitos se prepararán contra tí, robarán tus trigos y quemarán tus pajas; pero la influencia de las gracias de Dios obrará tus goces. La justicia clama hasta el cielo; no se confundan tus prevenciones y riquezas.

Hasta cuando duermes y callas, está alerta, y vigila hasta tanto que tomes una gran determinación, porque tu resolución los dejará avergonzados. Pronto, pronto; determínate á un hecho tan grande; despierta del sueño en que yaces; mira que te pondrán en un mal guisado y muy desabrido y lleno de corrupción. Te verás como la vendimia en el cubo y te oprimirán mucho, con grande confusión tuya; mas tu determinación descubrirá la traición, y encontrarás la paz en la justicia.

Tu determinación y aliento abrasará á los grandes y orgullosos, limpiará la cizaña de los afectos á la ciudad y al

(1) Tal vez ninguno de nuestros lectores comprenderá el sentido de esta frase, muy diferente del que aparece.

Rey, poniéndolos como el oro en el crisol, porque merecen grandes castigos, y muchos ser reducidos en ceniza y escoria de la amada patria: el rumor limpiará la mala sangre y veneno de la víbora; descúbrase la hediondez de tales embusterías y no viva más.

El poder está en tu mano: eres poderosa; recélate; ves con cuidado; tus ojos siempre en Dios, y no dudes que Él te librará de los enemigos».

(*Luz Católica*, núm. 12=20 de Diciembre de 1900).

Visión de San Alfonso Rodríguez.

Cerca de los años de 1607, estando San Alfonso Rodríguez en una eminencia de la playa de Mallorca, poco distante de la ciudad, que por su frescura y amenidad llaman Salaverde, adonde había ido por orden del superior á recrearse con un compañero, le quiso regalar Nuestro Señor con otra visita más agradable que la que se le ofrecía.

Representósele de repente, sin haberle antes pasado por la imaginación, una grandiosa armada de toda suerte de bajeles, muy bien pertrechada de artillería y gente. Eran tantos en número, que cubrían toda aquella ribera. Estaban puestos en orden de pelear.

La gente no parecía de la tierra, sino del cielo. El capitán, que venía en la avanzada, era Jesús, y en la retaguardia María. Y aunque en toda aquella celestial milicia resplandecía una maravillosa gallardía y denuedo, campeaba sobre todos Jesús, el primero, que guiaba, y María, la postrera, que guardaba y recogía esta armada.

Duró la visión largo rato. Dando después cuenta de ella al superior, dijo que Dios le había dado á entender claramente que, con el gran socorro del cielo que se representaba en aquella armada, saldría por los tiempos el Rey Católico de España en persona, con gruesa armada, contra los moros de Africa, y alcanzando en ella una insigne victoria, la reduciría toda á su

obediencia, y entonces los naturales de aquellas extendidas provincias, abominando de la secta del falso profeta, abrazarán sin dificultad la fe de Cristo.

Esto dijo entonces este siervo de Dios, y después le quedó siempre muy impreso en el corazón, y en todas las ocasiones que se lo preguntaron se ratificó en ello. (P. FRANCISCO COLÍN. *Vida de San Alfonso Rodríguez*. Manila, 1652).

(*Luz Católica*, n. 4=25 Octubre 1900).

Del Beato Nicolás Factor.

«Se levantará en la Iglesia el espíritu de un nuevo David, que será un Pontífice Romano, escogido por la mano de Dios; el cual reformará la Iglesia Católica en tiempo en que se hallará en tanta apretura, que apenas serán católicos y fieles la tercera parte de los que tienen el nombre de cristianos. Este nuevo Pontífice volverá la Iglesia á su antiguo estado y reducirá á los herejes; y en reduciéndolos, se juntará con el Rey, en quien estará la gracia de Dios, y los dos tomarán todos los tesoros de la Iglesia, y hechos moneda, levantarán gente en el Cristianismo, y con poderoso ejército marcharán la vuelta de Jerusalén.

Excitados los Españoles por la santidad de esta causa, se apoderará de ellos un ardor tan santo, que partirán sin despedirse de sus padres y sin arreglar sus negocios. La legión más fuerte de este ejército se compondrá de religiosos regulares y seculares (1).....

Este ejército irá por el estrecho de Gibraltar (2) al Africa; y caminará hasta sitiar la Ciudad de Libia ó Fez, y en ella el gran León de España desenvainará una espada de virtud, reservada para él, y proseguirá su jornada por Berbería, matando y abrasando á todos los que no pidieren el sacramento del bautismo ni profesaren el nombre de Cristo; y serán tantas las victorias que alcanzará de los moros, que de cien leguas vendrán á postrarse á sus pies, á entregarle las llaves de las ciudades y fuerzas. En esta forma vendrá con su campo sobre

---

(1) Son los Crucíferos anunciados por San Francisco de Paula y otros profetas.

(2) No dudamos que entonces Gibraltar habrá vuelto ya al dominio de España. Inglaterra toca á su fin.

Túnez, donde formará una poderosa armada, y el ejército caminará por tierra.

Luégo que lleguen las nuevas al Turco de que el Rey León viene tan poderoso, congregará aquél un innumerable ejército que pondrá en cuidado al León de España; mas Dios le confortará por medio de un Angel, asegurándole que no tema, porque le tendrá de su parte. Con este auxilio la armada Cristiana, que irá por mar, se apoderará por fuerza de la ciudad de Alejandría de Egipto. Y cuando llegue el aviso al Turco, que será al amanecer, se acobardará éste de suerte que, deshaciendo el ejército, se retirará la tierra adentro; y dejándole el campo franco al Rey León, continuará éste sus victorias hasta Jerusalén; y en llegando á ella, se arrojará pecho por tierra y dará gracias á Dios por tantas victorias y mercedes.

Por este tiempo quedará España en poder de hembras; porque por acudir á la Tierra Santa, apenas se hallarán en ella hombres de catorce años arriba, que no sean viejos ó inútiles; y cuando vuelvan de la conquista, se cumplirá la profecía que siete mujeres irán tras un hombre, preguntando la una por su marido y la otra por sus hijos. Y cuando los hombres se acertaren á encontrar por las calles, se congratularán entre sí de haber llegado á verse juntos, después de tantas tribulaciones. Todo hombre esté alerta, que el tiempo vuela, y no sabemos la hora».

(*Luz Católica*, núm. 89=19 Junio 1902).

En el curso de esta obra pondremos otras varias profecías, según la oportunidad las presente. Por lo que hace á otras muchas que no citaremos, en nuestra *Colección de Profecías* podrán ser consultadas así que se publique.

IV

Predicciones astrológicas.

De Nostradamus.

El Señor hace á veces profetizar á los que por malicia deliberada van á decir mentira ó pronunciar palabras criminales, como sucedió á Balán, Caifás y otros; ¿cuánto más, por consiguiente, puede hacer verdaderas profecías un astrólogo, creyendo él que no hace más que deducir pronósticos de las conjunciones astronómicas?

No toda astrología es reprobable. Oigamos sobre este particular al insigne doctor valenciano Padre Tosca, el cual dice en el prólogo al tratado XXVIII de sus *Matemáticas:*

«La astrología, con el nombre de divinatriz ó judiciaria, tiene contra sí muchos decretos, así eclesiásticos como civiles, que la prohiben; muchos Santos Padres que la abominan; muchísimos autores que la impugnan; pero en medio de esto, no faltan otros que en alguna parte, aun en nuestros tiempos, la defienden».

Desde luego no está condenada en lo tocante á *las mutaciones* del aire, náutica, agricultura y medicina. Además, por lo mismo que los astros influyen en éstas, influyen también en la parte física del hombre, y por ella, indirectamente, en la parte moral.

Por lo tanto, la astrología puede deducir, por meras conjeturas, algo de probable acerca de acontecimientos futuros de carácter general, nunca individual, y menos contra la voluntad del hombre; porque todas las influencias de los astros, y aun la de todos los ángeles, no pueden quitar á la voluntad su liber-

tad natural y, por lo tanto, nada se puede predecir de ella con seguridad, como no sea por inspiración de Dios, único que puede mover eficazmente la voluntad dejándola libre.

Lo mismo, respectivamente, puede decirse de la frenología y de otras facultades que tienen harto poco de ciencias y mucho de artes vanísimas.

Sin embargo, con título de predicciones astrológicas corren más de cuatro verdaderas profecías, referentes algunas al Gran Monarca. ¿Cómo se explica esto? Porque los autores de ellas no se fundaban sólo en la astrología, sino que la enlazaban con la fe católica y con otras profecías ya existentes. Nostradamus, que fué sin duda el más notable vidente de su tiempo, es un modelo en este género de predicciones. Su astrología casi no aparece, y en cambio la fe católica palpita en todos sus admirables vaticinios. Es más; Nostradamus era médico y no astrólogo.

El doctor valenciano Francisco Navarro de Játiva ofrece asimismo un ejemplar notable en su *Discurso sobre la conjunción máxima, etc.* (1), pues en todo él discurre según estas palabras de la Dedicatoria con que lo consagró al Rey D. Felipe III:

«En el quinto (punto) se tratará de quién ha de ser el felice Monarca que ha de obrar la mayor parte de esta destrucción (del mahometismo); donde *faltándonos la astrología como ciencia conjetural, y que no puede descender á tantas particularidades, acudiremos á la sacrosanta fuente de la sabiduría, á las sagradas prophecías, y señaladamente á las de la águila caudal en su Apocalipsis, que prophetizó este negocio con puntualidad, si es verdadera la interpretación que abajo se referirá,* COLEGIDA DE ALGUNOS SANTOS Y GRAVES DOCTORES».

No por titularse astrológica una predicción hay que despreciarla, cuando toma la astrología como por mero pretexto y ante todo se funda en profecías verdaderas y ella misma lo es quizá. Por estas razones

(1) Valencia, 1604.

respetamos nosotros á los autores ya citados, y no consideramos dignas de menos respeto las predicciones astrológicas de Bacón, Miller, Cardenal d'Ailly, Turrel, Roussat, Lipsio y otros varios que no recordamos ahora. Si sus teorías son vanas, no lo es el compendio que con motivo de ellas hacen de las profecías que conocen.

Miguel Piro, gran astrólogo, estuvo muy lejos de ser profeta; sin embargo, hizo un tan acabado resumen de las profecías de los Santos Padres relativas á nuestro asunto, que por ser de tantos tiene más autoridad que si fuese una sola profecía verdadera, supuesta la fidelidad del resumen, de la que parece no cabe dudar.

Una vez que hemos entrado en esta materia, nos parece oportuno dar á conocer á nuestros lectores alguno de los vaticinios de Miguel de Notre-Dame (Nuestra Señora) vulgo *Nostradamus*, que según notables autores, es el mayor profeta que hubo de sus días hasta hoy (1).

En verdad, nosotros hemos tomado siempre á chacota las profecías de Nostradamus, hasta que hace poco las leímos con algún detenimiento. Para menospreciarlas nos parecía suficiente razón el verlas tan combatidas por sus relaciones con la astrología, y más enmarañadas que madeja sin cuenda. Hoy, en verdad, no las reputamos tales, antes bien confesamos que no hemos hallado en ningún otro vidente detalles tan pasmosos de lo que sucedería á través de algunas centurias después de profetizado.

Cierto que este vidente habla de la inspiración divina *par astronomiques assertions*, en la carta-prefacio á su hijo, y á ellas alude varias veces; pero en su obra,

(1) El Cardenal de Malines confesó un día al abate Torné de Chavigny, que en su opinión, después del Apocalipsis no surgió profeta mayor que Nostradamus.

ya lo hemos dicho, palpita la fe católica de un modo admirable, y en su carta al Gran Monarca (con nombre de Enrique II) dice que «todo viene de Dios, á quien da gracias, honor y alabanza inmortal, sin haber mezclado (en sus profecías) la divinación que se pretende hacer por los hados, sino sólo la que viene de Dios».

No obstante sus aficiones y resabios astrológicos, Nostradamus nos parece un profeta verdaderamente inspirado. Más parece historiador que profeta; tal es la claridad meridiana que derrama casi siempre, ocupándose de todos los grandes acontecimientos que hubo desde su tiempo hasta hoy, y habrá hasta la época que debe seguir al Anticristo. Pondremos lo principal de lo mucho que dice sobre la materia de esta *Apología*.

Desde luego señala fecha al principio de la restauración de que va á profetizar, y la fecha es bien terminante: «*el año mil ochocientos noventa y nueve y siete meses*, dice, *se verá el Gran Rey*». Ahora examinen nuestros lectores qué sucedía en orden á esto allá por Agosto de 1900, que es la fecha señalada. También habla de una cosa extraña relativa al estado de este Rey, como la profecía sobre Valencia que pondremos en otro lugar. He aquí ya algún texto de sus profecías:

«Aparecerá en las Españas un Rey poderosísimo, subyugando por mar y tierra el Mediodía. Este varón fuerte, abatiendo la Media Luna, se apoderará del imperio turco.

»Perdido, hallado, oculto (en cuanto al origen de su raza ó familia) por espacio de tan largo siglo, será un pastor honrado como un semi-dios. El árbol que tanto tiempo estuvo seco y muerto, vendrá á reverdecer durante *una noche*; y este rey enfermo, príncipe de pie torcido (flaco, débil) será el temor de sus enemigos.

»Inglaterra habrá tenido hasta entonces el imperio de los mares durante más de tres siglos. Después, grandes armadas abatirán su poder por mar y tierra. Los portugueses (aliados de los ingleses) no saldrán satisfechos de esta contienda.

»Habrá una general subversión; y los ojos cerrados (á la luz del cristianismo) se abrirán para contemplar las fiestas del paganismo renovado, y el Sacerdocio será como abolido. El Gran Monarca vendrá á castigar el frenesí de estos impíos; pero antes habrán ellos despojado de sus tesoros las Iglesias.

»Nacido en las sombras de una jornada nocturna (ó generación desconocida), este Príncipe sabrá reinar con bondad soberana, haciendo renacer su sangre *de la antigua urna* (todos los profetas convienen: no será Borbón de los nuevos, sino desconocido y descendiente de los antiguos).

»Será Rey y Duque (reinará y gobernará); no habrá menester ciudadelas; sus decretos, en todo conformes á la ortodoxia católica, darán al mundo la luz y la paz.

»La Cruz y la paz triunfarán cuando se cumpla el oráculo divino. España y Francia estarán unidas como una sola nación. Habrá un desastre y un combate muy violento; bien osado será el que entonces no tiemble. Sobre los Pirineos se reunirá muchedumbre de gentes extrañas para socorrer al nuevo Rey.

»El Padre Santo rogará al Gran Rey que vaya á pacificar á Italia, y le impondrá las manos para coronarle, quitando el cetro á los que le tienen en la mano izquierda para darlo al que lo tendrá en la mano derecha; con lo cual, de Rey guerrero pasará á ser Emperador pacífico.

»Las *antiguas* (no las borbónicas de los últimos siglos) Tradiciones católicas y monárquicas serán restauradas con todo honor. La Europa occidental se cruzará para someter definitivamente el Oriente á la fe católica; y el Gran Rey, el Hércules flordelisado, hará temblar al universo ante su antigua oriflama».

En Nostradamus hemos hallado también algo que atañe claramente á *Máscara de Hierro* (más adelante le consagraremos un capítulo), en nuestra opinión, y algo también sobre el estado sacerdotal del Gran Monarca... y otras cosas. El lector puede consultar al profeta mismo; lo cual no es difícil, pues de sus *Centurias* se han hecho más de doscientas ediciones en varias lenguas.

Con todo esto, si alguno desea que seamos todavía más explícitos, terminaremos diciendo: que *nosotros conocemos un personaje á quien convienen todas las profecías sobre el Gran Monarca, cuyo nombre es* Carlos

María. Sus apellidos ya se sabrán cuando él mismo los dé á conocer.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 de Enero de 1903).

Coincide con lo dicho lo que Aníbal Raimundo de Verona dijo en el pronóstico del año 1571, en que llama León al Rey de España, y dice que ha de probar sus fuerzas y mostrar sus dientes contra los que procuran morder y despedazar á los demás, esto es, contra el Turco y los suyos. De cuyo parecer es Comestor, afirmando en sus vaticinios que el Rey de España se ha de enseñorear del mundo y ha de ser protector de la Iglesia y azote de los herejes en todas las partes donde se hallare.

Y si es lícito creer al mentiroso (á lo menos en lo que declara en su confesión contra sí cuando está puesto en el potro de decir verdades), coincide también lo que Acan-Turuley, discípulo de Mahoma y seguidor de su secta, dejó escrito en árabe y volvió de griego en español Joaquín Méndez, natural de Mérida, por los años de 1300, estando cautivo del Soldán en la ciudad de Jerusalén.

En suma, por no cansar, afirma que era natural de Arabia la feliz, gran celador de la ley de Mahoma y mortal enemigo de los cristianos; y que como eminente astrólogo, halló por el cierto movimiento de los cielos y estrellas la declinación y caída de la ley de Mahoma y de sus súbditos y seguidores; porque después de extrañas felicidades y victorias singulares que los secuaces de Mahoma alcanzarían de los cristianos por el Asia y otras partes, vendría tiempo en que nacería un Rey, en los últimos fines del Poniente, de rostro hermoso, que dominará los cristianos y tendrá el mundo en un anillo, y será suave de condición, mny celador de su ley, y dado á la Religión de ella.

Dice que será este Rey el castigo del pueblo de Mahoma y azote del pueblo de Israel; que con el

favor de su Religión empezará á perseguir los moros, echándolos de sus tierras y haciendo grandes armadas contra ellos; y que será el estrago que en ellos hará tan grande, que se tendrá por bienaventurada la estéril, viendo perecer los hijos de otras con diferentes muertes; que estará embotada la espada cortadora de la morisma, de suerte que no cortará en aquel tiempo; y que si bien Ismael se esforzará, será para mayor perdición suya: porque los Leones son desbaratadores, y morirán á sus manos los Cocodrilos del Nilo; y los Sagitarios, con que amenaza al África, son más fuertes que los Elefantes.

Añade que la persecución que este Rey le hará, será de tal suerte, que aun para llorar no le dará lugar: su linaje dice que será poderoso, muy justo, fuerte y muy unido, y que será su cetro la vara de Júpiter y su espada la de Marte; amenaza á Agar y á Ismael mientras viviere este Rey; y añade, que no serán entonces sus mayores daños, porque dejará descendencia muy en detrimento de Babilonia y Constantinopla; á quien persuade que llore, pues cayó su corona, y su collar Real se volvió por aquel tiempo en cadena de servidumbre; y que si bien querrá convalecer y levantar cabeza, será por demás y mayor la recaída; amenázala con sepultura abierta, en señal de que su enfermedad es de muerte; y dice que será risa á los cristianos, y que de Constantinopla y del Cairo no quedará más de los vestigios, y se dirá de ellas: *aquí fué Troya*.

«Llora, Agar, añade, y haz llanto, Nilo, que *no verás cumplido el milenario;* justo pago de tus crueldades y premio merecido por tus sodomías. Jerusalén saldrá de la casa y poder de Ismael, y entrarán en ella el Monte Calvario y los estandartes de Poniente. Paréceme, dice, que siento ya las trompetas de los Sagitarios, esto es, los Españoles, sin que te valga ni sea de efecto, oh Ismael, el socorro y ayuda que tendrás de Francia; porque el León es muy poderoso, y Saturno y Júpiter en la conjunción los significan así.

Dice que en señal de esto, se verán en el Cielo, á la parte

Septentrional, incendios que volverán la noche clara; y muchos eclipses, presagios claros de la perdición de los sarracenos; y en apareciendo una estrella en el firmamento con una cola de una lanza de largo, y el cuerpo redondo como escudo, se levantará de las partes ultramarinas un ejército de gente conjurada, que de conformidad entrará por Egipto, con muchas banderas levantadas, sin temor de sus enemigos; los cuales traerán por cabeza y general *un Príncipe de cuerpo seco y delicado,* cuyo señorío será sobre todos los Reyes y alcanzará victoria de sus enemigos: el corazón de los turcos será ocupado de suma tristeza en aquel tiempo, y verán destruído su imperio en el mes de Junio.

Vendrán los cristianos á porfía á esta guerra, y temblarán los reyes paganos delante de ellos; la belleza de los jardines de Damieta perecerá; abrasarán los árboles desde el Cairo hasta Tamaire, sin dejar más que vestigios. Las ciudades serán destruídas de aquel ejército; las aves comerán los cuerpos muertos, y las fieras se hartarán de la sangre de sus heridas. Egipto será destruído y talado en tiempo de este varón delicado, y Jerusalén ganada por él, y los turcos destruídos.

Pone otras muchas particularidades, que por no ser prolijo no las refiero; pero las podrá ver el que gustare en Francisco de Játiva, ó en el Padre Guadalajara en el libro de la expulsión de los moriscos.

A todo esto parece aludió la Sibila Eritrea, diciendo que el León, que como se ha visto es el Rey de España, ha de rendir y sujetar el Asia, quebrantando y deshaciendo las fuerzas del monstruo que allí reina. Por quien se entiende claramente el Turco, cuya es toda la Asia menor, y mucha parte de la mayor; y añade que no cesará hasta poner, en todo lo que se extendía el imperio de este monstruo, el conocimiento del Cordero, que es Cristo nuestro Señor.

(P. Mtro. Salazar, *La Política Española.—Luz Católica*, núm. 89 =19 Junio 1902).

[illegible] que [illegible] la [illegible] del [illegible] [illegible] ... [illegible] en el [illegible] ... [illegible] de la [illegible] ... [illegible]

[illegible]

Con estas pruebas [illegible], que [illegible] ... [illegible] ... en el libro de [illegible] de [illegible].

A todo esto parece aludir la Sibila [illegible], [illegible] que el [illegible] ... [illegible] ... la Asia menor, [illegible] parte de la [illegible] ... [illegible] hasta ahora, en todo lo que se extendía el imperio de este monstruo, el [illegible] del Cordero, que es Cristo nuestro Señor.

(1) [illegible]

CAPÍTULO II

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN EN GENERAL

CAPÍTULO II

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN EN GENERAL

I

Los Profetas y el autor (1)

Nuestro arsenal.

Vamos á satisfacer, si podemos, á ciertos reparos que nos han puesto varios amigos, y algunos más que amigos, á quienes debemos toda consideración.

A cuatro pueden reducirse los reparos. 1.° Las profecías que damos á conocer son apócrifas, ó por lo menos merecen poca fe. 2.° Aunque sean respetables, refiérense á tiempos venideros muy lejanos, ó ya pasados, no á los presentes. 3.° Seguramente no vendrán las cosas tal como el Padre Corbató hace hablar á los profetas, y entonces el buen Padre caerá en el más absoluto descrédito, dando un batacazo del que ya no podrá levantarse nunca. 4.° Dada la apli-

(1) Todo este art. I está tomado de *Luz Católica*, n.° 15=10 de Enero 1901, y n.° 52=27 de Septiembre 1901; excepto los párrafos que vamos á intercalar de una carta fechada á 22 de Julio de 1903.

cación que de las profecías hace á sí mismo el Padre Corbató, él es en todo el mundo el menos indicado para hablar de estas cosas.

Aquí tienen los lectores los cuatro puntos en que dividiremos este artículo, condensando la materia de todo un libro; pero antes de entrar en materia, conste que ninguno de los indicados amigos ha leído *Luz Católica*, á no ser algún número por casualidad. Los que más claramente lo dicen son tres religiosos, hermanos nuestros muy queridos. Nuestros constantes lectores no tienen necesidad de preguntarnos y no nos preguntan. Saben á qué atenerse.

He aquí, pues, los titulos de una pequeña parte de los libros que poseemos y de los cuales tomamos las profecías.

Sermones de San Vicente Ferrer; manuscrito del siglo XVII.—Otros del mismo, impresos en dos volúmenes en folio.—*Revelaciones* de Santa Brígida, aprobadas por varios Doctores, Santos, Papas y un Concilio.—*Comentarios* de Cornelio á Lapide, todos. —*Curso de Sagrada Escritura* de Migne, 28 volúmenes.—*Comentarios* sobre el Apocalipsis, por el Venerable Bartolomé Holzhauser, obra en dos volúmenes, bendecida por Pío IX.—*Sermones* del Padre Antonio Vieyra, S. J., cuatro volúmenes en folio.—*Liber Mirabilis*, edición francesa de 1831.—*Nouveau Liber Mirabilis*, por Adrien Peladán, eruditísimo crítico en profecías.—*Diccionario de Profecías y milagros*, ó severísima crítica de unos y otras, por el abate Leganu, en dos grandes volúmenes.—*El incrédulo sin excusa*, por el Padre Segneri, S. J.—*De revelationibus, visionibus et apparitionibus privatis*, magistral obra crítica por Eusebio Amort.—*Revelaciones* de la Venerable Sor Natividad, dos volúmenes.—*Los Destinos Futuros*, por el Dr. da Marcelo, canónigo italiano.—*El Vaticinador*, por el mismo.—*Las Profecías*, por el Dr. Escolá, fundador de la Academia Mariana

de Lérida.—*Daniel, ó sea la proximidad del fin del siglo*, por el Dr. Sanz y Sanz, Arcipreste de la S. I. C. de Tortosa.—*Voces Proféticas*, por el abate Curicque, francés y castellano.—*Nostradamus*, por Eugene Bareste.—*El fin de los tiempos*, por el mismo.—*El Espíritu de Bionnens sobre el Apocalipsis y la profecía de Daniel*, edición francesa de 1798.—*Los Precursores del Anticristo*, por el abate J. Wendel-Wurtz, edición francesa de 1817.—*Tableau des trois epoques*, obra célebre, por un Doctor de la Sorbona.—*La Llave del Apocalipsis*, por Jules Séverin, recomendada por Vigouroux y Brettes.—*Nueva explicación del Apocalipsis*, por un abate de la Trapa (J. M. Heuclin).—*La Iglesia y las Profecías*, por A. de Lambilly.—*Armonías entre el Cántico de los Cánticos y el Apocalipsis*, por el Abate A. J. B. Duprat.—*El Apocalipsis; historia de la Iglesia hasta el fin de los tiempos*, por el mismo.—*El fin del mundo*, por el abate de la Tour de Noé.—Todas las obras del abate Torné de Chavigny sobre Nostradamus; etc., etc.

¿Para qué más? Hemos citado estas obras según nos han venido á la memoria. ¿Será necesario decir que poseemos unos cien volúmenes además de los nombrados? Sólo de un *Almanaque profético* tenemos más de cuarenta tomos. Y cuenta con que ponemos también á contribución profecías tomadas de Historias como la Universal de César Cantú, la Eclesiástica en 52 tomos del Cardenal Orsi y otras varias, algunas tan curiosas como *L'Homme au Masque de Fer*, por Marius Topin. ¿Tenemos arsenal? ¿Se dirá otra vez que las profecías por tan insignes autores hechas, ó compiladas, ó comentadas, son apócrifas ó merecen poca fe? ¿Se dirá otra vez que el Padre Corbató se las inventa?

Una cosa inventa, y es reducirlas á capítulos, cosa que hasta hoy nadie ha hecho. Todo son colecciones sin método alguno, excepto las de la Sagrada Biblia y

sus exposiciones; el lector se confunde en aquel laberinto inextricable, sin que le ayude mucho la luz de los comentarios, no siempre bien fundados.

Nosotros no hemos querido presentar una colección más, sino una obra metódica, desmenuzando las profecías y formando de sus diferentes partes capítulos que damos por orden cronológico y de materias. Es un trabajo colosal, mayormente por el estudio que suponen los comentarios con que las ilustramos, comentarios que nadie tiene obligación de seguir: damos nuestra opinión ó aportamos datos para ayudar al lector; libre es él de opinar lo contrario. Esta obra empieza; todavía estamos en la segunda sección, que es la *Aparición del Gran Monarca* (1).

Si son apócrifas, si no merecen fe, ¿por qué no las condena la Iglesia, antes bien da á las citadas obras censura favorable? Cuando sale algún comentario peligroso, bien cuida la Iglesia de condenarlo, como hizo últimamente con los comentarios del abate Combe sobre la profecía de la Saleta, dejando ésta incólume como todas las verdaderas.

Tanto cuida la Iglesia de que no corran profecías falsas, que en Febrero de 1896 prohibió León XIII publicar toda profecía nueva no aprobada por la Autoridad Eclesiástica, aun siendo claramente inspirada. Ninguna nueva se publica en *Luz Católica*; por curiosidad dimos á conocer la del confesor del Sr. Obispo de Loja, y no nos hemos ocupado de otras más ó menos auténticas que por los mismos profetas ó por sus allegados se nos han dirigido.

Tal vez otros, en nuestro caso, no hubieran sabido contenerse, al ver terminantemente confirmadas por más de un director espiritual de almas favorecidas con el don de profecía, las interpretaciones y predic-

(1) El exceso de trabajo no nos permitió pasar de dicho capítulo en *Luz Católica*. Ponémoslo en la segunda parte de esta *Apología*.

ciones de *Luz Católica*. Sirva de ejemplo la siguiente que nos escribe el superior de una venerable comunidad religiosa de la Mancha; y adviértase que es un solo ejemplo de los muchos que podríamos citar:

«... Y á pesar de que en estos tiempos escasean tanto las almas *vivas* que comunican amistosamente con Su Divina Majestad, he tenido la dicha de tratar alguna que otra... y he tratado de procurarme el argumento *vivo*, aunque indirecto, por medio de esas almas... No me sorprenderá que la muerte de León XIII sea la campanada de alarma... y *antes que se cumplan dos años* (véase la nota de la página 55) aparecerán las verdaderas señales de la nueva regeneración católica española, en aquellos que ostenten la imagen del divino Corazón.

»Todo esto y un poco más puedo decirle, R. Padre, y no porque Vtra. Rvcia. lo haya publicado, sino porque *lo he confrontado:* no tengo talento ni espíritu aventajado para estos casos; pero me he llenado de satisfacción y de esperanzas, al ver tanta analogía entre lo dicho en *Luz Católica* y lo que he oído de quien se arrodilla á mis pies.

»Ya me han dicho que, en lo que se refiere á Vuestra Rvcia., está contestado el *dic nobis palam* en un libro (alude á *Revelación de un secreto)* revisado y alabado por...»

Algunas cosas que por análogos conductos se nos han comunicado, tocan tan de cerca á nuestra región, que según ellas, el Gran Monarca, oriundo de Italia y descendiente de la misma casa de donde viene Carlos VII, nació treinta y tantos años ha en un pueblo de la provincia de Castellón, de padres pobres y humildes. Añade una que este hombre es santo y pecador á la vez, y que *Luz Católica* interpreta bien las profecías. Otra, las más fidedigna, dice que este hombre será conocido y triunfará cuando las profecías lo anuncian, esto es, muy pronto.

Y hasta hay un detalle que excitará la hilaridad de nuestros lectores. Dícenos por escrito uno de tales profetas, que el Gran Monarca «hará al P. Corbató Arzobispo de Valencia». ¿Qué P. Corbató es ese? Hay tres religiosos que llevan este apellido: los tres somos primos hermanos. ¿Será el que esto escribe? Mal lo veo; porque además de mis pésimas condiciones para tal cargo, si el Señor no muda el pensar que tengo desde chico, nadie del mundo podrá hacerme aceptar semejante cosa, si quien puede no me obliga bajo pecado mortal. Por ese lado, pues, duermo muy tranquilo.

Una cosa haremos notar, y es que todas estas profecías, buenas ó malas, concuerdan con las de *Luz Católica* y dan detalles que parecen descubrir algo de verdadera inspiración. Sin embargo, ya ven nuestros lectores cuánto nos alucinamos, que apenas si hemos hecho caso de todo esto, como lo hacemos de las profecías que han pasado ya por el agua y el fuego, y que, por lo tanto, quedan vindicadas de la nota de apócrifas é indignas de fe que les ponen los espíritus ligeros.

Autoridades.

Los que nos objetan con lo indicado en el segundo punto tienen muy original manera de discurrir. Los tiempos pasados pudieron ser predichos, los futuros también, los presentes, esto es, la época que atravesamos, no. ¿Y quién lo prueba? Dícenlo ellos y basta. El sentido común, la lógica popular, el presentimiento público, todo y todos, excepto ellos, dicen otra cosa muy distinta.

Todas las profecías que versan sobre estas cosas convergen en un punto, y es el imperio universal del Gran Monarca. Pues bien; Carlos VII ya habló de este imperio en su *Diario*, y antes de él hablaron muchos, y después muchos más. A 19 del corriente (Septiembre

de 1901) empezaba «Eneas» *El Correo Español* con estas palabras:

«Comentando el viaje del czar á Francia y el entusiasmo que la visita imperial despierta en los franceses, un periódico democrático de por acá pasa revista al mundo, y se asombra de las tendencias que en todos los pueblos hay hacia el imperialismo. Las hay, en efecto, y se necesita estar ciego para no verlas».

Pero las profecías señalan estas tendencias y su término, y todos los *Eneas* exclaman: «¡Quién hace caso de profecías!» ¿Quién? Hombres del temple, fe y sabiduría de Aparisi Guijarro, que previno en todos sus escritos lo que vosotros mismos estáis anunciando.

«Amenaza el día de las grandes tinieblas, decía, y habrá que defender la cuna de nuestros hijos y la casa de nuestro Dios, y habrá que salvar la Patria. El que siga la bandera de nuestros padres, haga por ser digno de seguirla; y si tiene orgullo, que lo pise; y si siente ambición, que la ahogue; y si oye la voz del interés, que la maldiga.

»El que tenga fusil que lo guarde, el que no lo tenga que se lo procure; porque es muy posible, y es muy probable, y parece casi cierto, que se esparzan en breve sobre la tierra las tinieblas, y que suene la hora de Dios, y los hijos de Dios deben estar en pie y mostrarse dignos de sus padres».

«Las nubes se han condensado, la tierra se ha obscurecido; ya se acerca, haciendo estremecer á la naturaleza, el gran rumor de la tempestad. ¿Oís? Se va agrandando, se va acercando; no es Ciro que en nombre de Cristo puede salvarnos; *no es Ciro todavía*: es una confusa y furiosa muchedumbre que viene á pedirnos la debida indemnización por el daño causado».

«Dejados de la mano de Dios, de error en error irán, de ceguedad en ceguedad, de escándalo en escándalo, y reñirán miserablemente, y atrozmente se combatirán; y España dará un grito como el Apóstol: «¡Señor, que nos undimos!» *y brillará en los aires el lábaro de Constantino, y España se habrá salvado*».

¿Quién hace caso de profecías? Los Profetas, los Santos, y hasta los impíos, cuyos nombres y testimonios vais á leer en los siguientes pasajes:

«El espíritu de profecía es el testimonio de Jesús». *(Apocalipsis, XIX, 10).*

«El don de lenguas es una señal, no para los fieles, sino para los infieles; mas el de profecía no se ha dado para convertir á los infieles, sino para instruir á los fieles». *(I, Corintios, XIV, 22).*

«No apaguéis el Espíritu de Dios, no despreciéis las profecías, antes bien examinadlas detenidamente y ateneos á lo bueno». *(I, Thes. V, 19-21).*

«El don de profecía es la luz particular de algunos para reconocer las cosas futuras, ó las ocultas en el corazón, ó bien las lejanas. Es verdad constante y fundada en la doctrina de San Pablo, que este don es una de las gracias gratuitas que no requieren la perfección ni siquiera la gracia santificante». (BOSSUET. *Tradition des nouveaux mistéres).*

«Es un principio de fe que el espíritu que inspiró á los profetas de la Ley antigua, muy lejos de faltar en la Iglesia, le ha sido dado con una plenitud desconocida en la Sinagoga; por donde se ve claro que el ministerio profético no ha sido suspendido en la Nueva Ley. Además, San Pablo no nos permite dudarlo, pues en muchos pasajes de sus Epístolas nos presenta este ministerio como una de las mayores señales de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia y uno de los elementos de su organización. El don de profecía no será jamás quitado á la Esposa de Jesucristo. Así como el milagro es la obra propia de la Omnipotencia, la profecía es el lenguaje propio de la Soberana Sabiduría» (PADRE RAMIÈRE: *Les esperances de l'Eglise).*

«Este espíritu de profecía se conserva perfectamente entre los hijos de la Iglesia de Cristo, según Joel lo predijo: *En los últimos días, dice el Señor, yo derramaré mi espíritu sobre toda carne, y tus hijos y tus hijas profetizarán.* El testimonio de muchos hombres prudentes y piadosos, como el de los Santos canonizados por la Iglesia, prueban que esto se ha cumplido. San Atanasio da fe de las predicciones de San Antonio Abad; San Basilio de las de San Gregorio Taumaturgo; San Gregorio Magno de las de San Benito; San Bernardo de las de San Malaquías; San Buenaventura de las de San Francisco; San Raimundo de los de Santa Catalina de Sena. Santa Brígida... Santa Hildegarda... Me abstengo de mencionar otras mil predicciones que se leen en las vidas de los Santos, atestiguadas por autores piadosos que escribieron viviendo todavía las personas por ellos nombradas. Si alguno las niega, será menester que niegue también que Cartago fué destruída por Escipión y que Roma fué antiguamente una república, y que no dé fe á monumento alguno de la historia. Pues si es insensato negar estos hechos escritos por autores paganos, aun es más insensato negar lo que han escrito los Santos, como un

San Atanasio, un San Basilio, un San Agustín, un San Bernardo, cuyos testimonios los mismos novadores tienen por verídicos. Es muy difícil engañar largo tiempo á los pueblos». (S. ALFONSO M. DE LIGORIO: *La verdad de la fe, etc).*

«Aunque las profecías parecen fábulas, la ruina de muchas ciudades de la Grecia, destruídas ó despobladas, las súbitas invasiones de los bárbaros y la caída de muchos imperios confirman la verdad de los oráculos. Las desgracias que acaban de sobrevenir á Cumas y Dicearquía, ¿nó eran una deuda que el tiempo ha pagado á las Sibilas que las habían predicho antiguamente? Si es difícil creer que la Divinidad no ha tenido parte en estos sucesos, más lo es creer que se han predicho sin una inspiración... Querer atribuir el acontecimiento al acaso es perderse en lo infinito. Yo no me figuro que pueda decirse que sólo el caso ha hecho coincidir plenamente el suceso con la predicción». (PLUTARCO, citado por muchos autores).

«Es una opinión muy antigua, venida hasta nosotros desde los tiempos heroicos y confirmada por el consentimiento del pueblo romano y de todas las naciones, que hay entre los hombres una especie de *divinación*, á la que los griegos dieron un nombre que significa presentimiento y ciencia de las cosas futuras. No conozco nación alguna, por muy civilizada que esté y sabia ó grosera y bárbara que sea, la cual no crea que lo porvenir es anunciado y que muchos lo conocen y pueden predecirlo». (CICERÓN. Idem).

«Yo no sabré dar la razón; pero es un hecho atestiguado por toda la historia antigua y moderna, que *nunca acontecen grandes desgracias á una ciudad que antes no hayan sido predichas por algunos videntes, ó anunciadas por revelaciones, prodigios ú otras señales del cielo*. Sería muy de desear que la causa de esto fuese discutida por hombres instrúidos en las cosas naturales y sobrenaturales, ventaja que yo no tengo. Sea como sea, el hecho es cierto, y siempre, después de estos anuncios, suceden cosas nuevas y extraordinarias». (MAQUIAVELO: *Discurso sobre Tito Livio, I, 56).*

«La filosofía admite las profecías y les señala dos condiciones esenciales: la de preceder indudablemente á los hechos predichos y la de anunciarlos con una claridad que no permita dudar del cumplimiento». (DALEMBERT: *Elements de philosophie).*

«Nunca he querido creer nada; pero en este caso convengo de buena fe en que hay cosas superiores al alcance de los hombres, cuya perspicacia no podrá jamás penetrarlas; testigo esta singular profecía (la de Noel Olivarius), encontrada en los Benedictinos, escondida durante la revolución, y ahora

en mis manos... En verdad, debiéramos referirlo todo al Dios que rige el universo y aprovecharnos de las centellas de luz repartidas entre algunos seres previlegiados para esclarecernos en el camino que debemos seguir». (NAPOLEÓN I, citado por M. A. Le Normand en las *Memorias, etc.*, de la emperatriz Josefina).

«Dios suscita de vez en cuando hombres llenos de su espíritu y de sus luces, á cuyos ojos descorre el velo de lo porvenir, y á quienes encarga decir á sus hermanos lo que han visto y oído». (M. FRAYSSINOUS: *Conf. sur les proph.)*

«En los presentes tiempos, el espíritu profético es incomprensible á los espíritus formados por la filosofía del sensualismo y del egoísmo. Cuando se repudia la profecía, que es el espíritu de Dios animando el espíritu del hombre, falsa y deplorable es la ciencia con que se pretende examinarla» (M. PAGÈS DE L' ARIEGE: *Dict. de la couvers.—Proph.)*

«El espíritu profético es natural al hombre y no cesará de vivir en el mundo. Si se me pregunta qué es este espíritu profético, responderé que nunca hubo en el mundo graves acontecimientos que no fueran predichos de alguna manera. Mil expresiones os probarán que unas veces plugo á Dios dejar hablar al hombre inspirado, según las ideas reinantes en tal ó cual época, y otras ocultar, bajo formas simples en apariencia y á veces groseras, altos misterios que no todos los ojos podrán descubrir. Ahora bien; ¿en cuál de los dos casos se obra mal por querer penetrar estos abismos de la gracia y bondad divina, como se penetra en la tierra para extraer el oro y los diamantes? *Hoy más que nunca debemos ocuparnos en estas altas especulaciones, porque debemos estar prevenidos para un* ACONTECIMIENTO INMENSO *en el nuevo orden de cosas hacia el cual marchamos con velocidad acelerada, y que debe cautivar la atención de todos los observadores.* Ya no hay religión en la tierra, y el género humano no puede permanecer en este estado do. Y á más de esto, *tremendos oráculos anuncian que* LOS TIEMPOS HAN LLEGADO YA... El universo está esperando. ¿Cómo podríamos menospreciar esta general persuasión, y con qué derecho condenaríamos á los hombres que, advertidos por señales divinas, se entregan á santas investigaciones? (J. DE MAISTRE: *Veladas de San Petersburgo).*

En otro capítulo pondremos íntegro este pasaje de las *Veladas*.

Lo venidero y el batacazo.

Vamos á los puntos que tratan de nuestra pobre persona.

No hacemos hablar á los profetas; los comentamos ó explicamos, sin empeño alguno en que se siga nuestra opinión. ¿Hacen hablar á los profetas canónicos los expositores de la Santa Escritura? ¿Publicar y explicar profecías antiguas, poniendo su texto literal, es inventarlas, es atribuír á los profetas lo que no han dicho? ¡Cuánto disparate! Disparatar es muy fácil, argüir no tanto.

¿Se cumplirán las profecías tal como nosotros las explicamos? Sí, ó no, que uno y otro es cosa de Dios, y á nosotros corresponde decir solamente como en la *Exposición* á Don Carlos: «Cumplo con mi conciencia, hago lo que es de mi parte, y el resto lo dejo en manos del que gobierna el mundo».

Nuestros críticos olvidan que todas las profecías conminatorias son condicionales, y todas las profecías condicionales dependen del cumplimiento de la condición. Varias veces nos hemos ocupado de esto y confirmado nuestras palabras con autoridades de Santos y Doctores. La profecía de Jonás contra Nínive, por ejemplo, era condicional: faltó la condición, y la profecía no se cumplió al rigor de la letra. Decimos esto, porque las verdaderas profecías siempre se cumplen de algún modo, y así sucedió con la misma de Jonás. Nínive no fué destruído materialmente; pero sí moralmente, porque se convirtió y apenas quedó rastro del Nínive pecador á quien el profeta señalaba cuarenta días de plazo. Además, llega un tiempo, al cual por un doble sentido se refiere siempre la verdadera profecía, en que ésta se cumple materialmente, como al fin se cumplió la de Jonás.

Hablando Da Macello en *I Futuri Destini* de los

sermones conminatorios de San Vicente Ferrer, pregunta:

«¿Por qué no llegó entonces el fin del mundo? Por la misma razón, responde, por la cual Nínive no fué destruído. Merced á la predicación del Santo, levantóse un llanto universal, se hizo penitencia, se extinguió el funesto cisma de los tres antipapas; y así, es de creer que esta conmoción aplacó al señor y se aplazó el tiempo».

El mismo San Vicente Ferrer desarrolla extensamente esta materia, de la cual tratan todos los libros de teología. ¿Por qué no consultan alguno nuestros censores? Tal vez con esto y la historia llegaran á comprender lo que aquí no tenemos tiempo de explicar, esto es, que las profecías de San Vicente Ferrer se cumplieron moralmente como la de Jonás, al tiempo señalado, pues vino el fin de aquel mundo pecador con pestes, guerras y muchos horrores más, y hasta con su Anticristo, etc.

Muchos intérpretes de las profecías se han engañado: por nosotros responderán hasta el día del cumplimiento las pruebas que venimos dando. Tenemos por cierto, según en otras partes hemos dicho, que todo esto que va á verificarse ahora debía haberse verificado por los años de 1868 á 1874, y las oraciones de los justos y la definición del misterio de la Concepción Inmaculada lograron aplacar el Señor. No vinieron los inauditos castigos que ahora vamos á padecer, y por consiguiente, y en castigo de los pecados de entonces, tampoco vino el Gran Monarca, que sólo después de ellos ha de venir.

Pero entonces se verificó de algún modo lo que ahora se verificará en absoluto. Estúdiese aquello y se comprenderá esto: las naciones van á representar ahora el papel de entonces; pero hasta el último límite. El Gran Monarca estaba entonces indicadísimo, y era Carlos VII.

A este propósito, y en confirmación de que nada de esto se cumplirá por ahora literalmente si no se

cumple la condición por Dios impuesta, adelantamos el siguiente texto de Zacarías, con su comentario, tomados de un capítulo que irá en su lugar; y nótese que el profeta se refiere justamente á los tiempos felices que vendrán con el triunfo del Gran Monarca.

«*Mas esto sucederá si vosotros escuchareis con docilidad la voz del Señor Dios vuestro.*

»Esto es, tened entendido que estas profecías no son absolutas, sino condicionales; su cumplimiento depende de que vosotros *escuchéis con docilidad la voz del Señor Dios vuestro.*

»Como quiera se deben cumplir, alegóricamente ó místicamente; pero literalmente no se cumplirán si con vuestros pecados os hacéis indignos. En ese caso, no me culpéis á mí de falsedad; culpaos á vosotros mismos, porque con vuestros pecados os hacéis indignos de las venturas prometidas con el reinado del Gran Monarca».

En efecto; razones gravísimas que no tenemos lugar de exponer nos convencieron años ha de que el *Gran Monarca* debía haber aparecido por los años de 1870; todo parecía concurrir entonces al cumplimiento de las profecías, lo cual vieron no pocos hombres de ciencia y virtud que muy fundadamente creyeron descubrir al Cran Monarca en D. Carlos de Borbón. La verdad es que el augusto Señor Duque de Madrid parecía, tanto por sus circunstancias personales como por las de su familia y las de aquella época, el hombre de las profecías; pero nuestros pecados sociales nos hicieron indignos, como anunció Zacarías, y la venida del Gran Monarca se aplazó para principios de este siglo.

Es de advertir que, cuando el cumplimiento de profecías tan trascendentales como estas se aplaza, siempre el aplazamiento está anunciado por otras, de un modo que no deja lugar á dudas. Así, todo parecía convenir al tiempo sobredicho y al Señor Duque de Madrid; pero examinando bien las profecías, hállanse muchas, v. gr., la de Zacarías, que de ningún modo convenían, sino que claramente se refieren á otra persona y á un tiempo posterior, cual es el pre-

sente, en el cual aquéllas y éstas coinciden de un modo admirable, como ordenadas todas por el Dios Altísimo que las inspira.

Ahora no se aplazará, ahora vendrá todo como decimos, y artículos ha publicado *Luz Católica* que demuestran cómo se está ya cumpliendo. Los diez capítulos de *Hoy y mañana* son la mejor demostración. Pero dejemos ciertas alturas y hablemos de tejas abajo.

Si nos equivocáramos, ¿qué batacazo daríamos? El que dió Jonás, el que dió San Vicente Ferrer, el que dieron muchos Santos, muchos sabios, muchos intérpretes, y muchos profetas que como Jonás profetizaron por inspiración divina y aplicaron sus profecías por criterio propio que les engañó. Ese es el batacazo que daríamos. La semana pasada decíamos en la *Exposición:*

«He ahí lo que con *Luz Católica* me propongo, Señor, á costa de sacrificios inauditos; de penas y amarguras y privaciones y pobrezas por muy pocos sospechadas; sin esperar recompensas de los hombres; sin propósito de medrar por ningún lado; y deseando llegar al término de mi misión, para retirarme del mundo y vivir ignorado de los hombres vacando á Dios, en cuya presencia confirmo lo que acabo de escribir.

Qué he de conseguir, yo lo sé; pero hablo ahora de mis deseos y miro á lo presente sin pensar en lo futuro; y en este concepto afirmo que no me importuna el pensamiento de si conseguiré ó no lo que me propongo; cumplo con mi conciencia, hago lo que es de mi parte, y el resto lo dejo en manos del que gobierna el mundo».

Nada nos importan, pues, los batacazos que podamos dar. A Dios hemos de agradar, no á los hombres. *Si adhuc hominibus placerem, servus Dei non essem.* Cayendo con Jonás y San Vicente Ferrer, deben de ser muy blandos los batacazos.

Porqués y otras cosas.

Pues si nada deseamos, ¿por qué sacamos tantas profecías, aplicándolas á nosotros mismos, cuando

somos los que más debiéramos callar si en verdad nos atañen? Que nos atañan no lo hemos dicho nunca: *Luz Católica* no ha dicho jamás, ni por sueños, que tales profecías se refieran al pobre Padre Corbató. Mas, dado el caso curiosísimo de que á él se refiriesen, ¿debería no nombrarlas por modestia?

¿Y qué se yó? Preguntad, en todo caso, al profeta de Dissentis, por qué dijo que el gran hombre conocería las profecías á él concernientes; preguntad á San Francisco de Paula por qué dijo que el hombre investigaría los secretos del Espíritu Santo en esta materia; preguntad á San Vicente Ferrer por qué hizo tantas profecías de sí mismo; preguntad á tantos Santos como hicieron lo propio, y antes de ellos el Santo de los Santos, Cristo Jesús; preguntad á la Ven. Sor Ana Catalina Emmerich por qué el cielo le ordenó muchas veces publicar sus revelaciones proféticas, que no se inspiran para que estén ociosas, sino para que las conozcan los hombres. Si á nosotros preguntáis, os diremos como en el núm. 36 de *Luz Católica:*

«Diferentes veces, si no me equivoco, recuerdo haber leído en *Luz Católica* que usted desciende de familia muy noble por su señora madre, y que parece muy misterioso el origen de la familia de su padre. Padre Corbató, sáquenos usted de dudas, díganos alguna cosilla que pueda aportarnos alguna luz, porque somos muchísimos los que la deseamos.—N. R.»

Esto nos lo preguntaba un amigo, y le respondíamos:

«Jamás he dicho en *Luz Católica* semejante cosa, ni tengo prisa en averiguar los aborígenes de mi familia, que para nada necesito de ellos. Cierto que algún punto misterioso he comunicado á más de dos amigos; pero aquí no sé más que decir con el inmortal Aparisi:

«Si alguien me lo disputa, trazaré mi árbol genealógico, colocando el tronco sobre el arca de Noé, y si no os dais por satisfechos, en medio del Paraíso. Yo soy noble, yo soy Duque y Grande de España: Dios me dió el diploma, y lo he mostrado á los hombres, por un pensamiento sublime que jamás

pudiera nacer de vuestra estéril cabeza. Eso podría yo decirles, si no fuera esto vanidad».

Si todavía nos volvéis á preguntar, os responderemos como en el núm. 25:

«Yo veo clarísimamente que las cosas vendrán como no se piensa y por personas en quienes no se piensa. Yo quiero ser de Dios antes que de los hombres; por lo cual, si conociera que D. Ramón Nocedal, D. Alfonso ú otro cualquiera había de ser el Gran Monarca destinado por Dios á restablecer el orden, me declararía enseguida su primer soldado. Yo peco tan poco en apreciar mal á D. Carlos, como algunos suponen, que si el Gran Monarca hubiera de ser yo mismo, postraríame en presencia de mi Dios y le diría:

Señor, por D. Carlos de Borbón y Austria y por su augusta Esposa os he ofrecido mi vida varias veces; Señor, ¿no podría mejor que yo responder D. Carlos á vuestro llamamiento? Señor, llamad á él, llamadle, y muera yo olvidado de los hombres si es menester; llamadle pronto, Dios mío, y triunfe con él vuestra España y por España vuestra Iglesia».

Publico lo que tengo en el corazón; otras veces lo he publicado ya. Y es que mi patriotismo no es de partido, sino de Patria: soy español y españolista. Mi patriotismo españolista no es de hoy. De niño lo defendí con las armas, batiéndome como un veterano, y de estudiante lo acaricié en composiciones literarias. Es el alma de todos mis escritos: yo quiero ser santo, yo pido á Dios que me haga santo; pero no he de serlo como San Luis Gonzaga, sino como San Hermenegildo ó San Fernando: tengo afición á unir la Cruz con la espada.

¿Qué más quieren saber mis amigos ó mis enemigos, mis adictos ó mis censores, mis calumniadores y maldicientes? Si desean algo más, les diré que admito hasta profecías de profetas falsos y claramente inspiradas por el demonio. No todas; algunas. Y de éstas, no todo, sino la parte aceptable.

¿Aceptable, siendo cosa del demonio? Ya veo á mis críticos echar una carcajada. Vaya, estoy rematadamente loco... ¡Qué le vamos á hacer! Tengo el

mal gusto de querer ser loco como el celebérrimo Príncipe Juan Francisco Pico de la Mirandola, el cual, casi copiando á otro loco como Santo Tomás de Aquino, á quien sin duda han estudiado mucho nuestros censores, escribió esta sentencia:

«Los profetas falsos inspirados por el demonio pueden predecir cosas verdaderas. Los profetas verdaderos se distinguen de los falsos en que aquéllos siempre dicen verdad y éstos no siempre dicen falsedad, pues á veces Dios se vale de los profetas falsos (como de Balaam) para anunciar cosas verdaderas que son de utilidad pública». *(De praenot. l. 4, c. 6).*

Con que ya tienen mis críticos por donde hincarme el diente; les aconsejo que no dejen de morder por pereza, reputando coplas de la zarabanda todas las autoridades y todos los artículos citados y el que aquí termina por hoy.

P. S.—*La Bandera Española,* periodiquín de Córdoba, que á sí mismo se llama «el último de los periódicos tradicionalistas», y es mucha verdad, «se propone guardar absoluto silencio que no romperá jamás», para matar á *Luz Católica.* Y esto lo estampa después del libelo escandalosísimo que nos dedica, cuando nosotros jamás nos hemos ocupado de él, no siendo para elogiarle por haber retractado el artículo que copió de *España Cristiana* y que el señor Obispo de Córdoba condenó.

En el indicado libelo infamatorio habla de «ciertas profecías que ni hemos examinado *ni examinaremos*»; lo cual es revolverse en la ignorancia voluntaria, supina, crasa, merecedora de que les digamos: *quod ignorant blasphemant.* Eso hacen todos nuestros adversarios: sin examinarlas, las combaten.

¿Y si se cumplieran? Entonces se burlarían de ellas igualmente. Dícelo *La Bandera* ó el banderín, con palabras que no nos atrevemos á copiar por la asquerosísima reticencia que envuelven... ¡Oh, los muy pulcros!

¡Dios les perdone!

II

¡Filosofemos!

Suposición y profecía.

Dijo el profeta Jeremías: «desolada está la tierra con desolación grande, porque no hay quien recapacite en su corazón».

Los ascéticos aplican este texto á la poca oración mental que hacen los cristianos. Está bien; pero que me perdonen los ascéticos, si digo que antes debe aplicarse á otra cosa, como es la obligación que todo hombre tiene de recapacitar á qué lado debe inclinarse en esas generales contiendas sobre bien público religioso ó civil, que no sólo interesan á la comunidad, sino á cada uno de sus miembros.

No pensar nada, ser indiferente, es muy cómodo; pero siempre es malo en esas contiendas, y muchas veces es criminal. Pensar algo para negar sistemáticamente lo que no agrada, es peor; y pensar deliberadamente, por espíritu de soberbia, contra Dios, su Iglesia, sus Santos, sus Doctores, es propio de demonios, no de hombres.

Eso es lo que lleva perdido al mundo; el que no se recapacite dónde están la verdad, la justicia, el derecho, en las cuestiones que nos traen á mal traer. Aunque haya muchos corruptores de profesión, poco mal harían si los que ahora les siguen se pararan á pensar en los últimos efectos de sus doctrinas ó consecuencias de sus hechos.

Todo les parece bueno á primera vista porque halága sus pasiones, ó favorece sus miras, ó fomenta sus particulares intereses; pero si recapacitaran lo que

cada uno debe á la comunidad, y quisieran ver lo que de esos principios se ha de seguir necesariamente un día, pronto morirían las sectas, los bandos, los malos sistemas de gobierno y las escuelas de perdición.

Difícil es, pero no imposible, que los hombres en general recapaciten lo que pasa, para no dejarse seducir por periódicos, ni discursos, ni libros más ó menos funestos. Harto más fácil es que recapaciten otras cosas de sentido común, y por negarse obstinadamente á pensar si son verdaderas ó no, se pierde la comunidad, ó como dice el profeta, «con gran desolación está desolada la tierra, porque no hay quien recapacite en su corazón».

Como una verdad se oponga á sus preocupaciones ó malas tendencias, no se la presentéis sencilla ni compuesta, enunciada ni defendida, porque no la recibirán. Y si queréis verlo claro, miradlo en los partidos políticos del día: veréis que, salvo rarísimas excepciones, sus secuaces no recapacitan jamás la razón que pueda haber en otro lado; niéganla, y si no la niegan, la menosprecian, ó por lo menos no se detienen á pensar en ella, de donde se sigue que no la abracen nunca porque nunca la ven.

Relativamente son pocos los hombres tan perversos, que cuando ven claramente una verdad, no le den asentimiento. Todo el mal está en que no la ven porque no quieren verla, no quieren considerarla para descubrirla. «Con gran desolación está desolada la tierra, porque no hay quien recapacite en su corazón».

Concretémonos á un punto determinado. Mantenemos hoy una verdad clara, sencillísima, de sentido común, confirmada por la historia, por la filosofía, por la política, por mil hombres pensadores, por mil profetas; y esa verdad tan llana, tan asequible, tan conforme con todo lo pasado, lo presente y lo futuro,

tiene pocos adictos porque son pocos los que se han dignado considerarla. En cuanto se la considera bien, se la abraza; pero no es considerada, y se la impugna ó menosprecia como cosa de locos ó visionarios.

¿Quién es el loco, el visionario, ó por lo menos el superficial y vano? ¿El que acepta una verdad por haberla estudiado bien, ó el que la rechaza sin estudiarla poco ni mucho? ¿No lo es el segundo? Pues he ahí quiénes son los que niegan ó menosprecian la salvadora idea del Gran Monarca, nombre profético que no es de humana inspiración: los profetas lo inventaron.

Los verdaderos superficiales, visionarios ó ilusos, los que desechan esa idea porqne no la conocen, porque no la estudiaron, tal vez porque no quieren oir hablar de ella, esos se figuran que, cuando se dice «Gran Monarca», se dice así como un hombrón inmensamente alto y grueso, llovido de las nubes, con todo el poder de Dios en su mano, que aparecerá desde el primer día rodeado de ejércitos formidables y recorrerá victorioso en un abrir y cerrar de ojos el mundo de punta á punta, y tendrá sus arcas abarrotadas de millones, y á su voz poderosa surgirán ciudades y maravillas, y sucumbirán todos los malos, y hará milagros estupendos como no se hicieron jamás.

Si tal ha de ser el Gran Monarca, tienen razón que les sobra en burlarse de quien mejor sería llamado *Gran Fantasmón*; pero esa es la idea que tienen de él los ilusos, los visionarios, los memos que no alcanzan más y por eso niegan ó por lo menos dudan que tal hombre haya de venir. Los que se han hecho cargo del asunto, los que no han querido negar sin haber estudiado, tienen del Gran Monarca una idea muy diferente. En *Luz Católica* hemos tocado varias veces este punto; hoy lo vamos á presentar todavía más llano.

Figurémonos que en España domina la revolución

de los impíos el año que viene, y como en nuestras pasadas guerras civiles, se levanta un caudillo con pocos hombres, cuyo número se va aumentando rápidamente como en aquéllas. Supongamos que este caudillo no pretende ser rey ni cosa que le parezca, sino que quiere el triunfo de la Religión, de la Patria, de la verdad, de la justicia, de la libertad verdadera; y es de tan nobles y católicos sentimientos, tan valeroso y victorioso, que al fin reune en torno suyo bastante ejército para triunfar, y triunfa en España; y entonces, sus gentes, cuando él les propone nombrar un rey que reine y gobierne según una Constitución católica y españolista que se le imponga, le aclaman á él por rey, ó duque, ó el título que quiera tomar.

Hasta aquí la cosa es de clavo pasado; ha sucedido mil veces. Continuemos.

Supongamos que, ya pacificada España, el caudillo, cuyo mero triunfo descubre sus altas dotes de restaurador, en brevísimo tiempo reune ejército y material suficiente para vengar nuestras pasadas afrentas contra Inglaterra, realizar la federación ibérica, ó llevar la guerra y la victoria al corazón de Marruecos; porque entonces, claro es, no habría las ignominias de ahora y todo el mundo marcharía recto á las órdenes de un tal hombre, siendo los españoles lo que siempre fueron con buenos jefes: cada uno un león.

Alemania, que ambiciona apoderarse de la Europa meridional y puede invadir á Francia con tres ó cuatro millones de hombres, al ver tanto progreso y las buenas relaciones de ella con España, la invadiría seguramente, para cuyo intento se halla muy bien preparada; y complicándose las cosas como es de suponer en aquel caso, sería segura la guerra hispano-alemana.

En alguna parte se tendrían que dar batalla los dos ejércitos enemigos, claro es. Pues supongamos que se da en los Pirineos, y después de tres días de lucha triunfa España. Entonces los derrotados huyen,

España los persigue, los franceses van incorporándose á los españoles á medida que éstos adelantan persiguiendo á los alemanes. Por fin el ejército español y francés es inexpugnable. Han llegado al Norte, entran en la Westfalia, y allí, ya en territorio de alemanes, éstos les presentan la cara, líbrase una batalla terrible, Alemania es otra vez derrotada, y esta victoria define la contienda.

Hácese la paz, vuelve el gran Caudillo con sus ejércitos Francia adentro; pero siendo tan gran defensor de la Iglesia, es menester dar libertad al Papa. Váse, pues, con sus valientes á Italia, y con el nombre que le precede, todo se le rinde. Entra en Roma, restablece al Papa en sus derechos, y el Papa le corona emperador.

Enseguida se reune un Concilio para la reforma de la Iglesia; y no quedando rastro de impíos en el gobierno de las naciones latinas, decrétase la reconquista de la Tierra Santa, á donde el Emperador va por su España, pasando al Africa por Gibraltar y dominándola más bien por el terror que causará su victorioso nombre que por la fuerza de las armas, apenas necesaria. Llega á Jerusalén, entra triunfante; y con esto y un ejército que vaya por Constantinopla y destroce allí la Media Luna, se acabó el imperio Turco.

Todo esto es una suposición; pero nadie osará decir que es suponer un imposible, porque la cosa es muy hacedera con la ayuda de Dios, si hay un Caudillo que sepa dirigirla.

Pues bien, lectores, eso mismo es, en substancia, lo que los profetas anuncian del Gran Monarca, dejada aparte su acción en América. Eso y más que eso hubiera hecho Napoleón si hubiese tenido el corazón católico y las elevadas miras que tendrá nuestro Caudillo. ¿Qué hay aquí de imposible, de ridículo, de visionario?

(*Luz Católica*, núm. 118=7 Enero 1903).

Sobre lo mismo.

Y no se crea que esta interpretación nuestra es de ahora: años ha que la dimos, más detallada en algunos pormenores. Repitámosla aquí para que sirva de complemento á lo anterior.

Después de grandes tribulaciones, y por medios que los hombres no prevén, y en los que se verá la mano de Dios, el Gran Rey se apoderará legítimamente del trono de España. Parece que poco después ha de caer prisionero de otro rey, no sabemos fijamente cuál ni por qué; pero sí que se librará de un modo milagroso y por intercesión de la Santísima Virgen.

Por entonces Inglaterra habrá caído; y Alemania, que desde Bismark sueña en el dominio de Europa, invadirá por segunda vez la Francia y la dominará, que para eso los judíos le están preparando el terreno. A su retaguardia estará Rusia, que intenta dominar el Asia, bien que Turquía parece ha de hacer causa común con Alemania. El emperador de ésta, ora por vengarse del Rey de España, ora por dominarla como á Francia, se adelantará á conquistar la Península; pero en los Pirineos será derrotado, y los restos de su ejército huirán hacia el Norte, perseguidos por el ejército del Gran Monarca.

Entonces irán uniéndose á éste los dispersos del ejército francés, con que aumentará el suyo, y será aclamado Rey de Francia. Los alemanes, viéndose batidos, pegarán fuego á Lyón, antes de abandonarlo, y lo propio harán en París, si es que la destrucción de esta Babilonia no es obra del cielo mismo, como parece probable. Continuará el Gran Monarca batiendo á los alemanes y sus aliados los turcos hasta la Westfalia, donde se darán las últimas batallas; y estando el Papa legítimo preso en Colonia, *al parecer*, lo librará,

y con gran pompa le acompañará á Roma, donde será por él coronado Emperador de Oriente y Occidente.

Irá á Roma con el Gran Rey, al parecer, el Czar de Rusia, que guardaba la espalda á los alemanes, y se habrá convertido al ver tan claramente la mano de Dios. En Italia no dominará sin guerra, pero ya le será todo fácil. Repuesto el Papa en la silla de San Pedro, se proyectará el acabamiento de la secta mahometana, y el Gran Monarca irá al Africa y de allí á la Palestina, dominándolo todo con sus ejércitos y Crucíferos. Todo esto es obra de muy poco tiempo.

Los Estados Unidos serán aniquilados en los principios del Gran Monarca, y todas las Américas latinas habrán vuelto á la unión con la Metrópoli. Igualmente será dominado el resto del mundo, siendo el Gran Monarca Emperador universal, con varios reyes que le estarán sujetos con amor y reverencia.

Si en algún detalle nos equivocamos, tenemos por cierto que en lo general es buena esta interpretación de las profecías. Sin ella no nos podemos explicar ninguna: es la llave.

Y ahora volvemos á preguntar: ¿qué hay aquí de imposible, de ridículo, de visionario? ¿Por ventura hoy no lo descubre ya, filosofando por lo presente, la sola razón alumbrada por la filosofía providencial de la historia?

Los profetas lo han dicho, unos hace siglos, otros *hace poco; pero aunque ellos no lo hubieran anunciado*, hoy se vislumbraría ese desenlace por el curso presente de los acontecimientos; y en efecto, muchos los vislumbran y predicen, *aun prescindiendo de los profetas*. El principio, lo esencial, es que surja en España ese Caudillo, y surgirá cuando la revolución lo reclame. ¿O es que la impiedad ha de ir progresando, como de poco tiempo á esta parte, y los españoles hemos de estar con los brazos cruzados?

¡Vive Dios que no será así! Un día vendrá, y

pronto, en que España reclamará un brazo de hierro, y saldrá entonces el Caudillo, no como el que hoy ha convertido los fusiles en votos, sino un caudillo exento de tanta corrupción, que levante la Cruz por bandera.

Españolistas, ese será vuestro Gran Monarca. ¿Hay en esto algo de locura? ¡Burlaos de los que se burlan de vosotros por ignorancia!

Mirad las tendencias de las grandes naciones al imperio universal, en el que hasta Don Carlos pensó un tiempo, como consta de su *Diario*; mirad como el cisma religioso viene á carrera tendida después de León XIII; mirad como Canalejas trae á España la república, cuya proclamación, según una profecía, será la señal de la subversión europea que debe remediar el Gran Monarca; mirad como en Francia estudia parte de la prensa el problema de si se debe continuar con la actual república, ó proclamar la restauración monárquica, ó confiar la solución á un plebiscito; mirad cuán ansiosos están aquí todos, incluso muchos carlistas, de un caudillo que salve á España, aunque no sea Don Carlos, é imponga el programa tradicional y levante la Nación al solio de sus pasadas grandezas; mirad esa efervescencia y ese afán de ver algo nuevo y regenerador, que todo el mundo siente; mirad como los Estados se preparan, cual si en todo el mundo hubiera de estallar una conflagración horrorosa; mirad los trabajos de la masonería, la disolución de los partidos de gobierno, lo de Marruecos, la situación de Portugal, las tendencias republicanas de Italia, etc., etc., etc.; y si sabéis filosofar, poniendo por premisa mayor de un silogismo la filosofía providencial de la historia, y por menor todos esos síntomas, deduciréis por consecuencia que las naciones no se areglarán sin lo que todo el mundo presiente: la venida de un brazo de hierro, de un hombre providencial que reponga las cosas en su lugar y enfrene

la revolución ó la mate, como se mata una fiera sanguinaria.

¿Es imposible ese hombre? De ningún modo. Pues ese hombre es el Gran Monarca. Más abajo volveremos á estas ideas.

Uno de los síntomas más claros de la brillantísima suerte de España en esta mudanza del orbe, lo están dando las Américas latinas, incluso Cuba, con sus corrientes hacia la madre Patria; y más que todo, las tendencias generales á la unión latina. Esto es ya vulgar; pero á mayor abundamiento, he aquí lo que leímos hace pocos días en un colega católico:

«*Liga latina.*—El conde de Escranoglles Tanni, escritor brasileño, ha publicado en el *Diario de los Debates* un artículo abogando por la formación de una Liga latina. El autor protesta contra la supuesta decadencia de las razas latinas, y dice que es necesario infundir á sus diferentes elementos constitutivos el sentimiento de su solidaridad y destruir el egoísmo y los odios civiles que las devoran. La Empresa exige paciente esfuerzo de numerosas generaciones, siendo favorable síntoma de su buen resultado la aproximación de Francia é Italia y la conclusión del tratado de arbitraje entre Chile y la Argentina. El medio más eficaz de lograr estos resultados es la constitución de una Liga latina formada con arreglo al modelo de la Liga para el arbitraje y la paz, y que agrupando á los latinos de ambos hemisferios, darían á la raza cohesión, salud y vigor».

Si alguno se figura que todos estos síntomas, por sí solos, nada prueban, ni siquiera son fundamento de probabilidad, espere á leer las pruebas que luégo daremos de que los tiempos del Gran Monarca han llegado, son estos, no otros, punto que ya no admite discusión. Pronto le veréis; pronto veréis á España regenerada, y en pos de horrenda y breve guerra europea, elevada á mayor rango que el de sus pasadas glorias y hecha señora del mundo.

Pero, repitámoslo, lector que esperas el cumplimiento de tan magníficas promesas, no te engañes pensando que el Gran Monarca será grande porque

venga con aparato deslumbrador y poderosos ejércitos, pues los profetas te anuncian todo lo contrario, y la filosofía providencial acude en confirmación de los profetas.

Un rey desconocido había en la nación hebrea, rey pobre, oscuro, humilde pastor. ¿Quién pensaba que de aquel adolescente había de salir el vencedor de Goliat? ¿Quién, que de aquel perseguido por el tirano Saúl, vagando por los montes al frente de unos cuantos infortunados, padeciendo hambre, sed, cansancio y toda suerte de penas, había de surgir el gran Rey David? Los ejércitos vienen después.

Mil ejemplos análogos hay en la historia del gobierno de la Providencia, y no son raros los que ofrece una débil mujer, que ora se llama Jahel, ora Judit, ora Juana de Arco. Lo flaco de Dios es más fuerte que lo fortísimo del mundo. Dios vence lo mismo con uno que con un millón; sólo Jonatás y su paje desbarataron un formidable ejército de filisteos.

¿Te maravillas, lector amable, de que un Gran Monarca, dominador del mundo, libertador de la Iglesia, haya de salir de tan pequeños principios, y reunir ejércitos invencibles el que aparecerá sin ninguno, y hacer la felicidad de la tierra el que ha de ser abrevado de tribulaciones? Pues yo te ruego me digas por qué Jesucristo, Rey de Reyes y Dominador de los que dominan, fué desconocido hasta de sus parientes según la carne, que se le burlaban, y de los Judíos que le infamaron y dieron muerte de Cruz. Y asimismo te ruego me digas cómo de tan humildes y penosos principios, sin más ejército que el de unos rudos pescadores mansos como ovejas, se valió el Señor para extender su Reino por el universo mundo, vencidas todas las potestades de la tierra. Seguiremos insistiendo en estas ideas, capitales para tal Apología.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

Previsiones confirmadas.

Apenas hay una entre las importantes predicciones expresadas por nuestra Revista, que no haya recibido ya confirmación por algún lado, cuando no por todos.

De la futura y próxima invasión de Alemania en Francia para apoderarse de ésta, se nos burlaron muchos, y no menos del peligro que de eso nacería para España y de la guerra consiguiente.

No fué mejor recibida la explicación sobre el levantamiento de España, el cual atribuíamos en parte á la gran inmigración de franceses y otros, que huyendo vendrán á establecerse entre nosotros.

Pues bien; he aquí lo que, confirmando todas estas previsiones, tomamos de nuestro estimado colega *La Constancia:*

«*Nueva invasión teutónica.*—Parece esto cosa de novela, ó fantasía de un visionario. ¿Quién sospecharía que el pueblo alemán en masa pensara emigrar hacia el Occidente, expulsando de su territorio al pueblo francés? Y esto en pleno siglo XX, como si nos halláramos en el siglo V, en la época de las grandes invasiones bárbaras.

»Tan grave é inesperado acontecimiento anuncia con toda seriedad un importante periódico de Berlín, *Tagblatt*, órgano oficioso del Gobierno. He aquí sus palabras, que traducimos de *La Croix*, de París:

«La nación germánica, cuya fuerza vital es tan grande »que ve aumentar diariamente la población á pesar de la con»tinua emigración, en lo venidero no podrá hallar suficiente »campo para su desarrollo en los estrechos límites del imperio »alemán actual.

»Entonces resultará lo siguiente: una futura guerra á »muerte con los franceses, que siempre están deseando tomar »la revancha. Alemania puede aplastar definitivamente á »Francia, y continuando la antigua emigración de los teutones »hacia Occidente, arrojar á los franceses lejos de Francia, re»chazarlos hacia sus hermanos los latinos, los españoles.

»Es evidente que la mera anexión del territorio ocupado »por los franceses en nada aumentaría el poder del imperio

»alemán. Es preciso, al cambiar las fronteras, romper los fal»sos sellos humanitarios del siglo XIX, y expulsar la pobla»ción francesa de su territorio para dar paso al pueblo ale»mán. La necesidad reformará el derecho internacional».

»De aquí se deduce que los españoles estamos en peligro, pues quieren arrojar sobre nuestra península la población francesa de treinta y ocho millones de habitantes.

»Dedúcese también que la protestante Alemania, por todo progreso y por último adelanto del siglo XX, se burla de la fraternidad humana y predica la guerra de exterminio, como la hacen los tigres y leopardos en las selvas africanas.

»Ideas muy propias de un pueblo que ha renegado de la fe cristiana, arrastrado por la soberbia y por el materialismo».

(*Luz Católica*, núm. 122=5 Febrero 1903).

Hemos adelantado estos párrafos de *La Croix* á un capítulo sobre el mismo tema, que pondremos en la segunda parte, para que desde ahora sepa el lector cuán fundada es la que hemos venido llamando suposición.

Ab Aquilone pandetur omne malum, dijo Jeremías. Del Norte vinieron siempre á los pueblos latinos las principales invasiones y las herejías principales, y del Norte vendrán los próximos males que al pronto parecerán el acabamiento de nuestra raza; pero de esos males se servirá Aquel que gobierna el mundo para levantarnos á una altura mayor que todas las pasadas: *Salutem ex inimicis nostris.*

III

En terreno firme.

Para confundir en el terreno profético la perversa lógica del incrédulo *suismo* de los partidos, bástanos repetir el argumento expuesto en el núm. 42 de *Luz Católica*. Largo es; pero todo cuanto dice nos parece muy del caso. Helo aquí:

Afirmación de muchos carlistas de primera fila es, según vimos en el número 40, página 635, que *«si el P. Corbató, en lugar de colocarse en su terreno, proclama á D. Jaime, se lleva el carlismo entero»*.

Ahora bien: ¿qué terreno es ese? El terreno del Gran Monarca, el de las profecías canónicas y no canónicas, el de sus comentadores sapientísimos, el de la filosofía de la Providencia, el de la filosofía de la historia, el del Derecho, el de la psicología social. ¿Es buen terreno? Según dicha afirmación, no; proclamar á D. Jaime lo sería.

Vamos á cuentas, hablando como de silla á silla. ¿Es verdad que debe venir pronto el Gran Monarca, ó es una patraña? Demos por sentado que es verdad, según más abajo probaré. Esto sentado, pregunto: ¿quién es el Gran Monarca? Esto es lo que yo no he dicho nunca; pero he dicho cien veces que el Gran Monarca puede ser D. Jaime de Borbón, y con más motivo que muchos otros que están en el candelero. Así, pues, ¿no es evidente que yo preparo la proclamación de D. Jaime, si él es el Gran Monarca? Y si no lo es, ¿por qué he de oponerme á Dios, proclamándole como si lo fuera? ¿No basta que, en cuanto de mí dependa, prepare los caminos al Gran Rey, sea éste quien fuere?

Diré más, y puedo decirlo: *El primero* que subirá

al trono de las Españas con la bandera tradicional enhiesta, y aun mejorada como piden los adelantos legítimos, ese será el Gran Monarca. Algunos carlistas suponen que el *primero* que suba será D. Carlos, y todos los demás carlistas que será D. Jaime. Pues entonces, ¿de qué me acusan? ¿Acaso no estoy ya en el terreno de la proclamación que ellos mismos piden, y en el cual dicen que me seguirán todos?

Dirán que no, que yo hago guerra al carlismo... Falso, falso, falso. Impugno al carlismo oficial ese que todo lo pospone á sus egoísmos políticos y ha impedido el triunfo; no impugno al carlismo auténtico, antes digo que éste es lo que siempre ha sido: la esperanza de España. Y aun al carlismo oficial, ¿desde cuándo lo impugno sino desde que, no obstante las muchas intimaciones que se le hicieron, me obligó á la lucha ofensiva?

También dicen que las señas del Gran Monarca no convienen á D. Carlos ni á D. Jaime. ¿Y qué le voy á hacer yo? ¿Es esa razón valedera para combatir las profecías? Y además, *si hoy por hoy no les convienen muchas, ¿quién asegura que tampoco les convendrán mañana*, pues á tantas vicisitudes está sujeto el hombre?

No es la primera vez que me veo obligado á declarar una cosa banal que todos verían claro si no juzgasen con pasión, esto es, que acerca del Gran Monarca hay en *Luz Católica* opiniones particulares mías que puede rechazar quien no las halle buenas, y afirmaciones de los profetas que es temerario no admitir. Estado del Gran Monarca, lugar de su residencia y otras cosas semejantes, son de mera opinión mía. ¿No se admite? Enhorabuena; pero ¿debe por eso rechazarse lo demás, lo de los profetas?

Y aun dejado esto y consideradas solamente mis opiniones, ¿acaso no tengo derecho de formularlas y emitirlas, después de tanto trabajo y tanto estudio

sobre la materia? Si he dicho, v. gr., que en mi opinión el Gran Monarca es ó ha de ser Sacerdote, ¿quién osará decirme que esta opinión no tiene fundamento alguno?

Pues si la he presentado como opinión, ahora digo que es convicción absoluta, lo cual no impide que lo niegue el que quiera; pero si éste sabe explicarse cómo un rey lego puede realizar todo cuanto explícita ó implícitamente dicen las profecías, yo no, yo no sé explicármelo sin suponerle Sacerdote, y menos si se tiene en cuenta la profecía canónica de Zacarías, que más abajo expondremos, y aun harto menos si no se olvida lo dicho por *Luz Católica* en los núms. 18, pág. 278, col. 2.ª, y 101, pág. 778, columna 1.ª, donde las pruebas parecen demostraciones.

Y aquí vuelvo á preguntar: ¿Es verdad eso del Gran Monarca, ó es una patraña? Dicen algunos que no es verdad ni patraña, sino ilusión de imaginaciones exaltadas. ¿De veras? Por lo visto fueron imaginaciones exaltadas los grandes Santos cuyas profecías ha citado *Luz Católica*. ¿Pueden darse profecías más auténticas que las de Santa Brígida, por ejemplo, aprobadas por un Concilio y por muchos Papas y grandes doctores de la Iglesia? ¿Y qué diremos de las de San Francisco de Paula, de las cuales se conservan todavía algunos originales?

Pero dejemos á todos los profetas, para fijarnos solamente en el venerable Holzhauser: éste nos basta para confundir á los incrédulos y á los maliciosos. El venerable Bartolomé Holzhauser, sacerdote alemán, falleció á 20 de Mayo de 1658; varón en todo apostólico; modelo de santidad y de ciencia; fundador de los seminarios y casas del clero secular congregado en comunidad; profeta admirable, muchas de cuyas profecías se cumplieron literalmente antes de su muerte; gran hombre, muy considerado de príncipes, reyes, Papas, sabios y santos; hombre, en fin, prodi-

gioso en todos sentidos, escribió una *Interpretación del Apocalipsis* que ha sido varias veces reimpresa.

Ningún hombre de criterio ha dejado de ver que esta *Interpretación* es eminentemente profética, de suerte que explica una gran profecía con otras profecías. Y no sólo es profecía del Venerable Holzhauser, sino compendio de todo cuanto los profetas anteriores habían escrito sobre el Gran Monarca y sus tiempos.

Al frente de la edición de París (Vives) de 1872, traducida del latín, pónese la bendición de Pío IX al canónigo Wuilleret, que tradujo y terminó la obra. Tenemos dicha edición á la vista, y leemos las insignes aprobaciones con que cuenta la maravillosa obra de Holzhauser. Pídala al editor el que lo dude, y lea y se avergonzará de sus dudas.

Consta de dos tomos. Es muy largo lo que anuncia del Gran Monarca, á quien da siempre este mismo título ó el de Monarca fuerte; no podemos copiarlo todo, pero pondremos lo más interesante. Al efecto, bástanos copiar el fiel extracto que hace de dos de sus capítulos el libro titulado *Las Profecías en relación al estado actual y al destino futuro del mundo, sobre el fin de la Revolución, imperio del Gran Monarca y triunfos de la Iglesia* (1). He confrontado el extracto con el texto, y lo hallo fiel. A continuación de este artículo irá.

Una vez que el lector lo haya saboreado, yo le preguntaré: ¿Dudas ahora de que el Gran Monarca debe venir? ¿Te parece que el Venerable Holzhauser, aquel varón tan admirable, fué un farsante tan hábil que logró engañar á millares de millares de lectores que le han creído, á tantos sabios y santos como le han aprobado y reverenciado? Seguramente crees y apruebas como ellos. Dios bendiga tu fe. Estamos ya

(1) Lérida. Imprenta de M. Carruez, 1871.—El libro es anónimo; pero su autor es el Dr D. José María Escolá, Pbro., fundador de la Academia Bibliográfico Mariana de dicha ciudad.

de acuerdo en que el Gran Monarca debe venir, puesto que no ha venido ya.

Ahora bien; si debe venir, permítanme los lectores, permítanme todos los católicos, y sobre todo los periódicos católicos, que parece tienen estas cosas por ilusiones y locuras, y se avergüenzan de ocuparse de ellas, que les pregunte asimismo:

¿Hago mal, por ventura, en estudiar si ese Gran Monarca que infaliblemente debe venir, vendrá pronto ó tarde, si será español, si será sacerdote, si será fundador de una orden religioso-militar, si será Borbón y Austria, si será desconocido, si será pobre y calumniado hasta que venza, etc., etc.? ¿No dicen todo esto y lo que callo otras mil profecías que de él hablan como el Venerable Holzhauser? ¿No sería más católico, más justo, más español, y hasta más conforme con la crítica, que los periódicos católicos, incluso los carlistas, tratasen de esta materia para esclarecerla, en vez de despreciarla con su desdeñoso silencio? ¿Es tan de despreciar una materia que tan de cerca nos toca y tal interés ofrece, acerca de la cual se han publicado, sin duda alguna, más de mil obras diferentes, y muchas de ellas han sido más de diez veces reimpresas?

Yo ruego encarecidamente y por amor de Dios y de España á la prensa católica que no eche en olvido estas consideraciones. ¿No se hará caso de mí *porque soy pobre y desvalido y calumniado*, títulos que dan *derecho* á menospreciar todas mis cosas? Pues ninguna injuria se me hace con ese menosprecio; pero lamento de corazón que se menosprecien todos los testimonios invocados, y que por no pasar plaza de ilusos ante la sabiduría del mundo, se pase la de temerarios ante la sabiduría del cielo.

Estoy en terreno firme; lo he probado. (*Luz Católica*, núm. 42=18 Julio 1901; y núm. 121=29 de Enero 1903).

¿Qué han probado, en cambio, los que de estas cosas hacen befa? ¿Han dado, por ventura, alguna razón de sus burlas? No, jamás.

Hay lugar para la crítica sensata, y mucho nos holgaríamos los creyentes en las profecías que se ejerciese, seguros de que contribuiría al mayor esclarecimiento de nuestra fe; pero hasta hoy no hubo críticos, sino mofadores estultos ó excépticos gratuítos.

¿Serán capaces de mofarse ó dudar de un Holzhauser después que lean su profecía, si la leen? Todo pudiera ser... Allá ellos; copiemos para su mal el extracto de los dos indicados capítulos de este gran profeta.

IV

Profecía del Apocalipsis,

según el Ven. Bartolomé Holzhauser.

Sobre el Gran Monarca y el Concilio vaticano.

Capítulo X (1).

V. 1. *Y vi otro ángel* (2) *fuerte* (3) *que bajaba del cielo* (4), *vestido de nube* (5), *y el iris en su ca-*

---

1. En este capítulo describe San Juan aquel Monarca muy grande, bajo cuyo imperio, deprimidos y convertidos los herejes modernos, empieza el sexto estado de la Iglesia, que es de consolación, en el cual será sobremanera humillado el imperio de los turcos, la fe católica brillará en la tierra y en el mar, y la disciplina eclesiástica restaurada será exaltada.

2. Era el protector del imperio romano ó del grande Eufrates; hacía las veces de dos personajes, á saber: de aquel Gran Monarca venidero, y del nuncio divino que revela los secretos de la Iglesia que han de suceder en aquel tiempo. Dice que es *otro*, porque será contrario á los herejes y á sus heresiarcas, amará la doctrina sana, celará la fe, tendrá costumbres santas y rectas y ayudará sobremanera á la restauración de la religión y de la disciplina eclesiástica.

3. San Juan da testimonio de su fortaleza; porque será fuerte en la guerra, y lo destrozará todo á manera de un león; se fortalecerá en su imperio con grandes victorias; vivirá muchos años en él; humillará á los herejes y sujetará todas las repúblicas y todas las naciones á su imperio y al de la Iglesia latina. Además, también, se sujetará el imperio turco, enviada al infierno la secta de Mahoma, dejándolo reducido á un pequeño reino que subsistirá, pero sin poder, hasta que venga el hijo de perdición que no conocerá á Dios.

4. Porque habrá nacido en el gremio de la Iglesia católica, será enviado por Dios y preordinado especialmente por la divina Providencia para consuelo y exaltación de la Iglesia latina, entonces muy afligida y humillada por demás; las cuales cosas se entienden metafóricamente por el cielo.

5. Porque será muy humilde este Monarca y marchará

beza (6), *y su cara era como el sol* (7), *y sus pies como columnas de fuego* (8).

2. *Y tenía en su mano un libro abierto* (9), *y puso*

---

en la simplicidad de corazón desde su juventud. La nube que esconde el resplandor del sol significa la humildad, á la cual sigue la protección de Dios, representada también por la misma nube, porque nadie está tanto bajo el amparo divino como el humilde, según San Lucas, que dice: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*. Por esto nadie podrá dañar á aquel Gran Monarca, nadie resistirle, siendo su vestido la protección de Dios.

6. Por iris se entiende la paz de Dios con la tierra (Gen. 19) que el Gran Monarca ofrecerá al mundo; porque, extirpadas las herejías y las supersticiones de los gentiles y de los turcos, habrá un solo pastor y un solo rebaño; todos los príncipes se confederarán con él con el vínculo estrecho de la fe católica y de la amistad; porque dará á cada uno lo que le corresponde, y á nadie gravará contra justicia, y por esto se le pone el iris como insignia en su cabeza.

7. A causa del resplandor de su santidad y gloria imperial; también por su suma inteligencia y sabiduría; por el ardor de su caridad y celo de religión de que estará dotado; y porque, así como el sol brilla entre los astros del cielo, así se distinguirá entre los príncipes de su imperio, y todos conservarán su orden yendo en pos de él.

8. Por los pies se significa la extensión y el poder de algún imperio, según se lee en el salmo 59, v. 10: *In idumeam extendam calceamentum meum, mihi alienigenæ subditi sunt*. Mas como el imperio de muchos tiranos fué también muy extenso y poderoso, se indican marcadamente las propiedades de la *columna* y del *fuego*. La columna significa el sostén del edificio y su firmeza, y el fuego el celo de la religión y la caridad con Dios y con el prógimo. El fuego, además, doma todas las cosas: así será también el gran poder de aquel Monarca, cuyo imperio será el sostén firmísimo de la casa, es decir, de la Iglesia católica y de su Real palacio, porque su reino se establecerá para la posteridad, hasta que se abandone la fe y se revele el hijo de perdición, y su poder brillará por el celo de la religión y de la caridad, y domará, como el fuego, todas las cosas. *Sicut ignis domat omnia, sic ille domabit.*

9. Este libro denota el Concilio general, que ha de ser muy grande y célebre: *maximum et celeberrimum*. Se dice que el ángel lo tiene en su mano, porque por obra y poder de

su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra (10).

3. *Y clamó en alta voz como un león que ruge* (11), *y luego que hubo clamado, siete truenos hablaron sus voces* (12).

4. *Y cuando los siete truenos hablaron sus voces, yo las iba á escribir, y oí una voz del cielo que me decia: Sella las cosas que han hablado los siete truenos y no las escribas.* (13).

---

aquel Monarca se reunirá, se defenderá y quedará expedito: también porque el mismo lo ejecutará con esfuerzo y ayudará con su poder para que sea ejecutado en todas partes. Y el Dios del cielo le bendecirá y pondrá todas las cosas en su mano y en su poder. Se dice además que el libro está abierto á causa de la claridad de su contenido, y de la Sagrada Escritura y dogmas de fe cristiana que en aquel grande Concilio serán explicados.

10. Esto es, dilatará y extenderá su imperio por mar y por tierra, y se sujetará la tierra y las islas del mar, y será su poder y su extensión muy grande, las cuales cosas, según hemos dicho, eran figuradas por los pies.

11. Por este clamor se entiende aquí el grande horror que causará á todos los pueblos que habitan en la tierrra y en las islas. Por esta razón se compara su clamor al rugido ó al clamor del león, porque cuando el león ruge, todas las otras bestias temen, y se manifiesta su fortaleza.

12. Los truenos que se dice hablaron al oir el clamor de este ángel, denotan á aquellos que resistirán al antedicho Monarca y á sus decretos, y que querrán perseguirlo (pues no será pequeña la tempestad que entonces se levante); pero como no podrán resistirle ni aun dañarle, se manda á San Juan que no escriba estas persecuciones venideras, como ineficaces, sino que tan sólo las indique para cautela, y porque su reinado y la propagación de la verdadera fe no podrá lograrse sin el grito de la oposición y sin tempestad; por esto sa dice: *Et cum clamasset, lucuta sunt septem tonitrua voces suas.* Esto es, los príncipes y los grandes se sublevaron para resistirle, y murmuraron contra él. *Hablaron sus voces,* es decir, profirieron sus consejos para perseguirle y herirle; pero como este Monarca está bajo la protección de Dios, todos estos conatos contra él no podrán dañarle y serán ineficaces.

13. Por dos razones se puede prohibir el escribir alguna cosa: 1.ª cuando el conocimiento de ella pueda causar algún

5. *Y el ángel* (14) *que ví estar sobre la mar y sobre la tierra, levantó su mano al cielo.*

6. *Y juró por el que vive en los siglos de los siglos, que crió el cielo y las cosas que hay en él, y la tierra y las cosas que hay en ella, y la mar y las cosas que hay en ella, que no habrá ya más tiempo* (15).

7. *Mas en los días de la voz del séptimo ángel* (16); *cuando comenzare á sonar la trompeta, será consumado el misterio de Dios* (17), *como lo anunció por sus siervos los profetas* (18).

8. *Y oí la voz del cielo que hablaba otra vez conmigo y que decía: Ve y toma el libro abierto de mano del ángel que está sobre la mar y sobre la tierra* (19).

9. *Y me fuí al ángel y le dije que me diese el libro. Y*

---

daño ó impedir algún bien, de presente ó de futuro: 2.ª si su interés, necesidad ó utilidad no exigen que se publique ó que se escriba... Por esta causa el ángel no quiere que se escriba lo que estos siete truenos hablaron al oir su voz, porque el Señor lo librará de todos los peligros y hará ineficaces los consejos de sus enemigos.

14. Sigue la otra persona que representa este ángel, cual es la del nuncio celestial que releva los secretos divinos que han de suceder en los últimos tiempos venideros, y la de sumo presidente, custodio y protector de aquel imperio que vió Daniel en el cap. 12 y que estaba sobre las aguas del río.

15. No habrá ya más tiempo para los herejes y enemigos de la Cruz de Cristo, cuyo tiempo, días y malicia tendrán fin bajo el imperio del tan repetido Gran Monarca; y para terror y confusión de ellos, al par que para muy grande consuelo de la Iglesia latina, de sus fieles y de sus siervos, este ángel lo testifica y clama.

16. Se significa con esto el fin de los tiempos, después del cual ya no habrá más tiempo eternamente.

17. Este es el misterio de la consumación del siglo y del último juicio que de Dios sólo es conocido, que á nadie se ha revelado y á nadie se revelará hasta que se cumpla.

18. Enoc, Moisés, Elías y demás del antiguo Testamento que unánimemente, con los apóstoles y doctores del nuevo, lo han anunciado y predicado.

19. Vuelve de nuevo á hablar del libro del concilio, de la digresión sobre la consumación de los siglos en que se ha detenido.

me dijo: Toma el libro y trágalo (20); *y hará amargar tu vientre, mas en tu boca será dulce como la miel* (21).

10. *Y tomé el libro de mano del ángel y le tragué; y era dulce en mi boca como la miel. Y cuando lo hube tragado, fué mi vientre amargado* (22).

11. *Y me dijo: Es necesario que otra vez profetices á muchas gentes, y á pueblos, y lenguas, y á muchos reyes* (23).

---

20. Esta comida se entiende metafóricamente, porque por el gusto, comida y digestión de los manjares se viene en conocimiento de sus cualidades.

21. Se reconocerán cuatro efectos ó circunstancias en este libro: 1.º Contendrá la doctrina santa, sana y unánime de la fe y de las costumbres de los santos. *In ore tuo dulce tamquam mel.* 2.º Causará conmoción grande, porque esta obra de Dios no se llevará á cabo sino con grandes dificultades y resistencia y sin la sangre de los mártires... Y esta tempestad la moverán primero las potestades del siglo, las cuales resistirán con las armas al Gran Monarca, y perseguirán á los que trabajen en convertir á los pueblos á la fe católica que dicho Monarca mandará predicar y abrazar en todas partes. También el estado eclesiástico opondrá mucha resistencia cuando del todo sea abolida Venus, los ídolos de oro y plata y la vida ociosa. Por esto se dice: *cum devorarem eum amaricatus est venter meus.* 3.º La predicación del Evangelio y de la fe católica á todas las naciones y pueblos y lenguas y á muchos reyes: *Oportet te iterum prophetare gentibus, et populis, et linguis et regibus multis*, 4.º La conversión de casi todo el orbe á la verdadera fe católica y apostólica, porque en aquel tiempo la iglesia de Dios se dilatará sobre manera por las cuatro partes del mundo, como si de nuevo hubiese de ser edificada y dedicada á Jesucristo.

22. Por lo repugnante que es á las pasiones el resistirlas, será amargo este libro, que impondrá una vida tan sabia como su doctrina.

23. Esto es, á aquellos que por causa de la ley de Mahoma, ó por el cisma, ó por la herejía, ó por otra secta, se apartaron del gremio de su madre, que es la Iglesia romana.

NOTA. Al leer en la Biblioteca Casanatense, en Mayo de 1870, la anterior exposición relativa al Concilio Vaticano, creí que siendo él anunciado por Holzhauser se suspendería indefinidamente. En Octubre se realizó mi creencia, después del sacrílego atentado contra Roma. ¿Cuándo volverá á re-

Sobre la extirpación de las herejías.

Apoc., c. 14.

℣. 14. *Y miré* (1), *y he aquí una nube blanca, y sobre la nube sentado uno* (2), *semejante al hijo del hombre* (3), *que tenía en su cabeza una corona de oro* (4), *y en su mano una hoz aguda* (5).

---

unirse? Tal vez se deje hasta el tiempo del Gran Monarca, por cuyo medio se convocará, se reunirá y se pondrán en práctica sus decretos. (El autor de *Las Profecías).*

1. La descripción de esta cosecha y de esta vendimia encierra cierto enigma oculto, bajo el cual se describe la futura destrucción de los herejes y de los turcos, que ha de obrarse en el reinado del Gran Monarca y del Pontífice Santo, porque todavía consolará Dios á su Iglesia antes que llegue la última tribulación del Anticristo.

2. Este es el Monarca fuerte, porque su reinado, que la palabra *sentado* significa, será santo y estará establecido en la protección del Altísimo Dios.

3. Por la semejanza de sus grandes y arduas virtudes, en las cuales imitará al divino Salvador, pues que será humilde, manso, veraz, amante de la justicia, fuerte en la guerra, sabio y celador de la divina gloria, pues que se cumplirá de algún modo en él aquel vaticinio que hizo Isaías de Jesucristo: (c. 11). *Descansará sobre él el Espíritu de sabiduría y de entendimiento, el Espíritu de consejo y de fortaleza, el Espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el Espíritu de temor de Dios.*

4. Porque este rey será grande y rico y poderoso, y será señor de los que dominan, y vencerá á los reyes gentiles, y estará lleno de la caridad de Dios.

5. Esta hoz es el ejército grande y fuerte, con el cual destrozará los reinos de los gentiles, y á las repúblicas y á muchas ciudades. Se llama *aguda* porque no habrá ningún combate sin que en él perezcan sus enemigos y alcance la victoria. Así se lee de Jonatás y de Saúl en el libro segundo de los Reyes: «La saeta de Jonatás nunca retrocede, y la espada de Saúl jamás fué envainada en vano»; así será el ejército de aquel Rey y monarca fuerte. Se dice que tiene *la hoz en su mano*, porque sus consejos serán ejecutados por su mano, y en cualquier parte á donde vaya, según se lee de Alejandro el Grande, y porque su ejército le obedecerá perfectamente, y, unido á él, le amará; por esto lo tendrá á su disposición como una vara y obrará por medio de él cosas grandes, estupendas y admirables.

15. *Y salió otro ángel del templo clamando en voz alta* (6) *al que estaba sentado sobre la nube: Echa la hoz y siega* (7), *porque ha venido la hora de segar, por estar ya seca la mies de la tierra* (8).

16. *Y el que estaba sentado sobre la nube echó su hoz sobre la tierra, y la tierra fué segada* (9).

17. *Y salió otro ángel del templo que hay en el cielo, que tenía también una hoz aguda* (10).

18. *Y salió del altar otro ángel que tenía poder sobre el fuego, y clamó en voz alta* (11) *á aquel que tenía*

---

6. Esta voz es del que exhorta con vehemencia á la guerra, ó bien á arrancar la cizaña de los herejes y turcos. Y el ángel que salió del templo y clamó de este modo es aquel gran Pontífice que suscitará Dios en aquellos días y que por instinto de Dios exhortará é inducirá á aquel Monarca á hacer la guerra.

7. *Mitte falcem tuam*, esto es, forma tu ejército, *et mete*, esto es, corta, arranca y desarraiga á los herejes y á las naciones bárbaras.

8. Esto es, está ya llena la medida de los pecados y de las abominaciones, por las cuales ha venido ya el tiempo de cortar y de arrancar la cizaña de la tierra. Y el Pontífice sabrá estas cosas por divina revelación, y en ellas excitará los corazones de los Príncipes y los confirmará para que se avengan para aquella guerra, y Dios excitará los corazones de los soldados para que se adhieran en un mismo espíritu al Gran Monarca. El estar seca la mies y dispuesta para ser quemada, es una metáfora que significa el exterminio de los herejes y de los gentiles.

9. En este verso se expresa el feliz resultado de los sucesos, que se obtendrá según las promesas de aquel Pontífice Santo. *Y la tierra fué segada*, porque el Monarca dará la muerte y reducirá en cautiverio á las naciones heréticas y turcas y ocupará sus tierras.

10. Esta hoz es el otro ejército que congregarán y enviarán en ayuda de su Gran Monarca los Estados eclesiásticos que están en el cielo de la Iglesia militante; y el ángel significa el capitán general que el gran Pontífice constituirá sobre el numeroso ejército para destruir y aniquilar á los herejes y á los turcos.

11. Otra vez la voz del que exhorta con el mayor celo á obrar fuertemente, á pelear y alcanzar la victoria de los enemigos de la Iglesia, que tanto la habían deprimido. Se notan

la hoz aguda, diciendo: Mete tu hoz aguda y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque maduras están las uvas de ellos.

19. *Y metió el ángel su hoz aguda en la tierra* (12), *y echó la vendimia en el grande lago de la ira de Dios* (13).

20. *Y fué hollado el lago fuera de la ciudad* (14); *y subió sangre del lago hasta los frenos de los caballos* (15), *por mil y seiscientos estadios* (16).

---

especialmente la *mies*, que significa á los gentiles, y la *vendimia*, que figura á los herejes.

12. Indican estas palabras la prosperidad, la cortesía y la evidencia con que se asegura el consuelo que Dios dará á su Iglesia en dicho tiempo, porque el Señor ha hablado y *faciens faciet.*

13. Este lago grande de la ira de Dios es el lagar y venganza de la divina justicia contra los gentiles y herejes, en el cual lago ha sumergido siempre á unos y otros, en su tiempo, para consuelo del pueblo de Israel y de la Iglesia, para que no se diga en las naciones: ¿En dónde está su Dios?... Y este lago es el exterminio de los gentiles y de los herejes, en el cual los habrá echado el Monarca fuerte, permitiéndolo la divina voluntad y cooperando la virtud omnipotente de su justicia, venganza é ira.

14. Se conmovió la ira del Señor sobre las naciones, fuera de la ciudad santa y sobre la Palestina, que se ha dado á los gentiles hasta que venga el hijo de perdición.

15. Es una hipérbole que significa que será muy grande la efusión de sangre, y tal, que en ella podrán como nadar los mismos caballos.

16. Otra hipérbole que denota el terrible estrago que los ejércitos cristianos han de causar á derecha é izquierda á los enemigos.

(*Luz Católica*, núm. 42=18 de Junio de 1901).

CAPÍTULO III

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LOS HOMBRES PREVISORES

CAPÍTULO III

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LOS HOMBRES PREVISORES

I

Profetas y previsores.

Concisión profética.

La Concisión profética no es como la retórica, no es decir una cosa con las menos palabras posibles, sino decir muchas cosas diciendo una sola, abrazar muchos sucesos en la expresión aparente de uno solo. Quizá mejor le llamaríamos *cómpresión*, porque á veces una sola frase, ó una sola palabra, puede referirse á tantas cosas, que están éstas como *comprimidas* en aquélla.

El lenguaje profético, necesariamente más conforme al Verbo de Dios que el lenguaje vulgar, es más perfecto que éste, más cosa de Dios, y por lo tanto participa más de la Naturaleza Divina, que, siendo una y simplicísima, contiene típicamente en sí todos los seres.

Esta es una de las muchas causas de donde nace la obscuridad de las profecías relativas á los grandes acontecimientos históricos. Comprendiendo la frase profética varios acontecimientos, los que tratan de interpretarla aplicándola á uno solo, suelen confundirse, y algunos acaban por negar la autenticidad de

la profecía, cuando lo que debieran negar es su pretendido saber.

Confirmaremos esta doctrina con la autoridad de Cornelio á Lapide, extractando de sus *Canones prophetis faciem praeferentes* lo que más haga al caso y pueda entenderse tanto de las profecías canónicas como de las simplemente auténticas.

«Los profetas, porque tienen más luz que la ordinaria, extienden sus oráculos á muchas personas y cosas venideras en diversos tiempos. Así es que Isaías, Jeremías y otros, cuando arguyen á los judíos de su tiempo, arguyen igualmente á los de tiempos futuros, en especial á los del tiempo de Cristo, imitadores de sus antepasados. De aquí que, amenazándoles con la cautividad de Babilonia, comprenden también la cautividad bajo Tito y Vespasiano. Elevados los profetas por una luz profética y divina, ven debajo de sí todas las cosas como englobadas. San Benito, elevado á Dios, vió todo el mundo comprendido en un pequeño globo, según San Gregorio dice». *(Can. IV).*

«La Sagrada Escritura,—y lo mismo relativamente las otras profecías,—puede tener varias versiones y sentidos canónicos, aun literales; porque siendo, dice Santo Tomás, el sentido literal el intentado por el autor, y siendo el autor de la Sagrada Escritura Dios, cuya inteligencia lo comprende todo simultáneamente, no hay inconveniente en que, como enseña San Agustín, el mismo sentido literal de una frase contenga varios sentidos. Es más; de haber un solo sentido literal, nacerían muchos inconvenientes; á la dignidad de la Sagrada Escritura conviene que bajo una sola letra contenga muchos sentidos». *(Can. XXXV y nota).*

«En cuanto á la tropología, fácil es, mudando el nombre, trasladar á los cristianos lo que los profetas predicen, prometen, amenazan, mandan, persuaden ó recriminan á los judíos y otros pueblos. Todo lo que se refiere á la Judea, dice San Jerónimo, aplícalo tropológicamente á la Cristiandad». *(Can. XLIV).*

Lo propio, relativamente, debe decirse de las profecías de los Apóstoles y de las posteriores á ellos. Lo que anuncian de un tiempo comprende otros.

He ahí, pues, cuán sin razón nos censuran socarronamente algunos pobres hombres que no han saludado estas materias y juzgan de ellas con olímpica arro-

gancia, cuando aplicamos las profecías canónicas á nuestros tiempos ó explicamos y extendemos las otras al castigo general que viene y á la paz general y triunfo de España y de la Iglesia por el Gran Monarca.

Examinemos un texto de Vatiguerro, sin necesidad de repetir que éste fué compilador de profecías y no profeta; mas el texto de referencia debe ser literal de algún profeta, dado el cumplimiento de los muchos sucesos que anuncia con tan pocas palabras. Dice así, traducido literalmente del *Liber Mirabilis:*

«Entre los aragoneses y los españoles habrá disturbios y una gran división, y se harán mútuamente la guerra, y no habrá paz entre ellos hasta que uno de sus reinos *(una de las partes beligerantes* traduce Leganu) sea enteramente destruído».

A lo cual siguen, acerca de la Vasconia, unas palabras enigmáticas que nadie ha sabido descifrar y que el traductor francés del *Liber Mirabilis* traduce de este modo: «No te fíes de A. P., Vasconia, porque está ligado con A.»

Sea lo que quiera de este enigma, debe tenerse presente que, en la época en que apareció la predicción de Vatiguerro, Aragón era un reino y España otro. El primero comprendía al actual Aragón, Cataluña, Valencia, Islas Baleares y Sicilia; España los restantes países de la Península reconquistados de los moros; y si bien es verdad que unos y otros eran España, dábase por antonomasia este nombre á León y Castilla. En la Orden de Predicadores, fundada en aquellos siglos, todavía se llama provincia de España á los conventos comprendidos en dichos reinos, y provincia de Aragón á los comprendidos en los países de la Península que entonces formaban los reinos de Aragón.

Uniéronse éstos con aquéllos bajo los Reyes Católicos, formando la unidad nacional; pero Aragón conservó su personalidad histórica y jurídica, con sus leyes y sus fueros, como las provincias de la Vasconia. Vinieron las guerras de sucesión; en los reinos ara-

goneses hubo oposición al reinado de Felipe V, y así que éste quedó victorioso, bajo fútiles pretextos se vengó, aboliendo los fueros de Aragón y Valencia é introduciendo la infausta centralización.

Pero el espíritu de cristiana libertad que los fueros habían infundido en las generaciones de los países valenciano-aragoneses no fué abolido, antes se conservó vivo durante más de un siglo, para estallar en el XIX con el fragor de las armas, haciendo enarbolar á Carlos V la bandera de las Tradiciones monárquicas y forales.

He aquí por qué los países forales fueron los que dieron casi todo el contingente á los ejércitos carlistas en las guerras civiles, y por qué el teatro de éstas no fueron otros países, de los que relativamente salieron pocos soldados. En cambio, los ejércitos liberales se componían casi exclusivamente de gentes reclutadas en las regiones de la antigua corona de España ó Castilla, añadiendo las regiones andaluzas.

Así, pues, las indicadas guerras civiles eran como la lucha de los fueros vascos, catalanes, aragoneses y valencianos contra el espíritu centralizador que dominaba en los reinos castellanos, lucha que desde Felipe V hasta hoy se ha mantenido en los espíritus, cuando no ha sido armada, y que ha inutilizado á una de las partes beligerantes en cuanto tal, ó metafóricamente, á uno de los reinos. Y aun literalmente, de la antigua Corona de Aragón, no obstante las luchas carlistas por sus fueros, no queda más que la historia.

Decimos mal: queda el regionalismo que late robusto en el pecho de los buenos catalanes y se despierta vivo en el de aragoneses y valencianos. Cataluña, Valencia y Aragón reclaman otra vez sus fueros, sus leyes, su autonomía, y por este despertar del espíritu del antiguo Aragón ha de venir la regeneración á España.

Pues bien; todo esto, desde Felipe V hasta hoy, lo

expresó en dos palabras Vatiguerro, ó el profeta de quien él las tomó, diciendo:

«Entre los aragoneses y los españoles habrá disturbios y una gran división, y se harán mútuamente la guerra, y no habrá paz entre ellos hasta que uno de sus reinos sea enteramente (*casi del todo* traducen otros) destruído».

Y para que la profecía sea más acabada, asocia á esta lucha las provincias vascas.

No usando de los nombres «aragoneses y españoles», sino de otros, como «carlistas y liberales», tampoco hubiera expresado tanto en dos palabras que describen las múltiples luchas de dos siglos y las causas de ellas; la profecía hubiera sido de más fácil inteligencia, pero no más precisa ni tan abundante de sentido; hubiera señalado el efecto, pero no sus causas íntimas.

Y con esto basta sobre la concisión ó compresión del lenguaje profético.

(*Luz Católica*, núm 59=14 Noviembre 1901).

Quiénes son los visionarios.

De la comarca del Panadés nos escribía un respetable sacerdote, muy querido amigo nuestro:

«Por desgracia, aquí en esta comarca, todavía la mayoría del... le conceptúa á V. *eminentemente visionario*, y los más tranquilos, por no decir atrevidos, por uno de tantos tránsfugas del Carlismo. *Y todo ello por no tomarse la molestia de leer tres números seguidos de «Luz Católica»*, pues los que lo hacen, *quieras que no, se ven materialmente arrastrados por sus escritos*».

Eso sucede en muchas comarcas, querido amigo. Estoy ya tan acostumbrado á pasar, no sólo por visionario, sino por loco, que casi, casi me escandalizo de que tantos amigos me reputen sabio, cuerdo, etc. Diré más; y es que mucho antes que apareciese *Luz Católica*, ya sabía yo perfectamente que muchos me to-

marían por visionario, como en alto lugar se me había tomado ya.

No es raro que pase yo por tal, cuando por ilusos visionarios pasaron todos los Profetas, todos, así los de la Ley antigua como los de la Ley de gracia, y más en concepto de judíos y cristianos que de paganos é incrédulos. ¿Qué no me ha de acontecer á mí que no tengo autoridad profética? Lo que anunciaron San Francisco de Paula y cien profetas más acerca de las profecías que doy á conocer, esto es, que serían burladas de los incrédulos y malos cristianos, hasta que el azote de Dios les quitase las ganas de seguir burlándose.

Y tiene razón el sacerdote amigo: no se convencen porque no leen. Tanto, que á mis amigos suelo aconsejar que no discutan con los incrédulos, sino que les digan por toda contestación: «lea usted, y cuando ya no hable de lo que ignora, podremos discutir».

No es necesario leer mucho para el caso; basta leer el núm. 18 de *Luz Católica*, y lo que en los siguientes se refiere á profecías. El incrédulo de buena fe, si es instruído y capaz de discutir, que me impugne en regla y nos entenderemos. Y si quieren que yo mismo les dé armas, les diré que abran el diccionario profético del abate Leganu, y en cada página hallarán cien argumentos contra las profecías: que me los opongan, ya que se ponen en el caso previsto al principio y fin de *Hoy y Mañana*. Hay muchos émulos de la abadesa de San Pedro (monasterio de Altoviti, Italia).

Merece contarse cómo se condujo ésta con la santa y gran profetisa Sor Dominga del Parasío. Medítense bien todas las palabras, porque el caso tiene una aplicación que yo no debo dar á conocer: los lectores avisados la comprenderán.

Tuvo la venerable una visión en que se le orde-

naba fundar un nuevo monasterio; y como tratase de obedecer, la sobredicha abadesa montó en cólera y le dijo.

«¿Quién eres tú, miserable villana, que presumes fundar un monasterio con tus quimeras y sandeces? Tienes la presunción de decir que la Santísima Virgen te ha enseñado á leer la doctrina cristiana y desposado con Cristo... Vete de esta casa; no quiero que haya tal perturbadora en mi monasterio».

Llorando y haciendo llorar á las demás religiosas, respondió en tono muy humilde Sor Dominga:

«Mi Esposo Jesús proveerá según su santa voluntad: si Él quiere que el monasterio se edifique, me dará los medios; os digo que me los dará y que mi monasterio subsistirá, mientras llegue el tiempo de que el vuestro sea enteramente arruinado».

Así sucedió puntualmente; y en cuanto al de Sor Dominga, el mismo Papa León X lo autorizó por medio de una Bula, ordenando que se llamase monasterio de la *Crocetta*, detalle que completaba el cumplimiento de la visión de Sor Dominga.

Si nuestros murmuradores se rien de esto por ser cosa de monjas, no crean que lo apoyaremos con testimonios de Doctores de la Iglesia, no, que para quien es Don Juan, con Doña María basta; para ellos basta Nicolás Maquiavelo, cuyo testimonio, citado ya, dice así:

«Antes que grandes acontecimientos sobrevengan en una ciudad ó provincia, vienen señales que los pronostican y hombres que los predicen. De dónde provenga esto, yo lo ignoro; pero se ve por ejemplos muy antiguos y modernos que nunca se verifica suceso alguno grande que antes no haya sido anunciado. Y por no alejarme de casa para probar esto, todos saben cuanto fué profetizado por el religioso Jerónimo Savonarola respecto de la venida del rey Carlos VIII de Francia á Italia». (Disc. de Tito Livio, l. 1, c. 56.)

Si no les parece bastante, añadan los testimonios de Napoleón, Dalembert y otros impíos citados, y es-

peren los que citaremos, pues quizá nos obliguen á publicar sobre estas materias un detenido y largo estudio, cuyo tema podrían ser las palabras del divino Maestro: «Yo te glorifico, Padre, Señor de cielos y tierra, porque ocultaste estas cosas á los sabios y prudentes y las revelaste á los *párvulos*».

A estos sabios y prudentes me permito yo preguntar: ¿Están ó no están anunciados los grandes acontecimientos que se avecinan? ¿No? Pues quemad el Apocalipsis y decid al Eclesiástico que mintió al decir que Isaías *«vió los últimos tiempos y predijo lo que había de acontecer hasta el fin de los siglos»*.

¿Hay en la Iglesia profetas religioso-políticos que interpreten á los canónicos profetizando á su vez? ¿No? ¿no hay tales profetas? Pues la Iglesia es inferior á la Sinagoga. Precisamente es palabra de Dios que, cuanto más se acerquen los últimos tiempos, más profetas habrá. ¿Dónde están, si no son los que citamos? Que se nos señalen, y el beneficio será muy grande para los que tenemos fe en las profecías.

Pero ¿de veras no creen ellos en ellas, siendo católicos? ¡Bah! No olvidemos que Balán, por no creer á Dios, tuvo que creer á su burra. ¿Quiénes, quiénes son los visionarios?

(*Luz Católica*, núm. 25=21 Marzo 1901)

El espíritu de profecía demostrado por los hechos.

Para anunciar á la Iglesia y á la sociedad los grandes castigos merecidos por nuestros pecados, válese frecuentemente el Señor de los instrumentos más débiles, como son mujeres santas, casi todas desvalidas y en su tiempo despreciadas, perseguidas y enfermas.

«Todas estas cosas las hizo mi mano, dice el Señor, y todas ellas son obra mía. ¿En quién pondré mis

ojos, sino en el pobrecito y contrito de corazón, que escucha con temor mis palabras?» (Isaías, 66, v. 2).

Si la más clara señal de la verdadera profecía es el cumplimiento de ésta, las que nosotros tomamos de las humildes siervas de Dios han salido ya del dominio de la crítica, porque apenas hay una que no se haya verificado en gran parte. Si tuviéramos espacio para dar cuenta de todos los cumplimientos históricos de las profecías, cuya parte relativa á nuestros tiempos es la única que tomamos, llenaríamos muchos números de *Luz Católica.*

El ilustre canónigo y misionero Da Macello, autor de *I Futuri Destini*, nos ahorra este inmenso trabajo con lo que dice en el prólogo de la última edición de su obra. Escogemos su testimonio entre los mil y mil de que podríamos valernos, y traducimos:

«*Diez y seis mil ejemplares* que hemos tirado en las seis ediciones precedentes de esta colección de profecías, de 1854 hasta hoy (1871), se han agotado enteramente: este es el mayor elogio que podríamos desear. Cuando en 1854 divulgábamos las profecías que anunciaban la caída de Luis Felipe, rey de Francia, la república, la vuelta de Napoleón III, el imperio de éste y su caída en 1870, la guerra de Italia, el destronamiento de los soberanos de Milán, Venecia, Florencia, Nápoles, Módena y Parma; la reunión de los Estados Pontificios á Italia, y el fin del título de rey de Cerdeña, muchos exclamaban: «¡Está loco ese hombre!» (eso se dice también de nosotros ahora), que es lo que los rapaces hebreos decían también del profeta Eliseo; y otros manifestaban tenernos lástima.

»Hoy podríamos preguntar á unos y otros: Señores, ¿qué decís ahora? Desde 1854 venimos divulgando estas profecías; preguntad á ellas; consultadlas: ¿os habíamos engañado con vanas amenazas? Leed y veréis. Y esto diciendo, podríamos, en justa revancha, entregarlos al ridículo y al desprecio; pero no es esa nuestra costumbre, sino que nos contentamos con el triunfo silenciosamente reportado de las tontas habladurías.....

»Con estas predicciones se descorre un poco y adquiere alguna transparencia el velo de lo porvenir. Algunos lectores atentos y reflexivos han observado, en efecto, que durante los tres últimos lustros, muchas de las cosas predichas en este

libro han pasado del estado de simple profecía al de acontecimiento histórico.

»El hombre, aunque tiene un cuerpo mortal, ha sido creado para la eternidad, por lo cual nunca se satisface con lo presente, y ansioso echa su mirada á lo porvenir. Viviendo nosotros en un siglo tan fecundo en acontecimientos extraordinarios, que presagian otros aun más extraordinarios; en un siglo que quiere divorciarse de la religión, de la historia, de las tradiciones y costumbres de nuestros antepasados; en un siglo que, forjando nuevas teorías y principios nuevos, pretende dividir el mundo en nuevos Estados con leyes nuevas y nueva manera de ser de la sociedad; en un siglo cuyas notas características están evidentemente señaladas en la Sagrada Escritura, no es maravilla que la innata tendencia del hombre á conocer lo porvenir sea hoy más viva que nunca lo fué.

»Así, pues, felices los que, después de estudiar estos oráculos, se aprovechan de los avisos celestiales para mitigar el rigor de los divinos azotes con que van á ser castigadas la perversidad y presunción de los hombres. Si no pueden evitarlos, por lo menos los harán redundar en bien espiritual de sus almas».

Hacemos nuestras todas las palabras de Da Macello, y nada tenemos que añadir sino que, hace unos ocho ó diez años, el que esto escribe era uno de los incrédulos en esta clase de profecias, y el cumplimiento de algunas, entre otros motivos, le hizo abrir los ojos y estudiarlas como se merecen.

(*Luz Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

II

Profecías naturales.

Tradición é instinto universal.

El asunto del Gran Monarca, como por lo dicho se ve, nos ha perjudicado en cierto sentido, pues muchos han creído que todo eso son cosas de imaginaciones calenturientas. Vamos á dar tal luz, que puedan ver los más ciegos si no se empeñan en cerrar los ojos.

Si hubiéramos dicho que el Gran Monarca es Carlos VII, los carlistas hubieran batido palmas; si dicho que Alfonso XIII, estaríamos hoy amenazados de llevar una mitra; si dicho que es otro cualquier jefe de cualquier partido, éste nos declararía ilustres; pero no hemos dicho quién es, porque eso lo sabe Dios, y hemos disgustado á muchos. Dios no es aceptador de personas ni dinastías: así puede ser el Gran Monarca un triste sacristán ó un corneta, como Carlos VII. Quienquiera que sea, hemos tratado de prepararle el camino en lo que es de nosotros.

Yerran los que se figuran que es nueva la idea del Gran Monarca, ó que es de un solo pueblo. Es de todos los pueblos, de todas las razas y de todos los siglos. En cien lugares de la Biblia está anunciado, según pruebas que ha dado *Luz Católica*. Nunca hemos creído que toda la Sinagoga judía se equivocase en creer que el Esperado sería Rey temporal, porque muchos pasajes de las Escrituras lo indican, de suerte que, en nuestra opinión, no todos pueden aplicarse literalmente al Mesías. No era fácil que aquellos doctores comprendiesen que dichos pasajes se referían también al Gran Monarca, el cual ha de ser un segun-

do Mesías, una notable copia del primero, cuyo reinado establecerá en el mundo: esa es la voz de todas las profecías antiguas y modernas.

En la Abisinia hallaréis predicciones que anuncian este Gran Monarca; en la Arabia también, desde que las dejó Mahoma. En la China, en Turquía, en toda Europa está igualmente anunciado hace ya muchas centurias. San Agustín habló ya de él, y antes Virgilio en su égloga *Pollion*. En los últimos siglos se han multiplicado las profecías que anuncian su venida, sus penas y su gloria. Dado el orden que se observa en el gobierno de la divina Providencia, y aun prescindiendo de las profecías que lo dicen, es de creer que, para empresas tan altas, el Gran Monarca se ha de levantar de la nada.

Pero hoy son los hombres tan ilustrados, que no necesitan de *cuentos de viejas*—así llaman á las profecías,—para brillar como astros y progresar como la luz. Con negarlas todas, despachan; creen alguna vez las predicciones de la razón, pero no las profecías de la divina inspiración. Es menester, por lo tanto, que bajemos á su terreno y les confundamos con las predicciones de la razón ó profecías naturales por ellos admitidas.

Profecía es: la *indefectible predicción de sucesos distantes de nosotros en tiempo ó lugar, preconocidos con certeza por inspiración divina.*

Hay ocho grados de profecía; pero los dos pimeros, como enseña Santo Tomás (1.ª 2.ª, q. 174, a. 3, c.), «son inferiores á la profecía propiamente dicha, porque no predicen una verdad sobrenatural», esto es, predicen solamente, bien que por divina inspiración, lo que no excede la facultad previsora de la razón humana. He aquí cómo describe el Doctor Angélico en el lugar citado los dos primeros grados de profecía, que Cornelio á Lapide y otros parecen reducir á uno solo.

«Más propia de la profecía es la cognición que la obra, por lo cual el grado ínfimo de profecía es el movimiento que por instinto interior se tiene para obrar exteriormente, como se verificó en Sansón, *de quien se apoderó el espíritu del Señor; y como se consume el lino al contacto del fuego, rompió y deshizo las ligaduras con que estaba atado*». (Jud. XV, 1).

«El segundo grado de profecía es cuando por luz interior es ilustrado alguno para conocer alguna cosa, como aconteció á Salomón, el cual *pronunció tres mil parábolas, y sus cánticos fueron mil y cinco; y trató asimismo de todas las plantas, desde el cedro que se cria en el Líbano hasta el hisopo que brota de las paredes; y discurrió acerca de todos los animales y de las aves, y de los reptiles y peces*. (III Reg. IV, 32 y 33). Y todo esto lo supo por inspiración divina, pues antes de esto dice el texto que *dió Dios á Salomón una sabiduría y una prudencia incomparables*».

«Con este género de profecía, añade Cornelio á Lápide, predijeron muchos Santos lo futuro, y aun hoy lo presienten y predicen».

Es decir, que para ser uno profeta no es necesario sepa que lo es; hará á las veces muy notables profecías sin darse cuenta de que Dios se las inspira, y no aparecerá allí más que una brillante luz natural de la inteligencia. Y este género de profecías, como el mismo Santo Tomás enseña, no supone revelación divina como los otros; en el primer grado nace de un impulso ó *instinto interior*, y en el segundo de una *luz infusa* que no es propiamente revelación.

Siendo la profecía una gracia *gratis data*, esto es, independiente de la caridad, ó de la gracia santificante, grandes pecadores pueden ser profetas, y de hecho lo son algunas veces, porque *Spiritus ubi vult spirat*, como dijo el divino Maestro; cuánto más, de consiguiente, un pecador puede ser profeta en los grados sobredichos. No deben, pues, despreciarse las profecías, aunque el profeta sea un mal cristiano. No deben admitirse sin pasarlas por el tamiz crítico de la teología mística, es verdad; pero tampoco deben rechazarse por mera razón del sujeto. Por eso dijo el Apóstol: *prophetias nolite spernere: quod bonum est tenete.*

Ahora bien; en el orden general de la Creación se

descubre un encadenamiento que la filosofía da por axioma ó principio, formulándolo de este modo: «Lo más elevado de un orden inferior está en contacto con lo inferior de otro orden más elevado:» *supremum infimi attingit infimum supremi.* Así, algunas plantas muy perfectas se acercan á los animales imperfectos, y los animales muy perfectos al hombre imbécil, y el hombre perfecto á los ángeles, etc., etc.

Aplicando, pues, este axioma á la materia de que estamos tratando, notamos que los hombres sabios y previsores ven algunas cosas tan á lo lejos en lo porvenir, que á veces no sabe uno si hablan exclusivamente por su luz natural, ó si *attingunt infimum supremi*; esto es, si realmente están en el primero ó segundo grado de profecía.

Donoso Cortés, Aparisi Guijarro, Balmes, Chateaubriand, Lacordaire, de Maistre y otros grandes ingenios modernos ofrecen notables ejemplos de lo dicho, y más de cuatro ofrecen también en sus escritos los corifeos de la impiedad.

A tales tiempos hemos llegado, que nosotros quisiéramos poder asegurar, sin temor de equivocarnos, que bajo ningún concepto fueron profetas estos grandes ingenios, sino que predijeron lo futuro en virtud exclusivamente de su natural raciocinio, sacando lógicamente lo porvenir en consecuencia de lo presente y pasado.

Si es así ó no es así, nadie lo puede asegurar; y decimos que nosotros quisiéramos asegurarlo, porque hoy se da más crédito á los pronósticos de los sabios que á las profecías de los Santos. En oyendo el nombre de *profecía*, el que no se burla desconfía, por regla general, y apenas alguno que otro cree.

Todos los católicos confiesan que el espíritu de profecía es esencial á la Iglesia; mas para ellos debe de ser ese un espíritu dormilón ó perezoso, puesto que nunca lo descubren haciendo una profecía. Gran-

des impíos hay que en este punto dan lecciones de consecuencia á muchos católicos.

Pues bien; ya que se fía hoy más en las previsiones del saber que en las profecías inspiradas, pondremos algunas de las que pudiéramos llamar *Profecías naturales*, donde hablarán los sabios y quizá los impíos; y cada uno es libre de pensar si estas previsiones deberán incluírse en el primero ó segundo grado de profecía, ó bien dejarse en la monda esfera del raciocinio previsor que suelen tener los sabios. Como quiera que sea, éstos confirmarán lo que nos han dicho los profetas acerca de los grandes acontecimientos inminentes, y los escépticos y superficiales tendrán, además de profetas, sabios de quienes burlarse.

Empecemos por el inmortal D. Antonio Aparisi y Guijarro, de quien ya dijimos algo arriba.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901; núm. 60=21 Noviembre 1901).

Profecías de Aparisi confirmadas.

El joven y fecundo escritor tradicionalista, conocido por el pseudónimo de «Valcarlos», publicó recientemente un folleto intitulado *Aparisi y Guijarro*. Del ejemplar que se ha servido dedicarnos copiamos lo siguiente, que es una prueba más de lo acertadamente que juzgan los que discurren según la filosofía de la Providencia y de la Historia:

«Aparisi era un gran filósofo, dice. En artículos y discursos muéstrase pensador profundo y profundo conocedor de los hombres y de las cosas; debajo de la forma dulcemente poética y bíblica con que revestía sus argumentos, veíanse éstos con toda la fuerza y robustez con que los presentaba; y meditando sucesos y ahondando en ellos, veía tan claramente en ellos los sucesos venideros que, como Bonald y Donoso Cortés, resultó Aparisi profeta y profeta nunca fracasado.

»Entonces, como ahora y con mas razón y por lo tanto más profundamente que ahora, veíanse los liberales eternos, no descubriendo sus entendimientos otros horizontes que los de su ambición, ni viendo, como suele decirse, más allá de

sus narices. Aparisi, veinte años antes de la Revolución de Septiembre y destronamiento de Isabel, iba prediciéndolo, y los diputados se reían del que llamaban fanático y visionario y profeta. «Muchos gritan: ¡Sermón! ¡Fanatismo! ¡Neo! y yo »me encojo de hombros y me sonrío tristemente y exclamo: »¡Tiempo que has de venir, desmiénteme! Quisiera ser visio»nario y no profeta». El tiempo no le desvirtuó. Y fué profeta y no visionario.

»El general Prim, de infausta memoria, mandó asesinar *legalmente* á ocho carlistas en Montealegre, *por sospecha* de que eran carlistas. Y escribió Aparisi: «No pases pena por »eso, que ya te fusilarán. ¿Quién? ¿A mí? ¿Los carlistas? El »espíritu contestó: Un liberal debe tener la honra de morir á »manos liberales». Pasó poco tiempo, y Prim fué asesinado y tuvo la honra de ser asesinado por liberales masones.

»Vino Amadeo de Saboya, masón y traído por los masones; y habiéndose antes postrado ante el Papa Pío IX, escribió Aparisi: «D. Amadeo se irá... Vive una convicción en »todos los ánimos arraigada: D. Amadeo se va, ó de grado, »ó por fuerza. Es simplemente cuestión de tiempo; pero se »va. ¿Qué ha de hacer D. Amadeo sino irse?... Anuncia el »cañón que D. Amadeo va al Congreso. ¡Pobre Príncipe! El »mismo cañón anunciará dentro de poco que se fué de Espa»ña...» Pasaron tres meses y D. Amadeo renunciaba á la corona y partía de Madrid.

»Decía Aparisi en 1858, catorce años antes de ser proclamada la República: «Yo os digo que el sistema parlamentario »no es más que un tránsito para la República...» Y vino la República.

»Añadió Aparisi: «Prevalecerá la República por breve y »borrascoso tiempo... Será una interinidad, pero borrascosa: »á los tres meses de República no se puede vivir en España... »será un sueño y un desastre...» Y en efecto, fué la República una interinidad y un sueño y fué á más un desastre, y tanto *se pudo vivir en España*, que escribió un republicano que en Marruecos se mandaba más liberalmente que en la República española...

»Decía en el Congreso en 1861, cuando tan firme parecía el trono español y tan arraigada la escuela conservadora: «Yo quiero caer gritando que viene la Revolución y que la »Revolución no nos llevará á la libertad, sino á la anarquía »y al despotismo... Los partidos medios se van; esto se va, »señor Duque de Tetuán, esto se va». Y añadió, aludiendo á la reina Isabel: «Adiós, mujer de York, reina de los tristes »destinos». Los diputados le llamaron visionario y nervioso; y siete años después... vino la Revolución, y la Revolución

fué insoportable despotismo, y la *reina de los tristes destinos* pasaba el Bidasoa y entraba en Francia».

En un folleto de 50 páginas no podía nuestro amigo «Valcarlos» consignar otras previsiones ó profecías de Aparisi Guijarro. Tiene tantas, que sus escritos parecen de un profeta. Profeta le hizo su hábito de razonar según la filosofía de la Providencia en el gobierno del mundo. Pues bien, aquel hombre extraordinariamente previsor ó profeta, anunció mil veces lo que nosotros venimos diciendo: la restauración por la Cruz; el triunfo de la Cruz por un Gran Monarca...

(*Luz Católica*, núm. 23=14 Febrero 1901).

La Causa españolista.

«¡Quién me diera—exclamaba conmovido Aparisi Guijarro,—quién me diera comprender íntimamente la grandeza de la Causa en que estamos empeñados! El mundo antiguo se va, un mundo nuevo se nos viene encima.

Los discípulos de Cristo, *muriendo*, hicieron triunfar la ley del espíritu sobre la ley de la carne y plantaron la Cruz sobre el Capitolio. Los nuevos hijos del paganismo, *matando*, quieren derribar esa Cruz, y rehabilitar la ley de la carne, y aniquilar la ley del espíritu. No se trata más que de esto en el mundo.

Contra el hacha de los bárbaros se rompió la espada de Europa; mas la Europa tenía ya entonces la Cruz, ante la cual los bárbaros habían de arrodillarse. ¿Habéis encontrado una Cruz nueva que detenga á los nuevos bárbaros?

Por eso el tiempo de hoy es más temeroso aún y más crítico que aquel en que muchos creyeron que el mundo iba á acabar. Se trata de ser ó no ser; de vencer ó morir. Se está dando en Europa, más ó menos furiosamente, la batalla, y se está dando con no escaso ardimiento en nuestra pobre España.

En España hay dos cuerpos de ejército, cada uno de los cuales pertenece al gran ejército que pelea de poder á poder en Europa. Una ala derrotada puede traer la derrota general; victoriosa, el triunfo completo. La restauración en España podría ser *salud en España y principio de salud en el mundo.*

¡Oh, y qué gran causa! Cuando se piensa en cuán grande es, siente el ánimo un gozo sublime, y al propio tiempo una indecible tristeza. El que la siga, no busque, ni siquiera piense, en recompensas humanas, porque puede salir engañado, y sobre todo, porque son indignas de un hombre, puesto en la más grande ocasión que el mundo ha visto. El que la siga, haga por ser digno de seguirla; y si tiene orgullo, que lo pise; y si siente ambición, que la ahogue; y si oye la voz del interés, que la maldiga.

Levantad muy altos los corazones, porque nuestros hijos, desde los siglos futuros, nos juzgarán; porque Dios, desde el cielo, nos está mirando.

Si viésemos claro, todos los católicos nos acercaríamos, entenderíamos y concertaríamos, y pues que la causa es común, y tan grande, que comparadas con ella son todas livianas ó baladíes, formaríamos en el mismo campo, á la sombra de la misma bandera.

¡Qué dije todos los católicos! Digo que hasta hombres de fe muy apagada, hasta hombres que viven como si no creyesen, vendrían á ayudarnos. Hablo de aquellos que aun conservan, sin saberlo, el corazón cristiano, por los sentimientos que les infundió una madre piadosa, y tienen por desgracia no creer, y en sus grandes tristezas, aun les consuela la esperanza de volver á la fe de sus padres. Pues hasta esos hombres se llegarían á ayudarnos, prefiriendo estar entre nosotros antes que en las filas de otro partido, que sabiéndolo ó no sabiéndolo, está ayudando á la Internacional...

Vivimos por la virtud de los antiguos principios,

que aun dura: ¡tan grande era esa virtud! Pero estamos amenazados de muerte, si pronto no despertamos, y si hollando sobre malas vergüenzas y preocupaciones caducas, no se acercan y entienden los que por buena dicha conservan viva la fe de sus padres y aman la gloria de su patria.

Afirmo que la historia política de España, desde que nació el siglo XIX, es lastimosa. Afirmo que *todos hemos pecado*. Ahora, cuando todos experimentamos la grandeza del castigo, creo yo que los hombres de buena voluntad están en el caso de no mirar á lo que pasó, sino de mirar á lo que tienen delante, á esa pobre patria que está muriendo.

La alta empresa, no tan difícil como parece á los ojos superficiales, es la de atraer y reunir en un solo campo á todos los católicos y formar ejército para que se salve España y pueda contribuír á la salvación de Europa... Hay que recordar que *en los campos de España se han decidido ya tres veces los destinos del mundo.*

Si se tratara simplemente de la posesión de una corona, no me levantaría de esta silla y andaría seis pasos; una corona no vale esa pena.

No olvidéis nunca que todo, hasta lo más sagrado, se personaliza, y que siendo buenos levantamos nuestra Causa, y no siéndolo la abatimos. Intransigentes y firmes en lo esencial y necesario, en cuanto no lo sea, adelantaos á hacer prudentes concesiones para ganar voluntades.

Yo no creo que Dios se olvide de nuestros padres y nos condene á nosotros y á nuestros hijos á vivir en tierra de Moab. Si tan tremendo castigo cayera sobre nosotros, levantaríamos, mirando al cielo, nuestras tiendas en la tierra maldita, y sobre cada una de ellas pondríamos una Cruz.

A la sombra de la Cruz nacimos: á la sombra de la Cruz moriremos».

(*Luz Católica*, núm. 13=27 de Diciembre de 1900).

Un sueño.

También es de Aparisi lo qne sigue: escribiólo á 7 de Junio de 1871. Los grandes Profetas de la Iglesia, después de San Juan, no han descrito mejor la próxima ruína de París. Pondremos sólo lo principal, que es como sigue:

«Calderón cantaba: *Soñemos, alma, soñemos*. Yo he soñado también, y vi en sueños á París... Y como soñaba, hubo de brotar en mi mente febril la idea de aquel ángel de que habla el *Apocalipsis*, que puso un pie sobre el mar y otro sobre la tierra (1) y gritó.

Yo no puse ningún pie sobre la tierra ni sobre el mar; pero lancé un tan horrendo y desaforado grito, que los aires temblaron y todo se calló. ¡Caprichos desenfrenados de calenturienta fantasía! Y tras el grito y en el silencio, seguí clamando:

«Callen los franceses y callen los alemanes, y miren y admírense que ya se acerca al frente de los tercios españoles Alejandro Farnesio, y le rodean Juan de Austria, y Gonzalo de Córdoba, y Alba, y Bazán, y Leiva, y Espínola.....

¡Los franceses domesticados por España! ¡Los alemanes atados al yugo por España! ¡Viva España! ¡Este es el pueblo de Numancia y de Sagunto! ¡El de Lepanto y el de Otumba, el pueblo de los gigantes!!!»

Decir esto y estallar un millón de voces en torno mío, acompañadas de carcajadas insolentes, todo fué uno. Y esas voces pronunciaban nombres que no repetiré, y clamaban: «¡Fué un pueblo de gigantes; hoy es un pueblo de jorobados, de jorobados, de jorobados!!!.....»

Lo que pasó por mí entonces no lo sé; pero sé que

(1) El Gran Monarca, según el V. Holzhauser, como hemos visto en el capítulo precedente.

eché á correr, quiero decir, á volar, huyendo de aquella infernal gritería, y volaba con tan vertiginosa rapidez, que llegué á perder el sentido. . . . . .

. . . .

Transcurrido poco ó mucho tiempo, me hallé otra vez en París, ó cerca de París, pues que estaba en el mismo, mismísimo, mirador de San Germán. Desde allí veía extenderse á mi izquierda la inmensa ciudad, y erguirse al fin de ella el blanco cerro de Montmartre.

Sin que nadie me lo dijese, sabía yo lo que pasaba. No estaban ya los alemanes bombardeando á París y coronando en Versalles á su rey; pero estaban allí cerca mirando cómo por manos francesas se terminaba la obra por los suyos comenzada: testigos impasibles de un duelo imponderable. ¡Oh, Dios mío, y lo que ví! Brillaba un cielo azul, y en él brillaba una hermosa luna entre blancas estrellas. La obra de Dios resplandecía en toda su majestad; la obra de los hombres, en medio de la paz de la naturaleza, en todo su horror.

UNA INMENSA NUBE DE HUMO ENVOLVÍA Á PARÍS: CAÍA INCESANTEMENTE SOBRE PARÍS UNA INMENSA LLUVIA DE CENIZAS.

La gran ciudad estaba ardiendo, y de entre las llamas se lanzaban, extremeciendo el aire, gemidos y alaridos y rugidos, y estruendo de ametralladoras y estampidos de cañones.....

Y al través de ella yo ví levantarse sobre Montmartre una figura colosal que asentaba los pies en aquel cerro, y escondía en las nubes su cabeza; y otra vez pensé en el ángel que se desprendió del cielo y puso un pie sobre la tierra y otro sobre el mar, para hablar al mundo en nombre de Dios.

Y ese ángel que vi, dió tres gritos, y hubo por algunos instantes silencio, bien que las llamas seguían

devorando los grandes monumentos, corona de París y envidia de Europa. Y dijo el ángel:

«Levántense sobre sus tronos los reyes y miren; y callen los pueblos y oigan, porque el Señor está hablando y haciendo grandes cosas.

»Esta Francia se hizo *sabia*, y prevaleciendo en orgullo, dijo en su corazón: no hay Dios; y aunque haya Dios, ¿quién contra mí?

»Y Dios se apartó de Francia y retiró su fuerza, y sintióse flaca la primogénita y cayó de rodillas ante la espada teutónica.

»Y dijeron los pueblos: ¿No eres tú la del millón de hombres armados, que ponías pavor en las naciones, y las congregabas para que admirasen tu sabiduría, ó para que estuviesen silenciosas les mostrabas tu larga espada?

»¿Cómo has caído del cielo, ¡oh Lucifer! tú que te levantabas soberbio por la mañana? ¿Quién te ha arrojado al abismo, ¡oh, reina del mundo!?

»Cayó, cayó la soberbia y se afirmó su abominación. No volvió los ojos al que podía levantarla, ni vistió el saco de penitencia.

»Carga sobre París la gran ramera.

»¿Por qué ahullas miserablemente? ¿Por qué te agitas, convulsa, entre dolores intolerables y desesperada?

»Esos hombres son los hijos de tu ciencia: tu civilización ha engendrado esos bárbaros.

»Tú les dijiste: «Sabios sois y libres; no miréis al cielo que es triste; mirad á la tierra que es hermosa. Reyes sois de la tierra».

»Y ellos han contestado: «Dios no existe, ó si existe, no le conocemos. Somos sabios y libres y reyes: *á nuestros muertos los enviaremos al sepulcro sin oraciones, y daremos al amor nuestras hijas;* pero dejadnos entrar ya en posesión de nuestra soberanía. Nos habéis quitado el cielo; dadnos la tierra».

»Y se levantaron en armas, y París es suya; París, la capital del universo.

»Carga sobre París la gran ramera.

»Babilonia y Ninive fueron tratadas con menos rigor, porque hijos tuyos son los que te despedazan, hijos tuyos son los que te queman.

»Si tus predilectos no te han de gozar, no quieren que nadie te goce.

»¡Ciudad miserable, estás ardiendo, para que vea el mundo la doctrina que engendra tigres, á la luz de tu incendio!

»¡Oid, aprended y temblad, oh reyes, oh pueblos de la

tierra! No bajan ya de las selvas del Norte los que se inclinaban ante una Cruz; de las entrañas de vuestras ciudades brotarán otros bárbaros después de rota la Cruz. ¿Quién los detendrá?

»El Señor dice: «Yo los detengo hoy y daré un nuevo »plazo; pero ¡ay de los que no se conviertan á mí! Me he »acordado de sus padres y usé misericordia; pero dí á beber »del vaso de mi ira á ese pueblo que me olvidó, y el vaso »queda lleno, y puedo embriagar con él toda la tierra».

»Conviértete, París, conviértete á tu Señor y Dios, á quien olvidaste: y vosotros, ¡oh reyes! aprended; y aprended ¡oh pueblos! y ¡mirad á lo alto, que hay Dios en el cielo todavía!».

Dijo, y desapareció; y SIGUIÓ UNA INMENSA NUBE DE HUMO ENVOLVIENDO Á PARÍS Y CAYENDO SOBRE PARÍS UNA INMENSA LLUVIA DE CENIZAS».

Hasta aquí el inmortal Aparisi Guijarro. Sigamos con el testimonio de los hombres previsores, siquiera por falta de espacio tengamos que omitir muchos.

III

Lo que viene.

Previsiones de Lacordaire y De Maistre.

Para reproducir las del P. Lacordaire no necesitamos hojear los escritos de esta insigne lumbrera de la Orden Dominicana, pues cincuenta años ha que los investigadores de lo futuro dieron á conocer en diversas publicaciones las previsiones del gran sabio, y orador el más elocuente del siglo XIX, como le llamó Pío IX. Traducimos las siguientes de dos opúsculos publicados en Lyón, que á su vez las toman de *L'Ere Chretiènne,* revista escrita por el gran Lacordaire antes de su ingreso en religión. Decía, pues, por los años de 1848:

«Varios periódicos han insertado unos fragmentos de las obras de Proudhon; dudando nosotros de su exactitud, los hemos cotejado con el original, recorriendo los dos volúmenes en 8.º, publicados en 1846 por Proudhon con este título: *Systeme des contradictions economiques ou philosophiques de la misère.*

»Leyendo estas páginas que ofrecemos al público (y que nosotros no queremos copiar), hemos experimentado el mismo dolor que durante las luchas de estos últimos tiempos. La ilusión es aquí imposible; ya no se trata de pretendientes, ya no de monarquía ó de república; lo que vemos es una guerra de doctrina, un combate de la verdad contra la violencia, del orden contra la anarquía; es la lucha á que se entrega la sociedad desde que ésta empezó, pero que en nuestra época llega á ser lucha general, decisiva y sangrienta. Cuanto más avancemos, más irán confundiéndose los hombres y los partidos, para dividirse en dos campos. El bien y el mal tendrán sus campos distintos, y llegará un momento en que, los que no estén por Cristo, estarán contra él.

»Entonces se librará una batalla suprema, por la que se establecerá el reino de la civilización ó el reino de la barbarie. Este inevitable desenlace no está muy lejos. Escoja cada uno, y evitemos las sorpresas con la publicidad de lo que viene».

¿Qué plazo, poco más ó menos, daría el previsor Lacordaire á este desenlace, puesto que, en su opinión, *no estaba muy lejos* de los días en que esto escribió? Diez años antes marcó este plazo; decía en 1836:

«Hay guerra en Europa; pero no es guerra de pueblo á pueblo, ni de pueblos á reyes; esta guerra es más alta que los reyes, más alta que los pueblos, pues se libran sus batallas entre las dos formas mismas de la inteligencia humana, esto es, la fe y la razón; la fe, que por la Iglesia es una potencia, y la razón, que á sí misma se ha erigido en potencia, con sus jefes, sus asambleas, sus cátedras, sus sacramentos. En una palabra: *la guerra se libra entre la potencia católica y la potencia racionalista que se disputan el mundo.*

»La Prusia marcha á la cabeza del racionalismo europeo, cuyos efectos políticos, sin embargo, detesta ella cordialmente; pero ¿qué importa que los deteste, si emplea catorce millones de hombres para producirlo y sólo trescientos mil para contrarrestar sus efectos?

»La desproporción entre los cuerpos y el espíritu de Rusia es aun más notable. ¿Qué llevará Rusia al Oriente para constituirlo, y lo que es más difícil, para sacarlo de sus ruinas?... Le añadirá el cisma al cisma, la muerte á la muerte, y le dirá: «He aquí la copa que te emponzoñó; sentémonos á la misma mesa; bebamos y vivamos». La verdadera necesidad de Rusia, en el punto á donde ésta ha llegado, es hacerse católica, y lo será tan pronto como sus soberanos la dejen hacer.

»La potencia católica triunfará de la potencia racionalista, y salvará los pueblos que entonces le pedirán la vida...

»Nosotros no veremos estas maravillas, reservadas, si á Dios place, al amor humillado y desconocido. Al contrario, nosotros presenciaremos espectáculos muy tristes: el bien victorioso á veces del mal por la necesidad, y el mal recobrando su imperio del bien. Luchan en esta contienda elementos muy disparatados y en negra mezcolanza confundidos. **Un siglo no será demasiado para la ruda tarea de separarlos; nosotros moriremos antes de la paz;** pero no tenemos derecho á quejarnos de esto».

Dos tercios de siglo hace ya que el gran Lacordaire señaló este plazo; entramos en el último tercio,

y según él lo previó, empieza á librarse la batalla suprema entre el reino de la civilización y el de la barbarie, entre la potencia católica y la potencia racionalista. *Un siglo no será demasiado*, dijo; si aludía al siglo XIX, como interpretan algunos, la predicción es aun más notable, porque apenas amanecido el siglo XX, los dos ejércitos se han puesto frente á frente, decididos á luchar hasta que el uno sucumba.

Quién ha de triunfar, los católicos lo saben; *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella:* es palabra de Dios.

(*Luz Católica*, núm. 60=21 Noviembre 1901).

Oigamos ahora al insigne sabio providencialista Conde J. de Maistre, que en sus *Veladas de San Petersburgo* dice así (*Velada XI*):

«Nunca puedo oir á sangre fría á los aturdidos del uno y del otro sexo exclamar: *¡luminismo!* á la menor palabra que exceda á su limitado alcance, con una ligereza é ignorancia capaces de apurar la más ejercitada paciencia... ¿Qué mal hay en que el hombre se esfuerce en penetrar los abismos de la gracia y de la bondad divina, á la manera que abre y penetra la tierra para sacar el oro y los diamantes?

Ahora más que nunca debemos ocuparnos de estas sublimes investigaciones; porque debemos estar prevenidos para *un acontecimiento inmenso* en el nuevo orden de cosas hacia el cual marchamos rápidamente y que debe espantar á todos los observadores. Apenas hay religión en la tierra, y el género humano no puede permanecer en este estado. Además, *tremendos oráculos anuncian que los tiempos han llegado ya...*

Muchos teólogos católicos han creído que en la revelación de San Juan se anuncian *sucesos de primer orden poco lejanos de nosotros;* y en cuanto á los teólogos protestantes, si en general se han dejado arrastrar por el espíritu de secta, no han faltado algunos que afirmaran que muchas de las profecías contenidas en el Apocalipsis *se refieren á nuestros tiempos.*

Tal vez no hay en Europa un hombre verdaderamente religioso, ME REFIERO Á LOS INSTRUÍDOS (no quiere cuentas con ciertos hinchados y desdichados críticos que blasfeman de lo que ignoran), que no espere hoy acontecimientos extraordinarios... ¿Creéis vosotros que es de despreciar este acuerdo de tantos y tales hombres? ¿No significa nada esa voz general que anuncia grandes cosas?...

La eterna ansiedad del hombre en querer penetrar lo porvenir, es una prueba cierta de que tiene derechos sobre este porvenir, y que cuenta con medios para descubrirlo, al menos en ciertas circunstancias... Gozando los Profetas del privilegio de sobreponerse al tiempo, y no estando sus ideas circunscritas á su duración, se tocan y confunden en virtud de la simple analogía, y dan á veces cierta ostentación á sus discursos. El Salvador mismo se sometió á este estado cuando, haciendo uso del espíritu profético, unió la destrucción de Jerusalén con la del mundo...

Este espíritu de querer penetrar lo porvenir es natural al hombre y jamás dejará de agitarse en el mundo... Si me preguntáis ahora qué cosa es ese espíriru profético, os responderé que *jamás han ocurrido en el mundo graves acontecimientos, sin que de un modo ú otro hayan sido anunciados.* Maquiavelo es el primero que conozco que ha sentado esta proposición (1); y si vosotros mismos reflexionáis, os convenceréis de que la aserción de este *piadoso* escritor está justificada por la historia.

Podéis ver en muchos escritos, pero principalmente en las notas que Pope añadió á su traducción en verso del *Pollion*, que esta pieza podría pasar por una versión de Isaías. ¿Por qué queréis que no suceda hoy lo mismo? El universo está esperando. ¿Cómo podríamos menospreciar esta general persuasión, y *con qué derecho condenaríamos á los hombres que, advertidos por señales divinas, se entregan á estas santas investigaciones?*

¿Queréis una prueba más de los grandes acontecimientos sociales que se avecinan? Buscadla en las ciencias; considerad atentamente el progreso de la química, y aun de la astronomía, y veréis á dónde nos conducen... Esperad que la afinidad natural de la religión y de la ciencia reuna éstas en la inteligencia de un solo hombre de ingenio, y lo veréis demostrado. *La aparición de este hombre no está lejana: tal vez el gran hombre existe ya* (2).

Famoso será este hombre y dará fin al siglo XVIII que

---

(1) El sabio providencialista De Maistre no tuvo presente que veintitrés siglos antes de Maquiavelo lo dijo el Profeta Amós con estas palabras: «¿Descargará acaso sobre la ciudad alguna calamidad que no sea por disposición del Señor? *Mas el Señor Dios no hace estas cosas sin revelarlo antes á los Profetas siervos suyos*» (AMÓS, c. III, 6, 7).

(2) Nos parece estar leyendo lo que dice San Francisco de Paula acerca de la sabiduría que hasta en ciencias naturales tendrá el restaurador. Consúltese la profecía del Santo.

todavía dura, porque los siglos intelectuales no se rigen por el calendario como los siglos propiamente dichos. Entonces, opiniones que hoy nos parecen excéntricas ó insensatas serán axiomas de que no podrá dudarse, y se hablará de nuestra estupidez actual como nosotros hablamos de la superstición de la Edad Media...

Entonces toda la ciencia cambiará de aspecto; el espíritu destronado y olvidado largo tiempo, recobrará su lugar, y quedará demostrado que las tradiciones antiguas son verdaderas y que el paganismo es un sistema que encierra grandes verdades, aunque desquiciadas y corrompidas, las cuales limpiadas y vueltas á su lugar, brillarán cual rayos de clara luz. En una palabra: día llegará en que, repuestas las ideas equivocadas, *se presente de todas partes una multitud de elegidos gritando:* ¡VENID, SEÑOR, VENID!

¿Por qué, pues, vituperáis á los hombres que se consagran á descubrir este majestuoso porvenir y fundan su gloria en adivinarlo? Como los poetas que en nuestros tiempos de debilidad y decrepitud presentan todavía algunos pálidos resplandores del espíritu profético, así los hombres espirituales experimentan alguna vez momentos de entusiasmo y de inspiración que les transportan á lo porvenir, permitiéndoles presentir los acontecimientos que el tiempo prepara á lo lejos... No vituperéis, pues, repito, á esos hombres que se ocupan y que hallan en la revelación misma razones para prever una revelación de revelación.

Todo anuncia no sé qué *grande unidad* hacia la cual caminamos á pasos agigantados... No me digáis que todo está ya dicho, todo revelado ya, y que no nos es dado esperar nada nuevo. Indudablemente, nada nos falta para que podamos salvarnos; pero en cuanto á lo que puede saberse por revelación, nos falta mucho; y en cuanto á las futuras modificaciones del mundo, bien veis que TENGO MIL RAZONES DE ESPERARLAS, al paso que VOSOTROS NO TENÉIS NI UNA SOLA PARA PROBARME LO CONTRARIO.

El judío que se atenía al sentido literal, creyendo en el reinado temporal del Mesías, podía tener razón; pero después del *suceso,* ha de conocer que no es así. ¿Sabemos acaso lo que á nosotros nos espera? *Dios será con nosotros hasta la consumación de los siglos; las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia,* etc. Eso sabemos cierto. ¿Y eso quiere decir que Dios se ha prohibido toda nueva manifestación, y que ya no quiere revelarnos más de lo que sabemos? Es preciso convenir en que este sería un modo de discurrir muy extraño».

Previsiones de Veuillot y Chateaubriand.

Pertenece al gran Veuillot lo siguiente:

«¿Cuánto tiempo durará esta guerra contra la Iglesia y cuál será el resultado? Dios lo sabe. Esas gentes blasfeman de la luz, ultrajan la virtud; han comprendido que la fuerza de la Iglesia está en el respeto que ella merece y en el bien que hace, y no quieren que la Iglesia sea respetada y que siga haciendo bien. Han decretado que para lo sucesivo la ciencia de la Iglesia ya no enseñe al ignorante; que la mano de la Iglesia ya no consuele al que llora; que el pan de la caridad ya no sacie al que tiene hambre.

¡Oh cristianos; combatid y orad! Combatid para que se vaya aplazando, siquiera por algún tiempo, la catástrofe que veo cercana; orad para que Dios abrevie su duración.

Ellos han querido anonadarnos, han cavado la fosa, abren un abismo: caerán en él y nosotros caeremos con ellos; pero ellos no se levantarán.

Señor, hay algo que me dice que los ojos de mi cuerpo no verán este día; pero lo han visto los ojos del alma y tengo en él una esperanza inquebrantable. Vos venceréis; Vos castigaréis; Vos sois justo, y cuando Vos hayáis castigado, entonces brillará vuestra misericordia, potente, inmensa, infinita».

De igual modo se expresó Chateaubriand en varios de sus escritos. En muchas colecciones de profecías y pronósticos hemos leído estas palabras que escribió hace más de cincuenta años, anunciando el final de este corrompido mundo viejo y la aparición de uno nuevo.

«Un poderoso porvenir se prevé, libre con toda la plenitud de la igualdad evangélica; pero aun está más allá de nuestro horizonte visible. Antes que ese futuro sea presente, antes de llegar á la unidad de los pueblos y al imperio de la libertad cristiana, es necesario pasar por la descomposición social, por una época de anarquía, de sangre tal vez, y ciertamente de cobardías y defecciones. Esta descomposición ha empezado; pero hoy no está todavía en condiciones de hacer surgir de sus gérmenes un mundo nuevo».

El ilustre autor de *Los Mártires* y *El genio del*

Cristianismo decía también, en 1831, á la *Revue Européenne:*

«La sociedad religiosa se transformará como su divino Jefe; mas no desaparecerá, porque su principio es la vida sin fin. El Cristianismo empezó en las Catacumbas, perforó la tierra para subir á los templos, libertó la verdad filosófica aprisionada hacía más de tres mil años, extendióse con ella por ciudades y aldeas y dominó al mundo. Hoy se replega, deja poco á poco la muchedumbre, vuelve á entrar en las iglesias, bajará otra vez de ellas á las Catacumbas para salir de nuevo y brillar sobre la tierra... El Cristianismo volverá á la obscuridad de las criptas que reprodujeron las catedrales de la Edad Media; bajará al sepulcro del Salvador para avivar allí el fuego de su antorcha, y resucitar en el glorioso día de una Pascua nueva, y renovar una vez más la faz del mundo».

No vamos á poner aquí una colección de previsiones tan claras como las precedentes; mas si eso nos propusiéramos, tal vez no nos quedaríamos en un centenar. Harto más de ciento son los autores, ora sacerdotes eminentes, ora seglares no menos ilustres, que han publicado trabajos apologéticos sobre las profecías relativas á nuestros tiempos: sólo con tomar lo que ellos dicen llenaríamos varios volúmenes. ¿Qué dicen, pues, los incrédulos ante un número tan considerable de testimonios?

Otros hombres eminentes hay que, sin ser apologistas de los profetas, sin ser ellos mismos profetas, han confirmado con sus luminosas previsiones todo cuanto dicen los profetas. Recordamos ahora los nombres del Cardenal d'Ailly, Lamartine, Leibnitz, Donoso Cortés, Balmes, Pedro Turrel, Francisco Navarro, Ricardo Roussat, César Cantú, Pío IX, León XIII; y mil más recordaríamos á poco que nos entretuviéramos.

Cierto que la mayoría de ellos se refiere á la inminente subversión general y al fin de ella, sin aludir á la persona de quien la haya de acabar y repararlo todo; mas no por esto debe convenirse en lo que decía un colega católico con estas palabras:

«Hemos dicho siempre á los católicos españoles, y lo hemos repetido hasta la pesadez, y lo volveremos á repetir cuando sea oportuno, que *el remedio de España no está en que aparezca un hombre, sino en que haya muchos hombres que trabajen sin desalentarse y puesto el corazón en Dios* contra la tiranía insoportable de los partidos liberales que han destrozado y deshonrado á nuestra patria, que bajo su mando, y víctima de los errores y de los horrores de tales partidos, está sufriendo muerte y pasión y amenazada de mayores males».

Sin cabeza no hay cuerpo; moralmente podrá haber un cuerpo acéfalo; pero los cuerpos acéfalos sirven para maldita la cosa. Por lo demás, la afirmación del colega, históricamente considerada, es una utopía, y religiosamente no puede realizarse sin un milagro. Toda la historia está contra tal afirmación; nunca las naciones se han salvado sin la dirección de una persona moral ó física, amante de la Patria y enemiga de los partidos.

Por lo demás, aun nos falta decir mucho sobre el testimonio de los hombres previsores. Más de un nombre ilustre hemos de citar, que por la especial índole de sus previsiones reservamos para otros capítulos.

Ahora sigan las razonadísimas previsiones de otros dos ingenios de nuestros días.

El Imperio universal y la paz (1).

A 7 de Abril de 1899,—pasa ya de cuatro años,—escribíamos en nuestras *Memorias, impresiones y pronósticos,* en París, lo siguiente, que fué ya publicado por *Luz Católica:*

«Parece que, por fin, se ha enviado ya á las Potencias el definitivo programa del desarme ó *paz del Zar*, que deberá discutirse en las próximas conferencias de La Haya. Tiene ocho puntos; pero yo me fijo no más en los tres siguientes (son el 2.°, 3.° y 4.°):

En otras ocasiones, sobre todo en cartas y en dos de mis

---

(1) Artículo tomado de *La Señal de la Victoria*, núm. 2=8 de Octubre de 1903.

artículos para Colombia, expresé mi opinión sobre los ilusorios proyectos del Zar; ratifico mi parecer.

Si estos puntos se aprobasen y admitiesen, España no se salvaría sino á fuerza de milagros, y tampoco Europa, y eso no puede ser. La fuerza bruta ha servido para violar todos los derechos y cometer los grandes latrocinios é impiedades de que se enorgullecen los Estados modernos: la fuerza, no bruta, sino científica, ha de servir ahora para que los oprimidos se tomen venganza y la justicia de Dios sea satisfecha.

Nótase que las naciones menos opuestas al desarme ó *paz del Zar* son las que más han perdido y menos pueden hoy; las valientes y bravuconas, las que quieren guardar lo robado y robar más, esas no parecen serle favorables, y esas harán salir la guerra de las Conferencias para la paz; no se pondrán de acuerdo, por razones de egoísmo, y esto acelerará la guerra (europea).

Y será previdencia de Dios.

No, los puntos copiados no se admitirán, no pueden admitirse, ni nada que sea desarme y paz; y si se admitieran, peor para los Estados, que entonces pensarían poder gozar sin zozobra de sus depredaciones horrendas. ¡No, no ha de triunfar el demonio disfrazado de ángel de luz!

A la sombra del progreso se ha hecho guerra á Dios; Dios se valdrá ahora del verdadero progreso para que la guerra hunda á los que de él han abusado tan impiamente.

La paz ha de venir cuando la dé en nombre de Dios el futuro Rey de España, una vez que los impíos sean exterminados. Entonces se levantarán unos reinos y caerán otros, de suerte que sus fuerzas compensadas produzcan un verdadero equilibrio; porque si bien el imperio español será inmenso, no habrá que temer, pues nunca España invadió las naciones civilizadas para engrandecerse con los despojos de ellas».

Este último párrafo es quizá el más autorizado de todos, porque expresa fielmente los vaticinios de multitud de grandes profetas y los presentimientos de multitud de sabios previsores.

Por lo demás, los acontecimientos han confirmado hasta hoy, palabra por palabra, lo que sobre las conferencias de La Haya veíamos y predecíamos antes que se celebrasen, y los acontecimientos venideros confirmarán lo que está por cumplir; mas atendiendo á que tal vez muchos de nuestros lectores no tengan claras noticias del resultado de dichas conferencias,

vamos á dárselas brevemente con un distinguido catedrático de esta Universidad de Valencia.

Nos referimos al muy ilustrado D. Luís Gestoso y Acosta, catedrático de Derecho Internacional, á cuya inspiración y elocuente palabra fué confiado el discurso de apertura del presente curso 1903-1904. Publicóse hace poco este magnífico discurso, y de él tomamos los siguientes párrafos, que recomendamos á la atenta consideración de nuestros lectores:

«Expuestos á grandes rasgos los resultados definitivos de la Conferencia del Haya, llega el caso de pronunciar acerca de ella un juicio que pueda servirnos de regla práctica de conducta. ¿Está resuelto el problema de la paz? ¿Podemos en España tener fe ciega en la eficacia de los acuerdos de aquella Conferencia publicada en la *Gaceta* de Madrid como leyes patrias? ¿Se puede aceptar el presupuesto de la paz como querían algunos políticos en 1890? He aquí la difícil cuestión que deseo resolver en esta solemnidad; y que dicha cuestión es difícil, lo revelan las mismas frases pronunciadas por algunos de los más conspicuos políticos asistentes á la Conferencia: «*Ni escepticismo, ni impacencia*», contestaba Mr. León Bourgeois á sus compatriotas cuando al regresar del Haya le preguntaban por las esperanzas que Francia podría abrigar en los acuerdos de la Conferencia.

«En el momento actual es prematuro el juzgar en conjunto una obra apenas terminada...» «Cuanto más tiempo pase, más clara aparecerá su importancia...» «La buena semilla está sembrada; dejemos que llegue el momento de recogerla», decía en un discurso de despedida el experimentado diplomático Mr. Staal, presidente de la Conferencia (1).

En el fondo de estas palabras yo veo el mismo pensamiento: la vacilación, la duda, respecto á la eficacia de los acuerdos de esta reunión diplomática; acuerdos criticados desde luego por los partidarios de la guerra y por los partidarios de la paz, á ninguno de los cuales ha satisfecho la obra de la Conferencia.

Teodoro Mommsen ha dicho que la Conferencia de la paz le producía el efecto de «un total desconocimiento de la historia universal»; Sidney Low ha escrito sendos artículos en la *Nineteenth Century* acerca de las «hipocresías de la Conferencia de la paz».

---

(1) «Conference de la Paix», Pág. 213.

Max Nordau, el apóstol del socialismo, afirmaba que la guerra duraría tanto como el mundo y que sólo podía aspirarse á humanizarla y á dificultarla, haciéndola menos frecuente *(Deustche Rundschau*, Abril de 1899); y los doctores alemanes Stengel y Zorn, este último delegado alemán en la Conferencia, sin perjuicio de rectificar algo sus exageraciones, según puede verse en *Le temps* de los días 1.º y 24 de Mayo del 99; Crispi en la *Nova Antologia*, y el Conde de Tolstoi en la revista alemana *Zu kunft*, consideraban también la Conferencia como una demostración vana y de puro aparato, que no conduciría á ningún resultado práctico.

En realidad, los trabajos todos de la Conferencia están inspirados en el principio de la soberanía absoluta de cada nación, sin que el reconocimiento de la solidaridad internacional colocado en el preámbulo ó frontispicio del Convenio relativo á la paz, modifique ni restrinja en lo más mínimo esa soberana independencia, ni exija sacrificios de ningún género. Obedece, á mi juicio, este sentido de los documentos emanados de la Conferencia, á las opiniones de Mr. de Martens, inspirador del proyecto ruso discutido constantemente en las reuniones de la tercera Comisión, como base ó programa de los trabajos de aquélla. Ahora bien: ¿cómo es posible obtener los beneficios de una paz duradera y estable sin sacrificar nada? ¿Cómo ha de ser posible vivir en el estado natural, que dice Kant, ó estado no jurídico, para pasar á él si conviene y volver al estado no jurídico si deja de convenir el estado jurídico? El concepto de unión libre y voluntaria de las naciones, dentro de la cual se disfruta de todos los derechos soberanos, sin perder ninguna de ellas lo que cualquier persona al entrar á formar parte de una colectividad, es en la práctica irrealizable, y aunque el pensamiento de Kant (1) de la *alianza pacífica* de las naciones *(faedus pacificum)* para terminar las guerras, alianza que no establecería dominación de estado á estado, pero cuyo efecto sería garantizar la libertad de cada estado particular de la asociación, sin que tuviese ninguno que someterse á la coacción legal de un poder público, parezca muy aceptable, como á primera vista lo parece también el de la comunidad internacional de Mr. de Martens, es lo cierto que ambos conceptos de alianza pacífica y comunidad internacional son puramente *utópicos*, en cuanto prescinden de aquel apotegma jurídico: *nullum officium sine jus*: «no hay derechos sin deberes, y viceversa». Diremos, pues, con Lavelaye: «*Llegará tiempo en que se establecerá la*

(1) Kant, «Ensayo filosófico sobre la paz perpetua», y «Principios metafísicos», párrafos 54 y 61.

federación de los pueblos, pero no ha sonado la hora» (1). Si el estado superior de las naciones llega á constituirse, *será bajo la forma federal, y entonces habrá un poder capaz de hacer cumplir las leyes y de cohibir á los elementos de desorden si pretenden infringirlas;* entonces los diversos procedimientos para realizar el derecho habrán de aceptarse necesariamente, y no tendrán el carácter puramente facultativo que se les concede por el acta de 1899.

Este sistema federal que liga hoy á muchas naciones, es el que debe extenderse á las grandes potencias, á esos Estados que se creen con derecho de imponer leyes á los más pequeños y de no recibirlas de nadie, y á entrar en esa gran federación debe impulsarlas el hecho de ser todas ellas solidarias ó interdependientes. De otro modo, el reconocimiento de la solidaridad no tiene alcance de ningún género, ni arrastra el cumplimiento de deber alguno, lo cual es contrario al principio jurídico: *Ubi societas ibi jus.*

No debe extrañarnos, pues, que los pacíficos hayan quedado también descontentos de la obra de la Conferencia: esperaban éstos el desarme de los ejércitos europeos, el cierre de todos los arsenales y establecimientos de industria militar, el arbitraje ó la mediación obligatorios, para entenderse en todos los asuntos, bajo la base del respeto al Derecho de gentes, y se les ha contestado que por razones técnicas no es posible desarmar en ninguna nación, sin organizar la defensa nacional bajo otras bases (2) diferentes de las actuales; que los medios pacíficos sólo tienen aplicación cuando los interesados los juzgan útiles; finalmente, que por cima del Derecho internacional están la dignidad y el honor de las naciones, y que tampoco es posible cumplir con la justicia mientras mantengan pretensiones antagónicas y existan problemas sin resolver, como el de la Alsacia Lorena, el del Extremo Oriente y el de los Balkanes, amén de otros como el de la expansión colonial por ese mundo, que aun es considerado como cosa *nullius*.

¿Hemos de desmayar, por todo lo dicho, en la empresa de estudiar el derecho de gentes y en procurar los medios de que sea reconocido y aplicado?... De ninguna manera. Veo que por cima de las rivalidades, disputas y contraversias humanas, está el Todopoderso, que con aquel *fiat* de la Creación, es la causa de todo lo existente. El ha creado al hombre, y propa-

(1) «Des causes actuelles de guerre en Europe et de l'arbitrage».

(2) «Conference de la Paix», Págs. 84, 2.ª Parte, y 42, 2.ª Comisión.

gando la especie humana por la haz de la tierra, ha formado también las Naciones; por esto Laurent ha dicho: «las Naciones son de Dios»: y, efectivamente, hay que reconocer que su origen y desenvolvimiento forman parte del plan divino respecto á la creación del Universo. *Hay que elevar* el principio de nacionalidad á la categoría de principio de derecho divino, y la Sagrada Escritura está llena de pasajes (1) que, á mi juicio, confirman esta verdad; hay que desarrollar en la vida política las consecuencias que se derivan de este principio; existen leyes de justicia y leyes de amor entre las naciones, y *los apóstoles y propagandistas de esas leyes no pueden ser considerados como visionarios: tienen derecho á la estimación y al respeto de todos.*

La Providencia divina vela por nosotros si nos hacemos dignos de su protección, y el progreso en todos los órdenes de la vida social, incluso en el orden de la política exterior, será el premio reservado á los pueblos observantes de las divinas enseñanzas, mientras los prevaricadores serán el blanco de la ira de Dios. La misión, pues, que nos incumbe á los maestros de las ciencias políticas es la de propagar las ideas pacíficas, procurar con todas nuestras fuerzas la concordia y el empleo de todos los medios propuestos por aquellas ciencias para conseguirla; pero, al mismo tiempo, no aconsejar el abandono de los trabajos de preparación para la guerra, echándonos en brazos de un cobarde y letal optimismo. «*Se busca á los fuertes y se respeta á los fuertes* (acaba de decir en el banquete de Montelimar Mr. E. Loubet, el presidente francés), y por ello es indispensable atender á que el Ejército lo sea, porque un ejército fuerte asegura el sostenimiento de la paz». O lo que es igual: *si vis pacem para bellum.*

No hay oposición entre ambos términos: la justicia, como virtud moral, consiste, ante todo, en amar la paz y en desearla también para los demás; pero si los elementos de perturbación ó de discordia nos la niegan y procuran arrebatarnos aquel *bien*, privándonos de nuestros derechos más preciados, entonces la justicia consiste en hacer la guerra para conseguir el triunfo del derecho, que es en definitiva el *bien* de las personas individuales y sociales.

Para concluir, séame permitido dirigir mi palabra á esa juventud estudiosa que está destinada á proporcionar días venturosos y de gloria á nuestra querida patria; á esa juven-

---

(1) Por ejemplo, el Salmo profético 109, versículos 6 y 7, de los cuales se desprende que subsistirán las naciones al fin de los tiempos para ser juzgadas por Dios.

tud que guarda todavía aquella gloriosa enseña (1) que tremolaron sus antecesores para vencer al César francés, cuando hace poco menos de un siglo pretendió sojuzgar la independencia nacional con sus aguerridas huestes. Vosotros, especialmente los de las Facultades de Filosofía y Jurisprudencia, no olvidéis que los trabajos de la Conferencia del Haya son una semilla arrojada por la diplomacia en el campo de la opinión pública de Europa, y que esta semilla puede germinar felizmente bajo la acción de diversos agentes é influencias ó puede malograrse por entero, y entonces pudieran la discordia y la guerra devastar de nuevo *este suelo ibérico donde tantos problemas internacionales se han resuelto.* No temáis la guerra, como no la temieron nuestros padres; temed, sí, la corrupción de las costumbres, de los caracteres legendarios de aquéllos, de las gloriosas Tradiciones nacionales; temed la degeneración de aquellas virtudes que poseyeron nuestros mayores, en los vicios que provocan la cólera divina; temed á estos grandes enemigos de las almas y de la vida del espíritu, pero no temáis á los que sólo pueden matar este cuerpo deleznable y perecedero; no temáis esos artefactos que exhibe el Museo de la guerra y de la paz de Berna para intimidar á los amigos de la guerra y sugestionar á los de la paz, haciéndoles soñar en la edad de oro que pintaron los poetas. Imitad á esa juventud alemana que cultiva igualmente las artes de la guerra y de la paz, hermanando el manejo del libro con el fusil, y no perdáis de vista el triste cuadro que ofrecen aun en nuestro siglo las naciones oprimidas.

Recordad que los romanos emplearon una sola palabra para designar la virtud y el valor: sed sobrios y austeros en vuestras costumbres, y seréis perseverantes en el estudio, fijando en él la atención constante que no pueden emplear los viciosos y disipados; porque sin grandes esfuerzos, sin constancia y sin vigilias, no puede alcanzarse el deseado término, no puede llegarse á la meta, que es la sabiduría, madre del verdadero valor, del valor de los hombres científicos, para quienes siempre será loable: *Defendere patriam terram, armis atque virtute*».

Hasta aquí el sabio internacionalista católico don Luis Gestoso y Acosta, cuyo discurso es todo muy de estudiar, por los sólidos y originales raciocinios con que corrobora la creciente aspiración general á un im-

---

(1) La bandera del Batallón de estudiantes artilleros, existente en la Biblioteca provincial y universitaria de Valencia.

perio universal federativo, único que puede dar duradera paz al mundo, pese á las buenas intenciones de los conferenciantes de La Haya.

En otras ocasiones hemos presentado á sabios previsores de entero acuerdo, por sola su luz natural, con lo que predijeron antiguos profetas por luz infusa. Hoy hemos añadido uno más; el de D. Luis Gestoso, que es muy de tener en cuenta cuando de los profetas se hace tan poco caso. Unos y otros coinciden en que se acercan los días del establecimiento de un imperio universal federativo y mantenedor de la paz del universo. He ahí el imperio del príncipe á quien los profetas llaman GRAN MONARCA.

Fin de una monarquía.—Paso de una república.—Principio de un imperio (1).

En el artículo anterior hemos dado algunos pronósticos nuestros, relativos á la paz y al imperio universal, seguidos de la preciosa confirmación que les da el magnífico discurso académico de D. Luis Gestoso. Vamos á ratificarlo todo aquí—siquiera varíe un poco la forma de presentarlo,—con la indiscutible autoridad de un autor eminente.

Saben muy bien nuestros lectores que estamos repitiendo hace años, en gran parte de nuestros escritos, que Alfonso XIII se va; que la república masónica viene; que España es el pueblo providencial y llave histórica de los destinos del mundo; que en España se ha de ventilar la próxima y sangrienta contienda de las armas europeas; que España ha de dar la paz al mundo, con el hombre providencial que Dios destinó á reparar los estragos de la impiedad dominante y de la guerra europea; que España ha de ser la metrópoli de un imperio universal; y que nin-

(1) Artículo publicado en *La Señal de la Victoria*, núm. 3=15 Octubre 1903.

gún partido es llamado á conseguir esa inmensa victoria, sino el ejército católico peleando bajo la bandera de la santa Cruz.

Sería demasiado largo el citar los textos: pongamos solamente dos ó tres de los comentarios sobre el libro IV de Esdras, que son los que más hacen hoy á nuestro intento:

«*Breve reinado de Alfonso XIII.*—Desde aquí es futuro lo que nos va á decir el Profeta. Viene el reinado de Alfonso XIII, y muy luego desaparece del gobierno hasta la sombra de catolicismo; ya no quieren los imperantes ser católico-liberales; son liberales á secas, pero liberales furiosos contra la Iglesia. Lucha la república; pero no vence hasta que sobrevengan los acontecimientos que se anunciarán al principio del capítulo XII. Antes aparece ya la figura del Gran Monarca, simbolizado por un león: es un símbolo; pocos entienden la realidad simbolizada». . . . .

. . . .

«Mas levantándose la demagogia en virtud de la falsa cabeza de soberanía ó derecho popular, y por otro lado, clamando todas las personas sensatas para que cesase la gran impiedad de los ministros de Alfonso XIII, prevaleció la república; el derecho de la fuerza triunfó de la fuerza del derecho; la revolución del orden; la demagogía de la monarquía; en una palabra, la cabeza de la fuerza devoró lo poco que nos quedaba de legalidad razonable, quedando España á merced de la masonería anárquico-socialista. Ningún partido se halló apto para salvarla». . . . .

. . . .

«Mientras el Gran Monarca, figurado por el león salido de la selva, apostrofa al águila ó monarquía española con la santa y sublime ira que nos ha descubierto el último § del capitulo XI, triunfa en España la masonería *libertaria* con título de república; lo cual, según una profecía que ya conocen nuestros lectores, será la señal de que empieza la subversión europea, como lo fué en 1869 con la *Tripartita liberal*, que tuvo la forma y todos los malos hechos de las peores repúblicas sin tener el nombre. Los tiempos que vienen serán muy semejantes á aquellos... Esdras ve á España convertida en un infierno. No hay carlistas ni alfonsinos que la salven: el Profeta se sobrecoge, teme, duda hasta de la misión á que se conoce llamado; pero acude á la oración, instando al Señor para que le dé valor é inteligencia, ya que le ha distinguido confiándole tan ardua misión, y el Señor le atiende».

Pues bien; si de una autorizadísima confirmación más necesitaban estas previsiones, esa se la dió hace poco un varón eminente en sabiduría, honor de las ciencias eclesiásticas y de las patrias letras. Es el muy ilustre Sr. Dr. D. Ramiro Fernández Valbuena, amigo nuestro queridísimo y venerado, Canónigo Penitenciario de la Santa Iglesia Primada y Prefecto de Estudios del Seminario-Universidad de Toledo.

Este preclaro autor de *Egipto y Asiria resucitados* y de una multitud de obras á cuál más importante, en la última que ha publicado—*La voz de la Iglesia Española*—desarrolla los indicados asuntos con relativa brevedad, pero con una lucidez tan grande como suya, y entre mil cosas que recomendamos vivamente á nuestros amigos, dice lo que copiamos á continuación, con sus propias notas:

«¿Qué sucederá con D. Alfonso XIII? No es difícil predecirlo, y desde luego puede cualquiera afirmarlo sin ser profeta. A D. Alfonso le solicitarán los masones, como solicitaron á su padre y á su abuela y á su bisabuelo, *instanter, instantius, instantissime;* y desde muy pronto comenzarán las solicitaciones. Entonces D. Alfonso aceptará ó no aceptará; pero en un caso ó en otro el resultado va á ser igual, ó casi igual, para la Iglesia y aun para la sociedad. Nos complacemos en creer que ha de echar enhoramala á los tentadores, y para ello nos fundamos en la educación religiosa que ha recibido de su madre y sus maestros; pues todos ellos han sido varones piadosos, aunque quizá no con aquella piedad robusta que Doña Blanca de Castilla infiltró en el ánimo de su hijo Luís IX (el Santo), á quien decía que quería mejor verle muerto que cometiendo un pecado mortal; ni con la piedad varonil de Doña Berenguela, quien enseñó á San Fernando á llevar la leña para las hogueras en que se quemaban los herejes; ni siquiera con aquella otra verdaderamente española, que decía no querer reinar si había de ser sobre enemigos de Dios, como más de una vez repitió Felipe II; antes bien, tememos que las máximas de la piedad en que fué educado D. Alfonso XIII se hallen contenidas virtualmente en la frase de su padre Alfonso XII, «católico como nuestros antepasados y liberal como nuestro siglo». A pesar de todo, confiamos en que Don Alfonso no se dejará seducir ni por los halagos ni por las amenazas de la secta masónica; ya que ésta, si no bastan los pri-

meros, recurrirá á las segundas segurísimamente, como suele hacer, imitando á los emperadores gentiles en su luchas con los mártires cristianos.

Esperamos, pues, confiadamente que D. Alfonso no se dejará engañar ni intimidar. Ahora bien; sucederá que si no pueden prenderle en las redes masónicas, la secta no parará hasta haberle destronado, como hizo con su abuela, si es que antes no le hace llegar al valle de las acacias por medios violentos, según lo intentó con Isabel II. Mas si, por desgracia suya, D. Alfonso se dejara prender en las redes masónicas, no por eso había de verse libre de las caricias de sus hermanos∴; porque en el instante en que quisiera sacudir su yugo ignominioso, habrían de tomar de él terrible venganza, ó destronándolo ó matándolo, según hicieron con Gambeta desde el momento en que dejó de obedecer las órdenes emanadas de las logias.

Hay en España dos partidos (1), mejor diríamos, dos fuerzas que se disputan el predominio en la sociedad, que luchan desesperadamente hasta que una de ellas sea por completo aniquilada; dos fuerzas que no se conforman con ganar una ni muchas batallas, porque no desistirán hasta haber ganado una de ellas la campaña. Estas dos fuerzas son: la Iglesia Católica, por un lado, y la Sinagoga de Satanás por otro. Cierto que la lucha no es peculiar de España, sino común á todo el mundo civilizado; pero no lo es menos que ambos combatientes esperan triunfar en definitiva si logran el triunfo en nuestra península, *donde se han resuelto todas las crisis sociales (2).*

---

(1) Las demás agrupaciones que con el nombre de partidos pululan entre nosotros, no merecen que se las tenga en cuenta ante la magnitud de las dos fundamentales de que se habla en el texto; ni conservadores, ni fusionistas, ni demócratas, ni republicanos, ni monárquicos, ni carlistas, ni integristas, ni alfonsinos, ni ninguna de tantas fracciones en que se hallan divididos los españoles, tienen importancia alguna fuera de las dos grandes síntesis de católicos y acatólicos; y solamente pueden significar algo en cuanto que con sus fuerzas aumenten la de uno de aquellos fundamentales centros de acción. Ya no es la lucha de menudencias; se trabaja por la victoria definitiva entre el principio bueno y el principio malo; entre Jesús y Belial, y no hay medio hábil de sustraerse á los hechos, porque no cabe neutralidad y hace mucho tiempo que está escrito: «El que no está conmigo está contra mí: el que conmigo no recoge, desparrama».

(2) El templo de Jano no se cerró hasta que Augusto dominó los astures en la batalla del Astura (Esla), apoderándose de Lancia. Los primeros bárbaros que constituyeron un reino estable y se asimi-

Véase cómo se expresaban los masones en 1884, según publicó la *Gaceta de Francia* y reprodujo *La Fe*, periódico de Madrid, en 26 de Marzo del mismo año: «Estando presentes los delegados de todos los países, se ha decidido en asamblea general de las logias lo que sigue: «Descristianizar á Francia por todos los medios, pero sobre todo ahogando poco á poco el catolicismo por medio de leyes contra el Clero, y llegar así hasta la clausura de las Iglesias (1).... En España, pueblo fanático y amigo de curas; pueblo cuyo fanatismo ha sobreexcitado la guerra civil, es preciso.... procurar la desconsideración del clero por todos los medios, imputarle crímenes, incendios.... Los miembros de los parlamentos y de las logias deben viajar y hacer propaganda (2). *Los socialistas alemanes y los nihilistas aseguran que, una vez consumada la revolución en España, será indestructible»*. Eso mismo había dicho la *Suprema Venta Carbonaria* en 1822, y sin duda de sus hermanos carbonarios tomaron le receta y la confesión los masones en 1884.

En España, pues, se va á dar, ó mejor dicho, se está dando la gran batalla, y *aquí se resolverán nuevamente los destinos*

---

laron la civilización cristiano-latina fueron los visigodos. Los que dieron el golpe de gracia á los árabes que amenazaban concluir con la civilización cristiana, fueron los españoles. Los que detuvieron el ímpetu de los turcos que parecía irresistible, no otros fueron sino los mismos españoles; el protestantismo se estrelló contra los Pirineos, sin poder llegar hasta nosotros; y por último la revolución francesa aquí sucumbió, cuando toda Europa callaba en presencia del corso. Claro está que sería una vanidad necia atribuirnos este papel de vencedores en las crisis supremas, si prescindiéramos del orden providencial que rige y gobierna el mundo. Pero no prescindimos, sino al contrario, en él fiamos, como confiaban nuestros padres, que solían decir: «A Dios rogando y con el mazo dando».

(1) Eso es precisamente lo que en estos momentos (22 de Mayo) piden á grito pelado los radicales franceses; la clausura de los templos católicos. «Cerrad todas las iglesias», grita *La Lanterne*; «perseguid al cura como á un enemigo mortal», barbota el diputado Dumont en una reunión política de Rouen. ¿No se ve aquí el cumplimiento de los deseos masónicos expresados en 1884? Por su parte el Gobierno francés ha mandado cerrar todas las iglesias que él llama «no concordadas», incluyendo en ellas hasta los oratorios de particulares.

(2) También estos dos puntos del programa se cumplen entre nosotros con los viajes de propaganda emprendidos por las provincias españolas por varios miembros influyentes de la masonería y del Parlamento, y con la ayuda de algunos masones franceses, venidos exprofeso para ese fin. Respecto á imputación de crímenes al clero, bastante hemos dicho.

de la humanidad. El programa masónico se va cumpliendo al pie de la letra. Las inicuas leyes francesas contra las congregaciones, los atropellos contra el Episcopado y el Clero, la agitación italiana con motivo del divorcio, la que en nuestra casa tuvimos hace poco con el nombre de clericalismo, no son sino etapas de una misma jornada, escaramuzas que preceden siempre á los grandes combates, ensayos de movilización de las fuerzas que se quiere arrojar contra la Iglesia. Agréguese á todo esto el movimiento huelguista, excitado y apoyado por la masonería, que tiene en continua alarma á los ciudadanos pacíficos, y se verá que no exageramos al decir que los actuales momentos de calma relativa (1) son como aquellos en que, después de comenzar una tempestad, parece que se serena el cielo, y entretanto llega el huracán y todo lo arrasa. Vamos marchando á pasos de gigante hacia la república masónica (2), que dará al traste con el trono de D. Al-

(1) El lector podrá explicarse lo que ocurre teniendo presente el siguiente *aviso* que dió á los H H.·. la *Revue Maçonique* en Noviembre próximo pasado, revista que dice entre otras cosas: «Con ocasión de las grandes reuniones masónicas, haremos observar cuán importante es el deber de la prudencia. *Una acción demasiado enérgica en las cosas del Gobierno puede perjudicar»* (pág. 70). De eso á proclamar á voz en cuello el fariseísmo como norma de conducta no va lo negro de una uña. Así se explica la parada en firme de monsieur Combes, al defender el presupuesto eclesiástico y la continuación del Concordato; y así se explican también otras varias paradas y contenciones. *¡La prudencia es una hermosa virtud!*

(2) Escribíase esto á principios de Febrero, y un amigo que entró cuando se terminaba el párrafo, soltó la carcajada al oir su lectura. Pero llegó el 25 de Marzo, y los republicanos proclamaron en su asamblea de Madrid la jefatura única de Salmerón, cuando todo el mundo creía que no llegarían á entenderse, según había ocurrido otras veces. La impresión producida por aquella asamblea puede colegirse de lo que dice *El Correo Español*, periódico el más antirrepublicano quizá de cuantos se publican en España. En vista de lo que fué aquella reunión, escribió: «Los republicanos, uniéndose en una asamblea, formidable por su número y por su entusiasmo, con una unión que si en los intelectuales de la República parece inconsciente, por lo mismo que no tiene afirmaciones ni programa común, en las masas... en las muchedumbres, que seguían por instintos de destrucción y de odio, en esas es unión de entusiasmo, y de rencores al Trono y al Altar. ¡Y Dios sabe lo que pueden alcanzar esas pasiones desatadas contra un objetivo común, cuando los vientos de la cólera divina las empujan!».

Pues bien; cuando el amigo de referencia nos encontró en la calle después de la reunión republicana, nos dijo: «¡Me parece va á acertar usted en sus cálculos sobre la próxima venida de la República», contentándonos por nuestra parte con replicarle: *Majora videbis.*

fonso y moverá á la Iglesia fiera persecución, de la cual no pueden formarse idea los que no conocen los odios de Luzbel contra el Cordero; sin que sean capaces á detenerla ni el Gobierno actual ni los que le sucedan, aun cuando el rey haga esfuerzos inútiles, por lo tardíos, y salga á la defensa de la Iglesia Católica.

Purificada la atmósfera y satisfecha la divina justicia, brillará espléndido el sol sobre nuestro horizonte y la sociedad entrará de nuevo en un estado normal desde hace mucho tiempo desconocido. ¿Por medio de quién? Esa pregunta es inútil, porque «Dios puede hacer de las piedras hijos de Abraham». Cualquiera puede ser instrumento de salvación en manos del Omnipotente; un pastor como David ó Viriato; un hospiciano como Jepté ó D. Juan de Austria (1); un sacerdote como Matatías ó Cisneros; un labrador como Gedeón ó el alcalde de Móstoles; una mujer como Débora y Judith ó Zaragoza y Pita; un príncipe como Zorobabel ó D. Pelayo. Sin gobierno y sin ejército quedamos después del Guadalete, y no faltó quien se pusiera al frente de los voluntarios que luchaban en Valencia, en Asturias y en Aragón; algunos fueron vencidos, pero otros vencieron y arrojaron la morisma al Africa. Sin ejército, sin dinero, sin rey nos hallábamos el año 8, y en todas partes surgieron como por encanto guerrilleros que declararon la guerra á Napoleón y lo derrotaron, haciendo repasar la frontera á las reliquias de sus numerosos y aguerridos soldados. ¿Por qué, pues, hemos de desconfiar ahora? No se acortó el brazo de Dios, y las energías latentes y medio atrofiadas por una política pésima de más de un siglo renacerán en nuestra raza y asombrarán de nuevo al mundo con sus heroísmos.

¿*Quando haec erunt?*, nos preguntáis. Y os respondemos con las mismas palabras con que el Salvador del mundo satisfizo la curiosidad de sus discípulos al dirigirle esa misma pregunta: «No pasará la presente generación hasta que todo eso tenga cumplimiento», y poco ha de vivir el que no lo vea. Es muy antiguo el principio de Física que dice: *Motus in fine velotior;* y al que compare la España de hoy con la España de hace veinte años, no le parecerá irracional y sin fundamento nuestra afirmación, antes bien la reputará como con-

---

(1) Ya comprenderá el lector en qué sentido usamos en el texto la voz *hospiciano*, que en su propia acepción no es aplicable á ninguno de los héroes citados; pero sí lo es en el sentido lato en que aquí se toma. De Jepté dice el libro de los Jueces que era *filius mulieris meretricis*, VI-1.

secuencia legítima de un cálculo que tiene á su favor todas las probabilidades».

Si alguno vacilaba todavía acerca de las predicciones de INMUNELDE, parécenos que ya no vacilará, una vez leídos estos preciosos párrafos del Sr. Fernández Valbuena.

A mayor abundamiento, no es sólo este ilustre escritor quien así piensa; lo que él dice está en la conciencia de todos los que saben pensar, siquiera sean contadísimos los que lo ven con tanta claridad como él.

¡Ea, hermanos...!

Ratificando lo sentado en el artículo *Profecías naturales*, repetimos que á veces los impíos son verdaderos profetas sin pensárselo, anunciando lo contrario de lo que pretenden anunciar. Así aconteció al pontífice Caifás cuando profetizó que convenía la muerte de Jesucristo.

El fourrierismo ha tenido algunos de esos profetas. Fourrier mismo predijo cosas muy notables, pretendiendo profetizar el triunfo de sus desvaríos sociales. Aun adelantó más que él su discípulo Jean Fournet, cuyo libro *Documents apostoliques et prophéties*, expurgado de sus errores fourrieristas, pudiera pasar tal vez por profético. Expurgando el final de su capítulo tercero *(Allons fréres)*, vamos á traducir algunos párrafos para cumplir con nuestra promesa de citar también predicciones de los sectarios. Alude á la restauración religioso-social anunciada por los grandes Profetas, la cual él creyó sería según las teorías de Fourrier, y dice á todos los hombres de orden:

«Ea, hermanos, haced un pequeño esfuerzo, volved un poco hacia la justicia, la ciencia, la caridad, y al punto el apostolado será salvo, y enseguida la gran ley, la ley santa, la ley suprema y providencial que el mundo espera cubierto de un sudario, esa ley fuera de la cual no hay salvación para

nadie, para nadie, esa ley dominará y transfigurará el mundo; y cuando quiera un puñado de hombres de genio, y sobre todo de corazón, se levante, veremos el reino de Dios en la tierra, el reino de la justicia, de la verdad, de la fraternidad.

»Van á ser inauguradas, hermanos, las leyes que Dios debía dar á sus hijos y que les dió en efecto, leyes que ha tiempo se cumplirían si los hombres hubieran sido realmente piadosos; ahora serán entronizadas, si es que nos queda un resto de caridad.

»De esta suerte, hermanos, se consumarán las divinas promesas por las que el Cristo derramó toda su sangre, y serán acogidas las oraciones hechas por tantos pueblos durante tantos siglos, si es que conservamos un rayo de esperanza y de fe.

»Ea, hermanos, transfórmese ya nuestro grito de angustia en un cántico de resurrección social, en un himno de triunfo y de libertad; y confiando en Dios, confiando en vosotros, yo os saludo en nombre de la caridad. ¡Dios nos salve para que salvemos á la humanidad!».

Tal es la confianza que hasta los sectarios abrigan respecto de la próxima renovación religioso-social de las sociedades, renovación que no pocos católicos tienen por despreciable utopía, porque se desdeñan de considerar las leyes providenciales del gobierno de Dios, ó de la historia.

En lo que sigue se hallarán testimonios de otros enemigos de la Iglesia.

(*Luz Católica*, núm. 71=3 Febrero 1902).

Predicciones varias en confirmación de las profecías.

Leemos en el libro *Histoire du Schisme des Grecs*, del P. Luis Maimbourg:

«El Oriente está en grande expectación. Sus tradiciones le anuncian que un rey de los francos (quiere decir *latinos)* será á un tiempo su vencedor y su salvador».

—La siguiente la extrae Dujardin de un opúsculo dedicado en 1550 (tal vez sea 1480) al Rey de Hungría Matías:

«Los cristianos, movidos de un arrojo espontáneo, pasarán

el mar con tanta rapidez y con tan gran número de milicias, que parecerá que todos los cristianos hayan volado al Oriente. La fe de nuestro Señor Jesucristo, penetrando en todas las provincias del imperio oriental, hará cesar la religión mahometana».

—*Il Vaticinatore*, de Da Macello, copia de un periódico lo que sigue:

«El Oriente, hasta ahora inmóvil, está á punto de moverse, según lo afirma el testimonio de los misioneros. Un sacerdote francés que fué á la Abisinia dice que en todas las partes del Oriente en donde él predicó ó recorrió, se espera una revolución, y que la que aconteció en 1840 no era sino como el principio de este mismo grande acontecimiento.

—Es general en Abisinia, según se desprende del *Propagador de la fe* ó del *Journal d'Anvers*, del cual fué tomada la siguiente predicción:

«Un día la Meca, Medina y otras ciudades de la Arabia feliz serán destruídas, y las cenizas de Mahoma, cómo también las de sus partidarios, serán esparcidas á los cuatro vientos del cielo. Habrá un príncipe cristiano nacido en un país septentrional (respecto de Abisinia) que obrará todo esto y tomará al propio tiempo posesión del Egipto y de la Palestina.

—En el *Recueil chretien*, impreso en 1611 en París, se copia lo siguiente, tomándolo de otro libro impreso en 1561:

«Los turcos serán destruídos; se verán hombres que pasarán el mar en grandes flotas, y la Iglesia de Santa Sofía (en otro tiempo catedral del Patriarca de Constantinopla y convertida por el turco en Mezquita principal) será recobrada muy fácilmente y realzada con grande estima. El león salvaje (el turco) será conducido á la Madre Iglesia cristiana con un lazo de seda, y se hará una nueva reforma que durará mucho tiempo. Y el nombre del Emperador de los turcos no se oirá pronunciar más entre los católicos.

—Eugenio Boré, sabio viajero que habitó algún tiempo en Persia, refiere en sus cartas sobre este país, que es una antigua tradición difundida en el Kurdistán que van á llegar los tiempos en que la raza latina subyugará el Oriente y someterá á su domina-

ción los discípulos del profeta. En la opinión de estos pueblos, el islamismo es una señal no equívoca del fin próximo del mundo.

—Existe también en Damasco una predicción sacada de cierto libro árabe muy estimado de los turcos, titulado el *Gefer*, el cual anuncia que Constantinopla será en breve conquistada por los rusos; pero que será recobrada poco tiempo después por uno de los sucesores de Mahoma, el cual, «ayudado por los liberales de Europa, saqueará é incendiará á Roma». Añade este vaticinio que se levantará entre los cristianos un gran príncipe que reconquistará y restablecerá á Jerusalén.

—Se pretende que existe en la Mezquita de Omar, en Jerusalén, una tabla de mármol verde clavada en el suelo, que lleva la señal de diez y ocho clavos de plata que se miran como signos proféticos de ciertas revoluciones del mundo. Quince de estos clavos han desaparecido en quince grandes épocas anteriores á nuestra edad: los demás deben seguir á su vez, y cuando el último desaparezca, la plenitud de los tiempos habrá llegado y el mundo acabará.

—*La Semana Católica* de Montauban publicó la siguiente leyenda musulmana, que encierra una notable profecía:

«Los musulmanes cuentan que en el momento en que ellos tomaron á Constantinopla, un sacerdote católico, que estaba celebrando Misa en Santa Sofía, cogió el Santísimo para librarlo de profanaciones; pero que como no supiera á dónde huir, y anduviera vacilando, uno de los pilares de la inmensa basílica se abrió de un modo maravilloso ante él para ofrecerle un asilo, cerrándose inmediatamente.

«Según esa leyenda musulmana, el sacerdote continúa dentro de la pilastra, y aun suele hacerla oscilar, moviéndose de tiempo en tiempo; pero no puede salir de ella hasta el día en que le sea dado acabar su misa interrumpida, y aquel día el mundo entero será católico.

»En esto se encierra una alegoría preciosa, una imagen encantadora. Ha más de trescientos años que el culto público católico se interrumpió en muchos puntos del globo; pero el sacerdote permanece en todos ellos, conmueve de tiempo en tiempo el mundo, y muy pronto en el mundo entero no habrá más que un solo sacrificio, una sola religión y un solo Dios».

—Hállanse en la *Historia general* de César Cantú las siguientes predicciones mitológicas. Bajo el velo figurado del mito se encierra una profecía relativa á los tiempos presentes. Cantú la extracta del *Edda*, poema germánico y escandinavo.

«Vendrá un día en que los genios del mal prevalezcan, y entonces habrá tres inviernos, y hambres, y pestes, y homicidios y terremotos; se desbordará el Océano, y en su superficie ondeará el Neglefar, barco hecho de uñas de muertos (1), sobre el cual perseguirán los gigantes á los dioses. Midgard (2) ensoberbecerá las olas, y arrojará el veneno por los aires (3). Feuris (4) abrirá sus fauces, una de las cuales tocará en la tierra, la otra en el cielo (5). Lok (6) estará á la cabeza de todos, y Surtur (7) le seguirá. Asaltarán la fortaleza celeste (8); serán vencidos los dioses (9); arderá el mundo y los hombres perecerán. Entonces resucitará Balder (10); Allfaller (11) creará una tierra nueva, más risueña y agradable, y la iluminará un hijo del sol» (12).

—He aquí otro trozo que, bajo el mismo disfraz del mito ó simbolismo, encierra tradiciones históricas

---

(1) ¿Indicará esa figura la rapacidad despojadora de los hijos de siglo?

(2) La gran serpiente ó el mar.

(3) ¿Aludirá á la Inglaterra, y á futuras batallas navales?

(4) El lobo rapaz, hijo de Lok.

(5) ¿No habló Mr. Thiers de los lobos de la casa de Saboya? ¿No ha devorado dicha casa los Estados del rey de Nápoles, y de los Ducados de Italia representados por la tierra, y el Patrimonio de la Iglesia simbolizado por el cielo?

(6) El espíritu ó genio del mal.

(7) Esta palabra significa fuego y gigante; guerra colosal.

(8) Roma y los palacios del Papa.

(9) Príncipes de la Iglesia.

(10) Dios bueno y amable, principio del bien, idea de lo bello.

(11) El Ser supremo.

(12) ¿Querrá decir un príncipe, en estilo alto y sagrado? ¿Querrá decir un hijo del Mediodía? Esto parece lo seguro. Es el Gran Monarca.

y sociales relativas al porvenir y corrobora el primero.

«El fin del mundo, según la mitología de los Escandinavos, se llama el opúsculo del tiempo y de los dioses. Llegado aquel tiempo, todos los seres malignos, retenidos hasta entonces en prisiones, se desencadenan y rompen la guerra contra los dioses (1): un lobo se traga el sol, otro la luna (2), caen las estrellas del cielo (3), vacila la tierra y se desquicia hasta en sus fundamentos (4). Sacudiendo su letargo la inmensa serpiente del mundo (5), álzase de las aguas y viene furibunda á tierra (6). El lobo Feuris, hijo de Loke, rompe la cadena (7); la gran nave Neglefar, construída con las uñas de los muertos, viene sobre las crestas de las ondas. Loke capitanea los gigantes que habitan los montes de hielo (8) y los secuaces de Hela (9): Odín (10) sale contra el lobo Feuris (11), Thorr (12) contra la gran serpiente (13), Tyr contra Gaimir, el can infernal (14), Heimdarll contra Loke; pero aunque Gaimir y Loke caen, y el lobo Feuris queda muerto por Widar, hijo de Odin, los antiguos dioses son vencidos por obra especialmente de Surtur, quien con sus tropas, todas resplandecientes de fuego, cabalga sobre el puente Bifrort (15), con tanto ímpetu, que se le rompe de bajo. Un mar de llamas destruye el antiguo mundo, después de lo cual aparece una nueva tierra más bella que la primera, y habitada por los dioses resucitados y rejuvenecidos» (16).

---

(1) El clero.

(2) Recuérdense las imágenes del Apocalipsis.

(3) Dícenlo el Evangelio y Apocalipsis.

(4) ¡Qué verdad!

(5) El mar: la revolución.

(6) Grandes trastornos y desbordamientos de dicho elemento, ó sea de la revolución.

(7) Nueva semejanza con Satanás encadenado por mil años.

(8) Recuérdese á Bug de Milhos.

(9) Diosa de la muerte.

(10) El Dios de la victoria.

(11) Batallas terrestres.

(12) El Dios del trueno, el Júpiter de los Germanos.

(13) Batallas navales.

(14) Tyr es Marte.

(15) El Arco-Iris.

(16) Tal es el segundo trozo. Debe hacerse una advertencia importante. Los germanos vinieron á Europa, según los historiadores, del Kerman, país de la Persia. Siendo, pues, las tradiciones del maguismo muy semejantes á las hebreas, ¿qué extraño es que en la mitología de los germanos y escandinavos se encuentren algunas

—Keplero, el matemático famoso del siglo XVII, observando el cometa que apareció en 1604, compuso un eruditísimo libro, en el cual consignó las siguientes predicciones:

«Parece que se levanta en la tierra un nuevo Estado, á cuyo universal imperio se sujetarán un día todos los reinos que al presente están inquietos por las guerras, de tal modo que el mundo demasiado turbulento y feroz por algún tiempo, se apacigüe bajo la tutela del Gran Monarca».

«Son conocidos, dice también, varios vaticinios de los mahometanos, por los cuales se quiere probar que va llegando el tiempo en que ha de perecer su religión. Les parece á ellos que Dios ha querido indicar esto mismo con la aparición de la nueva estrella en Sagitario con el Sol y Júpiter, que ellos dicen favorecen á los cristianos, mientras que Marte favorece á los turcos, de lo cual se concluye astrológicamente la victoria total de la Religión cristiana contra la secta de los mahometanos».

—Justo Lipsio, en su libro de Constancia, después de haber demostrado que nada hay que tenga firmeza en este mundo, predice la ruina del imperio turco diciendo:

«Entrad vosotros también en este número, oh escitas, antiguamente vestidos de pieles, que hoy con el nombre de turcos gobernáis con poderosa mano y tenéis en ella las riendas del Asia y de la Europa. Mas vosotros mismos perderéis presto el lugar que tenéis y le dejaréis á aquella gente habitadora de allá del Occidente ¿Por ventura me engaño yo? ¿O estoy viendo que del Occidente nace y se levanta el Sol de un nuevo imperio?»

---

tradiciones hebreas sobre el Gran Rey temporal, disfrazadas con la máscara de los dioses y personajes simbólicos?

IV

El Deseado.

El Gran Rey prometido.

Nos parece que, después de leído lo anterior, no se dirá que los verdaderos Profetas andan solos y nosotros les hacemos decir lo que queremos. Sabios cristianos, oráculos infieles y personajes no católicos confirman á los Profetas. Si quisiéramos extendernos en este punto, llenaríamos un gran volumen. Basta lo citado; pasemos ya á leer predicciones más cristianamente concebidas que las últimas.

El título de *El Gran Rey prometido* no es nuestro; es de un autor francés muy estudioso y erudito en la materia, que lo puso hace poco en un artículo consagrado á la misma. En Francia, en Italia y otros países no se reputa cosa de ilusos el asunto del Gran Monarca; escritores ilustres, críticos notables, sacerdotes y legos hay en gran número que lo estudian y discuten maduramente, como nuestros lectores han podido ver en el curso de *Luz Católica*. Sólo en España, patria del Gran Monarca, es donde el estudio de esa materia interesantísima da título de iluso y visionario, por definición de los que sentencian sin conocimiento alguno de causa ó en virtud de sus pestilentes políticas de partido.

Abandonémoslos á su réprobo sentir, ya que no quieren entender, y veamos qué nos dice con el título precendente el citado autor francés. Apareció su artículo en la revista *L'Echo du Merveilleux*, correspon-

diente al 15 del que cursa; á continuación lo ponemos, traduciéndolo literalmente:

«Según dije ya en otro artículo que versaba sobre las profecías, la mayor parte de los comentadores ó intérpretes de estas profecías, sobre todo durante algunos de los años siguientes á 1870, quisieron reconocer en Enrique V al *Rey* prometido para salvar la Francia (1) y restaurar la Religión, creyendo que las desdichas y los desastres que nos abatieron con la guerra franco-alemana eran los que debían preceder inmediatamente á la venida del Gran Rey (2), y que Enrique V, que muchos creían era el úuico descendiente directo, autorizado, de la *Cape* y de San Luis, debía forzosamente subir al trono.

La muerte de Enrique V probó que estos intérpretes erraban en cuanto á la persona; y además, este príncipe no era el único descendiente de San Luis, y *él lo sabía* (3); otros había más directos. En cuanto á los males que padecimos hace treinta y dos años, eran casi nada en comparación de los que nos esperan (4).

Las profecías relativas al Gran Rey son muy numerosas en Francia, y hasta se ven algunas especiales para la Prusia y para Italia, que asimismo hacen mención de este Monarca (5) y le atribuyen la maravillosa misión de pacificador de los pueblos y restaurador de la Religión Católica en Francia y Europa.

---

(1) ¿La Francia nada más? Sería milagro que un autor francés no fundiese en los intereses de Francia los de todo el mundo.

(2) Por aquí se ve cuán general es la creencia en lo que tantas veces ha anunciado *Luz Católica*, esto es, en los grandes males de guerras, pestes, etc., que deben preceder á la restauración por el Gran Monarca.

(3) Otros lo sabían también; en los números 18 y 19 de este semanario dimos algunas pruebas. Quizá por eso Enrique V no quiso ser rey de Francia, pues fácilmente podía serlo.

(4) Véase la nota (3) de esta página. Por aquí se ve también lo que otras veces hemos dicho; que por aquellos años debían cumplirse las profecías, no con Enrique V, sino con Carlos VII; pero se aplazó su cumplimiento por causas de que ya nos hemos ocupado.

(5) Un francés no suele ser imparcial cuando se trata de España; aquí ni siquiera se la nombra, á pesar de que el Gran Rey debe ser Español y reinar en España, según probaremos hasta la evidencia con textos proféticos y deducciones rigurosas.

Entre todas estas profecías hay una cuya precisión me ha llamado especialmente la atención, bien que su origen es un poco obscuro, pues se hallan varias versiones de ella, tanto en latín como en francés de diversas épocas: los textos latinos parecen indicar incontestablemente un origen muy antiguo. Como quiera que sea, he aquí un sucinto resumen de dicha profecía:

«—Una noche que Hugo Capeto (987-996) meditaba sobre los negocios del reino de Francia, uno de cuyos principales feudatarios era, vió aparecer un venerable anciano, vestido de abad, el cual le dijo en tono severo: «¿Qué haces ahí?» Hugo respondió asombrado: «¿Quién sois vos, venerable Padre?»

»—Yo soy, respondió la visión, Valery, abad del monasterio de Leuconay; Dios mismo me envía para darte sus órdenes. El venerable confesor Riquier y yo hemos sido desterrados de nuestros monasterios y puestos en cautiverio por Arnoul, conde de Flandes, y Dios te ha escogido para que seas el instrumento de su justicia. No te detengas en arrojar pronto de nuestras dos abadías á los usurpadores que las han invadido, devuelve á ellas mis reliquias, haz volver allí los religiosos expulsados y reflorecer la antigua disciplina. Si lo cumples, te prometo de parte del Señor, quien se ha dignado escuchar las oraciones del bienaventurado Riquier y mías, que serás Rey y que tus descendientes ocuparán el trono de Francia durante siete (1) sucesiones».

»La visión desapareció, y poco tiempo después, Hugo Capeto llevó á cabo lo que se le había ordenado y luégo subió al trono».

Esta predicción de San Valery á Hugo Capeto no se ha realizado enteramente, pues hasta hoy la dinastía capetiana no ha tenido más que seis sucesiones, á saber:

1.ª Rama directa desde Hugo hasta Carlos IV, muerto sin sucesión (987-1326).

2.ª Rama de los Valois, desde Felipe VI hasta Carlos VIII, muerto sin sucesión (1326-1498).

3.ª Rama de los Valois, Orleans y Angulema, desde Luis XII hasta Enrique III, muerto sin sucesión (1498-1589).

4.ª Rama de los Borbones, de Enrique IV á Luis XVI (1589-1793) (2).

---

(1) Es notable el papel que juega en estas materias el número *siete*, lo mismo que en el Apocalipsis.

(2) De esta rama primogénita, pero anteriormente á Luis XIV, desciende el Gran Monarca, según los profetas y sus intérpretes, y para nosotros está casi fuera de duda que desciende de ella por el

5.ª Rama primogénita de los Borbones, desde Luis XVIII hasta la caída de Carlos X (1814-1830).

6.ª Rama Borbón-Orleans, en la persona de Luis Felipe (1830-1848).

Como se ve por esta enumeración razonada é histórica de la descendencia de Hugo Capeto, seis veces ha ocupado esta descendencia el trono de Francia; y para que la profecía se realice enteramente, es necesario que lo ocupe una vez más. Esto sucederá sin falta, porque todas las profecías declaran por unanimidad que el Gran Rey prometido será un descendiente de la Cape, y que por derecho de nacimiento usará el blasón de las flores de Lis. No hay, pues, duda en este punto: será de sangre capetiana (1).

¿Quién será este Rey? ¿De dónde saldrá? ¿Cuándo vendrá? Complicadas son estas cuestiones, y es difícil responder con gran exactitud (2).

En 1899 publiqué un folletito titulado: *Ce qui doit arriver au commencement du XXe siècle* (3); y en dicho folleto, siendo yo partidario convencido de la *Survivance*, esto es, teniendo por cierto que Luis XVII no murió en el Temple, daba á entender que uno de los nietos del Rey mártir (4), descendiente directo de la *Cape* y legítimo posesor del blasón flordelisado, me parecía que debía ser el Escogido, el Gran Rey prometido.

---

llamado «Máscara de Hierro». La rama española no es la primogénita. Todas las profecías la excluyen.

(1) Conformes; pero eso no prueba que haya de ser Rey de Francia, y menos francés: en casi todas las naciones de Europa hay descendientes de Hugo Capeto, y no pocos son desconocidos. La séptima sucesión de Hugo, que ocupará el trono de Francia, empezará con el Gran Monarca, á quien los profetas hacen Borbón y Austria. De cien profecías se deduce claramente, y la natural previsión de los sucesos lo confirma, que el Gran Monarca, español, será Rey de España, y luégo también de Francia: pero en Francia, arregladas las cosas, él mismo pondrá un Rey Borbón de la antigua sangre, no de la nueva, y este Rey, como todos, estará sujeto al imperio del Gran Monarca. Nada de esto han querido comprender los franceses.

(2) No lo es para nosotros; bien responderíamos, si fuera prudente afrontar ya los malignos comentarios á que con eso daríamos lugar.

(3) Fíjese el lector: *á principios del siglo XX.* He ahí una opinión respetable que deben tener en cuenta los que creen en el Gran Monarca, pero dicen que quizá tarde doscientos años en venir.

(4) Luis XVI. Los profetas hacen descender al Gran Rey de otros Borbones más antiguos que este, y al propio tiempo de los Austrias.

Desde la publicación de aquel folleto, que data ya de tres años, muchos acontecimientos han sobrevenido. He leído un crecido número de nuevas profecías, que sin modificar mis convicciones relativas á la *Survivance* de Luis XVII y á la legitimidad de los derechos (1) de sus descendientes hoy vivientes, han modificado por cierto un poco mis opiniones en cuanto á la *realización profética* en la persona de uno de estos príncipes (2); realización que parece presentar hoy dificultades casi insuperables, no sólo en el orden material (3), sino también en el orden espiritual (4), atendidas las palabras de los profetas (5).—VANKI».

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

El Rey necesario á España.

Los católicos, dígase lo que se diga, empiezan á sentir la necesidad del Gran Monarca; el terreno se va preparando sin que los hombres se den cuenta. He aquí, en prueba, el siguiente artículo que con el título que precede publicó hace medio año nuestro estimado colega *El Correo Católico*, resumen de las aspiraciones manifestadas por otros muchos colegas y de las cualidades atribuídas por los Profetas al Gran Mo-

---

(1) Este autor, como buen francés, olvida la *legitimidad de ejercicio* que en Francia nunca se tuvo en cuenta como en España.

(2) Nosotros también creímos algún tiempo que Luís XVII había sobrevivido á la destrucción de su familia y que uno de sus descendientes sería el Gran Monarca; pero estudiado bien el asunto, y aunque sin atrevernos á negar que los Naundorff ú otros desciendan de Luis XVII, nos pareció ver claro como la luz del día que el Gran Monarca no puede descender de éste, sino, en todo caso, de Luis XIII por «Máscara de Hierro».

(3) En efecto, las presenta suponiendo que el Gran Monarca haya de empezar en Francia; pero no si empieza en España, pues como vimos comentando á Esdras, y hace poco en el núm. 118 (pág. 1.031), su aparición y triunfo presentan caracteres muy naturales.

(4) Muchas presentan en ese orden, si el Gran Monarca hubiera de ser un Naundorff como el autor suponía, pues no parece que los Naundorff anden muy casados con el verdadero Catolicismo.

(5) Todos le hacen católico ardiente, de fe inmensa, de celo abrasador, y de otras virtudes que ni por asomo se ven en Borbón alguno conocido.

narca, según las expone *Luz Católica* desde su principio. Dijo así el colega:

«I.—¿Cuál Monarca desea y necesita la católica España? Necesita un Visorrey ó Vicario del Rey del cielo, defensor de la gloria de Dios y del bien común espiritual y material de los pueblos. España necesita un Rey amigo de Dios y del prójimo, única amistad que engrandece é inmortaliza á los Soberanos. Es error de Maquiavelos modernos creer grandes á los Reyes por sus tesoros y riquezas, por la extensión y copia de territorios, por el solo poder de la espada y del cañón, por sus honores, fuerzas y mundanal felicidad; todo eso podrá ser útil, pero no es lo que Dios estima y quiere en los Reyes, puesto que todo ello concede el Rey supremo y universal á los Príncipes buenos y malos, cristianos y gentiles. Mas su gracia y divina amistad regala solamente Dios al Rey su predilecto, su Virrey, su Vicario, al que se considera criado suyo, del Rey de Reyes, del Señor de los señores.

Necesita España y quiere Dios para tan desdichada Patria, *Rey que reine y gobierne* con justicia; que no lo mareen las alabanzas humanas; que no preste oídos al impío, ni á la rastrera adulación; que no se desvanezca en las alturas del Trono; que nunca olvide que es hombre mortal; que guarde en la mente su deber capital de dilatar y extender el Reino de Dios y derramar el bienestar sobre todos sus vasallos; que aparte obstáculos y quite trabas en el camino de la salvación eterna de las almas; que desenvaine la espada material para defender á la espiritual; que sea temeroso del Sumo Juez, inexorable con los poderosos, y, por decirlo todo de una vez, que muestre más encendido amor al Reino de los cielos que á su mismo reino temporal.

II.—Necesita España, y quiere Dios para ella, un Rey fácil para el perdón; tardo para la necesaria venganza y pena; armonizador entre la justicia y la misericordia; despreciador de codicias y ambición; limpio, casto y libre de inmundicias; señor de sí mismo; dominador del apetito y de las pasiones de bestias; indomable al yugo tiránico de la revolución; inclinado al sacrificio en pro de sus reinos; defensor del pobre y de la viuda; amigo de la verdadera ciencia; amantísimo del arte cristiano; martillo de errores y herejías, y entronizador incansable de la verdad. A un tal Soberano se ha de apellidar á boca llena, según San Agustín *(De Civit. Dei,* lib. V, capítulo XXXIV), feliz y bienaventurado: ahora con la corona perecedera del mundo, y después con la inmortal y perpetua del cielo. Y el Angélico Doctor de Aquino añade á este propósito, que el fin y premio de los verdaderos Monarcas ha de

ser, ante todo y sobre todo, Dios. *(De Regim. Princ.*, lib. I, cap. VIII). Lo cual es claro, por aquello del Evangelio: «Buscad primero el Reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura». Tenga, por tanto, el Rey de su parte á Dios, y no le faltarán prosperidad, ejércitos formidables, riquezas y victoria sobre sus enemigos.

III.—Pues, ¿y la razón que dicen de Estado? No la desdeñe nunca el Rey; pero no tome la falsa, sino la verdadera; no la del impío y librepensador Nicolás Maquiavelo, sino la de Jesucristo; no la que hace del Estado religión, sino la que forma de la Religión Estado: no la encomendada por políticos del siglo presente, sino la que á Reyes prudentes y gobernadores justos inspira Dios: no la que enseña la flaca razón humana, sino la que señala y predica la divina, la que principalmente estriba en el mismo Dios. El Rey necesario á España ha de saber y defender contra el mundo moderno, que sólo Dios funda, establece y conserva los Reinos; que reparte los cetros como le place y es justo; que los eleva, engrandece, amplifica y humilla conforme á su voluntad, siempre rectísima; y, finalmente, que el mejor modo de conservar y enaltecer un Rey su reino, es tener propicio y grato á Dios, respetar su Ley divina, que es la sola y única Religión verdadera; la cual El mismo mandó guardar y observar bajo pena de eterno castigo. Esta es la primera y principal razón de Estado que ha de tener ante sus ojos el Rey que necesita la patria de San Fernando. *Quis est hic et laudabimus eum?* ¿Quién es aqueste y le aplaudiremos todos? ¿El que acaba de empuñar el cetro del Rey prudente y de Isabel la Católica? ¡Ojalá! *Faciet enim mirabilia in vita sua?* ¿Hará cosas grandes la voluntad de Dios en su vida? ¡Ojalá!—J. F. M.»

Ciertamente, apreciable colega. ¡Ojalá!... Sí, ojalá no hubiera necesidad de luchar ya por otro, sino que el Rey necesario, el prometido, el Gran Monarca, fuese Alfonso XIII convertido; pero no lo será, *no lo será*, NO LO SERÁ. La vocación de España pide otro hombre, otro Rey, otra dinastía, otra casa, libre de manchas liberastras, de educaciones cortesanas y de historias de sangre...

¿Quién será, pues, el Gran Rey de quien necesita España? Evidente como la luz es que ese Rey ha de ser el enviado providencial á quien los Profetas llaman Gran Monarca, que aun siéndolo, ni tomará el título de Rey, ni será su corte como la de los Reyes,

ni vivirá con el fausto de los Reyes, ni será autocrático como los antiguos Reyes, ni parlamentario como los modernos Reyes, sino que en todo se conducirá como el citado colega dice, esto es, según el Corazón de Cristo Rey de Reyes. De todo esto hemos dado y daremos mil y mil pruebas de autoridad y de razón.

Pero debiendo el Gran Monarca dominar al mundo y reinar sobre todos los Reyes, ¿será verdaderamente español y tendrá su trono en España? *Luz Católica* ha probado hasta la evidencia que sí, ora con los Profetas canónicos y posteriores, ora con invencibles razones de autoridad; ya con la luz brillantísima que sobre la vocación de España arroja la filosofía de la Providencia y de la Historia, ya con lo admitido oficialmente por D. Carlos y el carlismo, según lo hemos demostrado varias veces, probando que la fe en el Gran Monarca es cosa de programa carlista, lo cual, á mayor abundamiento, volveremos á probar más abajo.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

Militar y Profeta.

Pero... ¿será D. Carlos? ¿será D. Jaime...? Estudiad las profecías, y ellas os lo descubrirán. Nuestro sentir ya consta; claramente lo hemos expresado en cien ocasiones, y fuertes razones hemos aducido. Hoy no queremos añadir más que la siguiente nota que Matías de Lacabe pone al final del capítulo 10 de su su libro *El Apocalipsis:*

«¿Quién será ese personaje enviado por el cielo en tan crítica situación del mundo, cuya voz propagará la prensa como el estampido de un trueno general, presentándose, al parecer, en traje militar, y revestido de la misión de un profeta? La humanidad presiente y suspira por la aparición de un hombre semejante, encargado de una *doble misión*; pero sólo Dios sabe á quién destina para su obra. Sí; un hombre fuerte y enérgico, según la expresión calificativa del profeta, cuya

presencia ilumine con la luz de la verdad la noche tenebrosa del error que cubre la superficie de la tierra, y cuya espada triunfadora ponga en orden á los pueblos y á los reyes, y afirme la sociedad ansiosa y sedienta de disfrutar de los dulces beneficios de la verdad, la justicia y la paz.

»Obsérvese, que los personajes designados en la revelación del profeta con el nombre de «estrellas que caen del cielo», son azotes terribles mandados por el mismo á la humanidad; y que los personajes designados con el dictado de «ángeles que descienden del cielo», son las más veces, si no todas, ó mensajeros de buenas nuevas, ó salvadores de la humanidad.

»Parece muy extraño y chocante á primera vista, aunque es muy conforme á la voz de la conciencia y del corazón, el que la Providencia encargue á un militar, por enérgico que sea su carácter, semejante misión. El traje militar que el lenguaje alegórico da al tal personaje, lo revela así, al parecer. No obstante, me hallo todavía algo perplejo sobre este punto Aguardemos el porvenir, que nos sacará en breve de la duda.

»El día 11 de Julio del año 1868, ha llegado por primera vez á mis manos la interpretación del Apocalipsis por el Venerable Holzhauser (1). Grande, por cierto, ha sido mi admiración, al ver que cerca de doscientos años antes refería Holzhauser este capítulo al mismo personaje á quien yo le refiero y hago su aplicación. El ilustre intérprete, hombre dotado de espíritu profético, llama al personaje objeto de la exposición el GRAN MONARCA. Grande debe ser, y grandiosa y trascendental su misión, cuando San Juan le consagra á él solo todo un capítulo de su Revelación».

Lacabe era un hombre de posición humilde, pero muy estudioso y previsor. Las previsiones de esta nota suya son verdaderamente notabilísimas. Treinta y tres años hace que escribió el final de ella y casi treinta que la publicó en su obrita *El Apocalipsis* (2), editada durante la guerra carlista. Sin embargo, Lacabe no hace alusión alguna á D. Carlos, aunque entonces estaba éste en el apogeo de sus armas; y por

---

(1) Véase arriba, cap. II, art. IV.

(2) Madrid. Imprenta de la viuda é hijo de D. E. Aguado. 1875. —Hace sólo tres semanas que conocemos este trabajo; nos lo dió á conocer D. Cecilio Gasca, librero de Zaragoza, que nos lo envió por correo, sin que antes de esto nosotros tuviéramos la menor noticia.

otro lado, no parece sino que él nos copia, ó nosotros á él, tanta es la conformidad de pareceres é inteligencia de las profecías que hay entre él y nosotros.

Esperaba Lacabe que la duda sobre quién fuese el Gran Monarca se aclararía en un *breve porvenir*; y en efecto, todo parecía concurrir para que muchas profecías se realizasen por los años de 1870 y siguientes (pocos después de la fecha de su nota), según otras veces hemos descubierto; pero por nuestros pecados y por los altísimos fines de la Providencia, se aplazó el tiempo del gran Enviado, que según una profecía que citaremos, *en el año 1858 estaba próximo á nacer*, y en nuestros días es cuando todo se prepara asombrosamente para que las profecías tengan un exacto cumplimiento.

Y noten bien los lectores cuánto concuerdan las previsiones de Lacabe con lo que nosotros hemos dicho, sea copiando á los profetas, sea comentándolos, sea en virtud de nuestras propias reflexiones:

1.° El Gran Monarca debe venir durante una muy *crítica situación del mundo.*

2.° *La prensa propagará su voz; él iluminará con la luz de la verdad la noche tenebrosa del error;* esto es, será un adalid de la pluma, como anunció San Francisco de Paula.

3.° Además de esta misión, siendo *doble* la suya, tiene confiada otra, como es la *militar*, para que con *su espada triunfadora ponga orden á los pueblos y á los reyes.*

4.° Que además de todo esto, es *profeta*, aunque él no lo sepa, bien porque realmente profetizará algunos sucesos, bien porque en su misión de propaganda escrita éntre la de explicar las profecías y señalar su cumplimiento.

5.° En varias ocasiones hemos expresado nuestra opinión (convicción deberíamos decir) de que el Gran Monarca será un Sacerdote, y expuesto las firmes

razones en que nos fundamos; y Lacabe, si no dice lo mismo, lo sospecha, pues le *parece muy extraño que la Providencia encargue tal misión á un militar,* y se queda *perplejo en este punto.*

Los engañados por el perverso espíritu de la política moderna, y más los del carlismo oficial, hacen hoy befa de todas estas cosas que antes de la guerra creían con la fe del carbonero; y ellos, que tan amantes de España se fingen, búrlanse hasta de la vocación de España y nos tachan de ilusos y maniáticos cuando les probamos que España es la llave del mundo y la que ha de resolver la próxima y horrorosa contienda europea. ¡Degenerados hijos son esos que se burlan de las glorias de su madre!

Yo no me aventuro, dígolo con toda conciencia, no me aventuro asegurando á los carlistas de Causa, que *ellos son principalmente los que lucharán bajo la bandera del Gran Monarca* para poner nuestra Patria á la cabeza del mundo. Antes han de pasar por el desengaño, y éste vendrá. Con Esdras dijimos cómo ha de venir.

Por de pronto, ya no es sólo *Luz Católica* quien anuncia que tendremos que luchar con Inglaterra, y que Portugal nos dará motivos de invadirlo y anexionarlo á la Corona de las Españas, de lo que no poco se burlaron, al leerlo, nuestros desdichados censores carlo-oficiales. En *La Correspondencia de Valencia* de 20 de Agosto de 1902 leí el siguiente telegrama:

«*El País* dice que los ingleses van tomando posiciones en nuestra Península, convencidos de que *en su suelo se han de ventilar con las armas en la mano los futuros destinos europeos.* Ahora tienen en estudio el modo de utilizar dos campos atrincherados de Portugal, fronterizos con nuestra Península».

Los sucesos posteriores coinciden con estas miras. Desengáñense los que no ven más allá de su nariz, los que ni siquiera vislumbran eso que no se escapa á la prensa impía, los que se contentan con un míse-

ro trono levantado para su Rey sobre las ruínas de la Patria, y con ellos los impacientes que desconfían porque el desenlace no viene pronto; las cosas sucederán como dicen los profetas, no como dicen los políticos y los incrédulos; y vendrán cuando los razonadores vulgares y los desconfiados menos las esperen. ¿Acaso exigirán á Dios que obre como los hombres?

Cuando llegue la hora, y nò tardará, una débil mujer puede dar el triunfo á toda una nación, como os lo pueden decir Santa Genoveva y Juana de Arco; porque cuando Dios ayuda, las piedras se convierten en formidables castillos.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

CAPÍTULO IV

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LA INMINENCIA DE LOS ACONTECIMIENTOS

CAPÍTULO IV

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN LA INMINENCIA DE LOS ACONTECIMIENTOS

I

Para instrucción de muchos.

Contestación á una dificultad.

Acabamos de recibir la siguiente carta, á que con gusto contestamos:

«M. R. P. Corbató: He leído con fruición la defensa que hace de V. el Sr. Castillejo, como pronosticador de lo futuro en un orden determinado de cosas, y acabo de leer lo que acerca de lo mismo le escribe desde esta ciudad condal el señor J. R., que V. publicó en el último número. Pero yo desearía algo más, porque multitud de lectores lo desean como yo, y es que V. nos explicase en la revista dos pasajes de sus *Memorias y pronósticos*, que parecen dejarle á V. en mal lugar como profeta. Los pasajes son los siguientes:

«El año 1901 acabará con más gloria y menos lágrimas que los tres anteriores». (1 Enero 1899).

«No será de siglos ni de muchos años nuestra lucha, pues á los dos resonará la trompa épica de la victoria». (31 Marzo 1899).

Pidiéndole me dispense, y al mismo tiempo que me atienda, soy de V. con la mayor consideración S. S. y admirador Q. B. S. M.,—UN SUSCRIPTOR».

Más que suscriptor *nuestro*, me parece el autor de

esta carta un discípulo de aquellos que llamaban á Jesucristo *Maestro* y le ponían dificultades, no para conocer la verdad, sino *ut caperent eum in sermone*; para ver si podían cogerle por sus palabras. Tengo motivos más que sobrados para pensarlo así; pero, en fin, voy á contestar, en prueba de que agradezco se me lleve al terreno de la disertación formal, así el proponente sea un *Vindex* algo reformado, y así fuera un *Eneas* no reconciliado con la lógica.

En primer lugar, una cosa es que yo haya recibido del Altísimo Dador de todo bien cierta luz para filosofar según las leyes de su Providencia y comprender por lo presente algo de lo futuro, y otra muy diferente es que tenga inspiración profética.

Tener ésta, ni significaría mérito por mi parte, pues el don de profecía es una gracia *gratis data,* ni probaría que no soy hombre pecador, porque á los mayores pecadores puede el Señor comunicar ese don, y de hecho lo comunicó algunas veces; pero es el caso que, ni he pretendido jamás ser profeta, ni hallo en mí señal clara que pueda indicarme haber recibido ese don. Si fuera profeta, lo sería sin saberlo.

Soy, pues, un mero amante de juzgar según la filosofía de la Providencia; y si bien es verdad que la lógica humana puede descubrir en eso algún mérito mío, por mis constantes estudios y mi penoso trabajo, más lo es que todo esto me serviría de nada si la luz de la fe no alumbrase mis tenebrosas ignorancias. Así, pues, *soli Deo honor et gloria.* Todo lo bueno es de Dios; *ego autem in iniquitatibus conceptus sum.*

Esto supuesto, ¿qué tendría de particular que yo me equivocase, no sólo en los dos pasajes acotados, sino en dos mil más? ¿Por ventura soy algún infalible? O ¿acaso escribí aquello ni otra cosa alguna en tono de profeta, para que se me creyese *velis nolis?* Lejos de eso, siempre he pedido á mis lectores que me dejen mondo y lirondo en mi mísera esfera; que me crean

si hallan fundadas mis previsiones, y si no, que no me crean.

Mas el caso es que de los dos pasajes citados, el primero se ha cumplido y el segundo se cumplirá Dios mediante. ¿Acaso el 1901 acabó dejando en pos de sí tan larga hilera de ignominias y deshonras como los tres precedentes? Pero nótese que no es esto lo que yo traté de anunciar, sino otra cosa menos fácil de comprender y harto más gloriosa; y ésta se verificó, sépalo el anónimo proponente, se verificó. No debo decir hoy cuándo, ni qué, ni cómo fué, bien que más de cuatro lo han visto claro; pero si algo puedo decir, es que fué una cosa ó muchas cosas análogas al «*cayeron los contaminados*» de la carta titulada *A mis hermanos carlistas*. Un día veremos cuándo empezó seriamente la restauración de España.

En cuanto al segundo pasaje, ¿soy ó no soy profeta en concepto del proponente? Si no lo soy, no tiene por qué preguntarme; piense lo que quiera de mis pronósticos, que á mí me es igual. Con todo esto, al suponer que me equivoqué, supone también conocer cuándo empieza la fecha de los dos años, que á su juicio debió de ser el mismo día de formular el pronóstico, y entonces es claro que falla la predicción; pero la frase «no será de *muchos años* nuestra lucha», podía darle algo que pensar sobre la fecha de partida. ¿Por qué, v. gr., no parte de la jura de Alfonso XIII?

Y si me considera profeta, con más razón debiera no preguntarme dudando; porque si soy profeta, he de hablar como profeta, y en ese caso no ha de ser tan y tan llano fijar una fecha que el texto no señala. Lo que entonces se debe hacer, es esperar los acontecimientos, y éstos dirán lo que el supuesto profeta da de sí.

Por último, téngase en cuenta que el texto habla de la *trompa épica de la victoria;* mas no dice si la victoria será ya consumada, ó solamente empezada, ó

sí sólo en España, ó también en otras partes. Para conocer la mente de un pasaje, hay que compararlo con otros que la explican; no sólo en el libro de las *Memorias*, etc., sino en todo libro.

En fin; si algo de providencial hay en este mísero, poco podrán contra él las críticas de los hombres; y si no hay nada, él sólo se irá cayendo con críticas y sin ellas.

(*Luz Católica*, núm. 119=15 Enero 1903).

A los impacientes.

Vayan nuestros lectores considerando los acontecimientos que se desarrollan en España y fuera de ella, y verán claramente como todo se prepara según nosotros hemos venido anunciando con los Profetas. Y para que no se impacienten por la tardanza del desenlace, sino que tengan esperanza en la Providencia del Sumo Gobernador que rige los destinos del mundo, pondremos unos párrafos del celebérrimo Padre Vieyra, lumbrera de la Compañía de Jesús. He aquí algo de lo que dice á los impacientes el sabio y venerable autor (1); tómenlo nuestros lectores como dicho por nosotros mismos, que más aplicación tiene hoy que tenía entonces.

«Paréceme, si no me engaño, que el discurso de esta apología nos ha consolado bastante de nuestra pérdida, asegurado nuestras esperanzas y defendido la verdad de mis promesas. Sólo restan ó pueden restar los escrúpulos de alguna incredulidad nuestra, y muchas de los extraños, á que debo satisfacer.

(1) Bien sabemos que este ingenioso intérprete de las profecías relativas al Gran Monarca erró aplicándolas á Portugal como buen portugués; pero no tanto como en sus escritos aparece á primera vista, puesto que Portugal formó y formará parte del reino de las Españas, y probablemente será teatro de algunos sucesos que las profecías anuncian. Hoy, siendo mayor el número de profecías que en tiempo del Padre Vieyra, y disponiendó de mejores elementos de crítica, es seguro que el ingenio del célebre Jesuíta no se cerraría en favor exclusivo de Portugal.

Y creo que no faltaré en dar justa satisfacción á unos y á otros, si cerrados los ojos á todo afecto particular, abrieren los oidos libres á lo que dictare y probare la razón.

Aun no había yo acabado de predicar (prometiendo la venida del Gran Monarca), cuando ya se quejaban algunos oyentes de que yo dilatase las felicidades que prometía. Confieso que á ninguno tocaba más de cerca esta queja que á mis años, pues todos los viejos nos podíamos despedir de ver aquella felicidad en nuestros días. En esta suspensión estuve, hasta que el mismo mirar y ver de los ojos divinos abrieron también los míos, y subiendo con la vista, siendo así que antes bajaba yo con ella, me mostraron el modo fácil y natural con que (la dominación del Gran Monarca por disposición divina) se puede luégo verificar en la tierra» *(La palabra del predicador empeñada y defendida).*

«*Spes, quae differtur, affligit amimam,* dice la Verdad Divina, y lo sabe y siente bien la experiencia y paciencia humana; aunque sea muy segura, firme y bien fundada la esperanza, es un tormento desesperado el esperar. Muy seguras eran las promesas de los antiguos Profetas; mas cansábase tanto el deseo en la paciencia de esperar por ellas, que venían á ser fábula del vulgo en Jerusalén (así lo son hoy de otro *vulgo*) las eperanzas de los profetas. Esperaron, reesperaron y desesperaron aquellos hombres, porque en muchas cosas de las que les prometían las profecías, primero se acababa la vida que llegase la esperanza.

Dejaron los padres en testamento las esperanzas á los hijos y los hijos á los nietos, y ni éstos, siendo entonces las vidas más cumplidas, llegaban á ver el cumplimiento de lo que tan largamente habían esperado. Lo mismo pueden argüir los que hoy viven con las esperanzas que yo les prometo. Grandes son esas esperanzas, mas ¿cuándo se han de cumplir? Por ahora sólo digo que no me atreviera yo á prometer esperanzas, si no fueran esperanzas breves (1).

San Pablo, aquel filósofo del tercer cielo, desafiando todas las criaturas, y entre ellas los tiempos, dividió los futuros en dos: *neque instantia, neque futura.* Un futuro que está largo y otro futuro que está cerca, uno que ha de venir y otro que ya viene; un futuro que mucho tiempo ha de ser futuro, *neque*

---

(1) No tenía el P. Vieyra las pruebas providencialistas, filosóficas, históricas, cronológicas y políticas que tenemos hoy de la proximidad de los tiempos; *Luz Católica* ha dado á conocer las principales. Entonces cabía error, hoy no cabe; hoy la crítica se rinde ante la evidencia; la que no se rinde es la necedad de los que niegan sin conocer el asunto.

futura, y otro que en breve ha de ser presente; *neque instantia*. Este segundo es el de mi historia, y estas las breves y deleitosas esperanzas que ofrezco. *Esperanzas que han de ver los que viven, aunque no vivan muchos años. Vivid, vivid, vosotros los que merecéis vivir en este venturoso siglo; esperad en el Autor de tan extrañas promesas, que quien os dió las esperanzas, os mostrará el cumplimiento de ellas*». (*Prólogo á la Historia de lo futuro*, cap. II.)

A los incrédulos.

No es mucho que nosotros, en cuanto á profecías, seamos reputados ilusos y se nos tome por objeto de mofas y sarcasmos, pues esa ha sido siempre la suerte de los profetas y sus creyentes, de lo cual el mismo Jesucristo se quejó amargamente á los judíos. El Padre Vieyra, pues, no podía sustraerse á esta ley general, y en consecuencia tuvo que escribir una *Carta apologética* de sí mismo. Entre los capítulos más notables responde á la quinta denuncia de sus émulos, y hay uno que prueba la miserable ignorancia en que viven los mofadores de profecías, pues las niegan sin enterarse de ellas como la fe y la sana razón exigen. He aquí la primera parte de dicho capítulo;

«*Quinta proposición.*—Que un Príncipe había de fundar un imperio á que había de obedecer todo el mundo: que había de convertir y restituír las diez tribus, de que no se sabe dónde subsisten. Otras cosas añade esta proposición; pero nada contienen de verdad, sino solamente en lo del Imperio universal, en lo cual muestra su gran ignorancia, calumniando un dicho *casi tan universal como el mismo Imperio*, por la multitud de Autores que lo afirman; de los cuales permítame V. R. poner aquí sólo sus nombres.

Esdras, lib. 4, cap. 11 y 12, á donde llama á este Emperador *Leonem evigilantem*, León que se despierta ó levanta, y dice que abrasará el imperio del Turco.

San Metodio, en el libro de sus Revelaciones, capítulo 17, en la antigua Biblioteca *Veterum Patrum*.

El Beato Amadeo en su Apocalipsis, *De Raptu, etc.* Cuyo libro se conserva en los herederos de la familia de los Silvas, hoy marqueses de Govea en Portugal.

Santa Sinada Egipciaca, Eremita, referida por Rotero en

sus Revelaciones universales, lib. 3, en la embajada de Paulo IV á Claudio, rey de los abisinios.

Ubertino, Abad hidruntino, en las profecías sepultadas con él, año 1272; por relación de Pedro Paulo Parato, Abad cusentino.

San Isidoro de Sevilla en sus profecías, por antiquísima tradición recibidas en España, que se conservan manuscritas.

Santa Brígida, lib. 5 de sus Revelaciones.

El Abad Joaquín, el Beato Cirilo y Telesforo eremita, los cuales refiere y sigue Rusticano en su compilación de los Profetas del Viejo y Nuevo Testamento, estampada en Venecia año de 1516, con licencia de los Inquisidores y del Patriarca.

San Egidio Lusitano, cuyos escritos andan en manos de todos, y se dice que se conservan los originales en la librería de Santa Cruz de Coimbra.

San Francisco de Paula en sus Epístolas impresas en italiano en Roma, año de 1655, y en español al fin de la crónica del mismo Santo.

Fray Nicolás Factor, referido por Francisco Navarro de Játiva, y por Fray Juan de Salazar en su *Política española.*

San Angelo Mártir, Carmelita, en su vida.

Teófilo Obispo, el cual refiere Rosales en sus Anotaciones astrológicas.

Hasta aquí los autores de conocida santidad. Los otros que por diversos principios prometen el mismo Imperio, y lo prueban ó procuran probarlo, son los siguientes:

Fray Juan de Salazar, Abad Benedictino, en la citada *Política española,* discurso último.

Fray Melchor Flavio, Minorita, *lib. de Regno Dei,* en la Epístola dedicatoria á Carlos IX rey de Francia.

Gerónimo Victrioto, veneciano, en la exposición del Angel fuerte que vió San Juan en su Apocalipsis, cap. 10.

Juan Charión, *in libello Chronicorum,* fol. 358.

El autor de la *Corona mística*, impresa en francés y dedicada al Sumo Pontífice; casi en todo el libro.

Keplero, *Tractatu de stella nova quae apparuit in Serpentario*, año 1604.

Justo Lipsio, *in Monetis Politicis.*

Gregorio Jordano, en sus *Tabellis de bello turcico,* Tab. 4 y 9.

Antonio de Sousa de Macedo, *in Apendice Lusitaniae liberatae.*

Juan Núñez de Acuña, conde de San Vicente, en su Panegírico en la Epístola dedicatoria del rey D. Alfonso VI de Portugal.

Pantaleón Rodríguez Pacheco, Obispo electo de Elves, é Inquisidor de la Suprema de Portugal, *in Expositione ad Innocentium X;* en la cual entiende de este Imperio y Emperador aquel lugar del Apocalipsis: *Peperit filium masculum, qui recturus erat omnes gentes in virga ferrea*». *(Carta Apologética)*.

Hasta aquí el P. Vieyra. Sin tener nosotros noticia de esto último, en *Luz Católica* hemos aplicado también al Gran Monarca y á España el citado lugar apocalíptico. Por lo demás, consúltese *Nuestro arsenal* y lo que con este motivo dijimos en el capítulo II, y se verá que poseemos muchas obras que el P. Vieyra no conocía, y muchas posteriores á el. Casi todos los autores que cita, ó sus extractos, los tenemos nosotros en cualquier volumen de las *Colecciones* allí referidas, y hemos reproducido parte de sus textos.

(*Luz Católica*, núm. 74=6 de Marzo de 1902).

II

En nuestro favor.

Impresiones (1).

Acabo de leer el núm. 121 de *Luz Católica*. Me ha impresionado muy agradablemente la APOLOGÍA DEL GRAN MONARCA (2) escrita por el P. Corbató.

Estoy enteramente identificado con su parecer en esta materia. Creo como un artículo de fe, que vendrá el Gran Rey, y obrará las maravillas anunciadas.

En las grandes catástrofes sociales, ha sentido el mundo la necesidad de un restaurador y libertador; y como el sentimiento ha sido universal, no ha podido menos de ser infundido por Dios, que así como nunca abandonó á las sociedades ni las abandonará enteramente, pues son obra de sus manos, así también infunde primero en las colectividades humanas el conocimento de su mal, y después el ansia del remedio; y al verse ellas impotentes para remediar el mal, acuden á Dios con la oración, y el efecto final del ruego humilde es venir Dios, aun por medios sobrenaturales, en su ayuda.

Atravesamos un período de desquiciamiento y *desequilibrio moral, social y religioso de los más es*pantosos que narra la historia. Hace más de medio siglo que España, y al presente el mundo entero, ansía un libertador, un restaurador del orden en todas las esferas.

Se ansía porque se conoce el mal.

(1) Artículo de D. Pedro Gómez Castillejo, Presbítero.

(2) Un corto estudio así titulado que publicó *Luz Católica* en dicho número.

Ese conocimiento y esa ansia universal no pueden menos de venir de Dios, que es el único que puede infundir un sentimiento universal. Luego es que quiere mandarnos el remedio; quiere darnos el libertador, el restaurador del orden, sin el cual no son subsistibles las sociedades.

No ha habido notables acontecimientos en los anales del linaje humano, hasta meramente sociales, que no hayan sido anunciados con antelación por el Criador á los Profetas. Por eso los acontecimientos que se avecinan, y que ya han empezado á verificarse, han de haber sido anunciados de antemano, si es verdadera la filosofía de la historia de la Providencia.

Y en efecto; que se han anunciado, nos lo demuestra el estudio de las profecías publicadas en *Luz Católica*. Mas si éstas no fuesen verdaderas, con seguridad deben existir otras ocultas, que nos importa mucho saber para nuestro gobierno.

Pero no; no hay otras, al menos distintas de estas en la substancia; porque si las hubiera, ya se habrían dado á conocer, puesto que las profecías no se dan para que se ignoren, sino para la edificación y bien de los pueblos, según consta de las divinas Letras. Si existieran, ya el Señor, Provisor universal, hubiera inspirado y movido á algún siervo suyo para que las hiciese conocer y explicase para aliento de los humildes y confusión de los soberbios.

Pero es el caso que en *Luz Católica* se está verificando este hecho, que no puede faltar en los planes de la Providencia. Luego las profecías de *Luz Católica* son las verdaderas; su interpretación es la genuína; el P. Corbató es el destinado por Dios para prepararnos á los terribles y grandes acontecimientos que nos amenazan, para disponer los ánimos á recibir al Gran Monarca.

Estoy íntimamente persuadido que el Gran Monarca vendrá, ó más bien, aparecerá, pues ya ha venido

hace unos cuarenta años, según las profecías; estoy seguro de que el plan trazado por el P. Corbató al Gran Monarca, venciendo á Francia, Alemania, Italia y al Imperio Turco, es el profetizado por Dios nuestro Señor; pues por lo mismo que es tan sencillo y de resultados tan asombrosos, no puede atribuirse á inteligencia humana, sino á la divina.

Cuando el Señor quiso redimir al género humano, excitó á los sabios al estudio de las profecías relativas al Salvador.

Estas profecías, que empezaron en el Paraíso terrenal y se siguieron en la sucesión de los siglos, son una historia completísima y minuciosa de la persona de nuestro divino Redentor Jesús; tan completa como si se hubiese escrito después de su muerte y Pasión santa.

Siendo este el modo de conducirse de la Providencia divina, nada tiene de particular, es lo natural, que el Señor haya revelado tantos pormenores acerca de la persona y vida del Gran Restaurador de los últimos tiempos, que todos reunidos nos den la historia completa de su porvenir.

Empezaron estas profecías en los tiempos del Antiguo Testamento, y se han continuado durante los siglos posteriores hasta nuestros días.

La oración aceleró la venida del Mesías; la oración de los profetas y justos de la antigua ley, y la oración, de un modo especial, de la Virgen María.

La oración de los justos, de las almas santas, están acelerando la venida del Gran Monarca; pero de un modo especialísimo, la oración de la Inmaculada Virgen María.

Pidamos, pues, españolistas, á la Virgen María, que con sus ruegos abrevie los tiempos, y consiga de su divino Hijo que aparezca cuanto antes el Gran Restaurador de España y del mundo.

Todo se va preparando para ese notable suceso;

al Gran Monarca le está el Señor labrando con la piedra de toque de la tribulación; pidamos por él y por su aparición rápida, para gloria del Señor y bien de las almas.

¿Por qué no hemos de unir nuestras oraciones para que sean más eficaces?

¿Por qué no nos hemos de convertir en apostóles de la oración, para conseguir el reinado del Gran Monarca, que preparará los caminos al reinado social de Jesucristo?

Unámonos, al menos los subscriptores y lectores de *Luz Católica*. Obliguémonos hasta que tengan efecto nuestros ruegos, á muy poca cosa, pero que es el todo, sin lo cual el Restaurador universal no se mostrará, á dirigir al Señor, por medio de la Imaculada Virgen María, una plegaria corta, diariamente, nacida del corazón.

Esa plegaria puede ser un *Ave María*, tres, un Rosario, una oración cualquiera; pero sería mejor la uniformidad, recitando todos la misma; p. ej.: *Acelerad, Virgen María, con vuestros ruegos la aparición del Gran Monarca,* seguida de un *Ave María*.

También pudiera admitirse otra hecha por persona competente, v. gr., por el mismo P. Corbató, presentándola á la aprobación de algún Ordinario, como está mandado.

Y puesto que la oración bien hecha es eficaz, procurando nosotros hacerla bien, el Señor nos oiría, siquiera por amor á su divina Madre, y nos haría ver al Gran Restaurador y nos daría por medio de él la paz y el bienestar apetecidos.

Voy á hacer otra proposición á los amantes de *Luz Católica*, que lo mismo que la anterior, se me ofreció la noche del día 5, después de leer algunos párrafos de la APOLOGÍA DEL GRAN MONARCA.

Es evidente que el Señor ha escogido al P. Corbató para dar á conocer é interpretar las profecías re-

lativas al Gran Rey; para darle á conocer, para señalarle con el dedo, como San Juan al Salvador; es evidente que está devorando amarguras sin cuento por este motivo, sólo por corresponder al llamamiento del Señor; ¿y no sería una obra de caridad excelentísima, hecha á tantos cuantos son los que han de resultar beneficiados con la venida del Gran Monarca, ayudar, animar al P. Corbató en las terribles luchas que tiene que sostener?

¿No es obra de caridad gratísima al divino Redentor dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, etc., tanto que á estas obras de misericordia ejercidas con un pobrecito, deberán el ser llamados por el Eterno Juez «benditos de su Padre», y el ser coronados de gloria por toda una eternidad?

¿Pues cuánto más grata será delante del Señor, la obra de misericordia empleada en favorecer y ayudar á un Sacerdote tan querido del Señor, elegido por El para empresas tan heroicas, de cuyos trabajos depende el bienestar de España y del mundo entero? (1).

(*Luz Católica*, núm. 122=5 Febrero 1903.

El Libertador.

El semanario carlista de Granada hizo grandes elogios de los discursos pronunciados en el debate político (Noviembre de 1902) por el Sr. Nocedal, á quien llamó «hombre de gran relieve, ferviente en sus ideas, de ingenio claro, frase elocuente é intención sutilísima»; añadiendo que el Sr. Nocedal «ha triturado al gobierno en la persona del Sr. Sagasta, y dividido la mayoría liberal».

Después citaba el buen colega un párrafo de dichos discursos, en el que Nocedal dice que hay *alguien* que

(1) Propone aquí el Sr. Gómez Castillejo un proyecto de tan eximia caridad como su buen corazón le dicta. Lo suprimimos porque, dadas nuestras especialísimas circunstancias, sería mal interpretado.

puede salvar á España; y el sobredicho colega tomaba pretexto de este párrafo para decir al Sr Nocedal que ese salvador no es más que Carlos VII, por lo cual debe Nocedal hacerse otra vez carlista. He aquí el famoso párrafo:

«Hay alguien en España que puede salvarla, y si no lo »hace, aunque la Constitución le cubra de irresponsabilidad, »será responsable. El ejército le sigue, y ese alguien podrá »seguir el ejemplo de los Reyes Católicos. Ese alguien podía »prescindir de los partidos, devolver á las regiones sus fueros »en vez de la libertad que disfrutamos, que sirve para que »disparaten varios filósofos y arruinen al país».

En vista de lo que de estas palabras pretendía sacar el colega granadino, respondióle el *Diario de Lérida:*

«Como se ve, hay en el campo carlista quien no se recata de aplaudir las campañas del Sr. Nocedal, haciendo justicia á sus grandes merecimientos. Buen síntoma.

Respecto á la persona aludida en el párrafo recogido y comentado por el apreciable colega andaluz, lo mismo puede ser, creemos nosotros, la que indica éste que otra cualquiera. Porque tratándose de la restauración religiosa, política y social de la desquiciada España, *no es lo importante quién la ha de hacer, sino hacerla.*

Quien la traiga, sea quien fuere y llámese como se llame, SERÁ RECIBIDO EN TODAS PARTES POR LOS BUENOS ESPAÑOLES COMO LIBERTADOR *y vivirá eternamente en su memoria».*

Conformes, caro colega, ¡muy conformes!

(*Luz Católica*, núm. 112=27 de Noviembre de 1902).

Dos Macabeos.

«De la boca de los pequeñuelos y de los que aun toman el pecho de la madre, Señor, perfeccionaste tu alabanza», dice el Salmista. Un niño de doce años, como Samuel, vale por muchos Helí que tienen 90. Literal de un niño de doce años es el articulito siguiente:

«Todo Israel prevarica por miedo á la muerte que llevan á

todas las tribus los sirios; ningún valeroso caudillo se levanta; ninguno hace resonar su voz para aprestar al pueblo á la batalla: todo se halla rodeado de tinieblas, de desolación y de ruina; y aunque hay algún fiel Eleazar, alguno que tiene aún respeto y amor al augusto nombre de Jehová, los demás yacen cual serpientes, en letargo espantoso. ¡Oh Israel, hasta dónde has llegado!... Pero ¿qué digo?... ¿tendrías tú, pueblo, que permanecer siempre en tinieblas?... No, no... Ya sonó la hora de la lucha en Israel; los hijos de Leví, obedeciendo al mandato del Macabeo, hacen resonar sus trompetas por todo el pueblo. Mirad á los hijos de Jacob cómo se aprestan para la batalla; mirad á un pobre sacerdote reunir alrededor de sí á los más valerosos. Se retiran al monte, y llenos de celo por la causa de Dios y de la Patria, declaran guerra sin tregua al sirio. Mirad, ya le presentan batalla, sonaron las trompetas, empezó el combate...

El valiente Macabeo lucha con un pequeño ejército; pero tiene el auxilio del cielo, y triunfará, sí...; el pavor reina en las filas enemigas, se disuelven, se dan á la fuga: huyeron.

El valor y hazañas de Judas resuenan en todo el mundo, alegrando á los hebreos y enfureciendo á los sirios, que ven vencidos á sus más poderosos ejércitos, á sus valientes capitanes: á Jasón, á Polonio, á Lisias, á Gorgias, á Nicanor y aun á sus reyes Antíoco y Seleuco.

Por fin venciste, Israel; ya eres libre...

Ciega nación, escucha la voz del Señor que te destina para ejecutora de sus grandes justicias. ¿No ves en el fondo de esa tenebrosa atmósfera que te rodea un iris de paz, una aurora de alegría?; ¿no lo ves? Quítate tu voluntaria ceguera; mira que vendrá en día no lejano Aquel que te juzgará, y entonces, ¡ay de tí, gobernador inicuo!; ¡ay de tí, súbdito degradado!

Pero tú, España fiel, no temas, pues ya se acerca el tiempo en que triunfes de tus enemigos y seas ensalzada hasta el fin de los tiempos; en que el nuevo Macabeo, al frente de los Crucíferos, te devuelva tu antiguo esplendor, tu antigua gloria».

(*Luz Católica*, núm. 19=7 de Febrero de 1901).

Esto se va.

Parece que los republicanos van á convertir en verdaderas profecías las predicciones de *Luz Católica* tocantes á la proclamación de la república en España.

«Esto se pone feo, muy feo», dice *Eneas* en su periódico; y es verdad, y más que feo se pone horrible, y nótanse los mismos, los mismísimos síntomas de odio revolucionario al Altar y al Trono que dieron al traste con Isabel II y desolaron la Iglesia de España.

«A Dios, mujer de York», decíamos con Aparisi, anunciando lo que empieza á ser realidad; y ahora añadimos con el mismo: «¡Esto se va, todo esto se va!... y pronto dirá toda España á coro: Esto se va, todo esto se va...»

Pero se va para que venga algo peor y haga abrir los ojos á muchos ciegos y desdichados, y enseguida venga la restauración prometida por los profetas. Uno de ellos nos dijo, no lo olviden nuestros lectores, que *la proclamación de la república en España sería la señal* de la guerra internacional que viene, del cisma que está á la puerta y de la paz que dará luégo el Gran Monarca.

«¡Esto se va, todo esto se va!, repetimos con Aparisi. Esto se hubiera ya ido si unos y otros no lo hubiéramos estado deteniendo, ó por mejor decir, si la justicia de Dios, valiéndose de unos y de otros, y para castigar nuestras increíbles miserias, no hubiera ido dilatando la tiranía sin nombre que nos agobia y la gran vergüenza que nos mancilla.

»De cuando en cuando ha dado un paso la revolución, y no parece sino que iba á hundirse en el abismo; nuestros pecados la han sostenido. Al notar esto, hemos dado el grito de alerta. Dos veces lo hemos dado, y vamos á darlo la tercera...

—»El que tenga fusil que lo guarde; el que no lo tenga, que se lo procure; porque amenaza el día de las grandes tinieblas, y habrá que defender la cuna de nuestros hijos y la casa de nuestro Dios, y habrá que salvar la Patria».

Esto dijo Aparisi, y los acontecimientos le proclaman profeta; esto dijo,—copiemos dos líneas de nuestro discurso sobre su españolismo,—esto dijo aquel gran español que soñó verdades aterradoras y vió visiones de profeta; aquel gran español que dijo y muchas veves repitió: «¡Esto se va, todo esto se va!»

Y aquello se fué, y lo que vino se irá también; y de entre las ruínas de esta España se levantará resplandeciente otra España más hermosa.

Por de pronto, vivan apercibidos los Religiosos y no se duerma el Clero secular: el monstruo de la persecución llama á golpe redoblado á nuestras puertas.

(*Luz Católica*, núm. 64=24 Diciembre 1901).

Del próximo triunfo de la República, nos ocuparemos algo más en el cap. VII, art. III.

¿Leyenda profética?

D. Emilio Fagoaga Avellán publicó en Valencia hace pocos meses una obra intitulada: *¿Se acerca el fin?* (1). Catorce señores Obispos, que sepamos, han aprobado y bendecido su obra: buen testimonio en favor de la misma... y de nosotos; porque el Sr. Fagoaga estudia en dicha obra la cuestión del Gran Monarca, concluyendo en pro de ella tan categóricamente como pudiéramos haber concluído nosotros mismos. Cuantas aprobaciones reciba el Sr. Fagoaga, aprobaciones son también de lo que nosotros defendemos.

Verdad es que el autor da el mote de *Leyenda profética* al conjunto de profecías que anuncian al Gran Monarca, y no como quiera, no así como se llaman *leyendas* las vidas de los Santos, sino en el concepto retórico ó cuarta acepción de la palabra, esto es, *relación de sucesos que tienen más de maravilloso que de verdadero, aunque se funden en algún hecho cierto, pasado ó futuro*; sin embargo, el mismo autor que toma por tales leyendas las profecías, no puede menos de reconocer que son éstas harto más que leyendas, pues confiesa que llevan al ánimo la convicción. Examinemos algún trozo de su capítulo XIV.

(1) Valencia.—1903—Tipografía Moderna, á c. de M. Gimeno, Avellanas, 11.

«En medio de las tristezas, dice, que en la época presente embargan todos los corazones amantes de la Fe, no faltan motivos de consuelo, *aunque no se hallen fundados en profecías recibidas como tales por la Iglesia, sino en leyendas y predicciones más ó menos atendibles*, que cada uno puede tomar en consideración, según el mayor ó menor grado de credibilidad que luego de estudiadas juzgue deber concederlas».

El Sr. Fagoaga, á quien no faltan conocimientos para el caso, creemos no debiera haber empleado las vagas palabras de «profecías no recibidas *como tales* por la Iglesia».

¿Cuáles son las que la Iglesia recibe «como tales»? ¿Las canónicas? Pues entonces ninguna merece fe, si no es del cuerpo de la Biblia. ¿Recibe algunas «como tales», además de las canónicas? Sin duda; pero ¿qué quiere decir «como tales»? ¿Refiérese á la aprobación en forma común? ¿Refiérese á la aprobación en forma especial, esto es, al común consentimiento de los Doctores, á los procesos en que se demuestra la verdad de esas profecías, á los de beatificación y canonización en que las profecías se admiten y pasan por el tamiz de la más rigurosa crítica, al fallo de los Sumos Pontífices, etc. etc.? ¿Refiérese á otra cosa que el autor no declara?

No lo sabemos; pero sabemos, y también el señor Fagoaga debe saber, que todas las profecías publicadas por él y por nosotros tienen la común aprobación de la Iglesia, y muchas de ellas gozan también de la aprobación especial (1). Es decir, que la Iglesia, aunque no pueda declararlas canónicas porque no se funda en ellas nuestra Fe como en las de la Biblia, halla las primeras conformes con el dogma y la moral y reconoce las segundas por verdaderas profecías, esto es, inspiradas por el Espíritu Santo, ó digámoslo así, «las recibe como tales». Y por no repetir lo que á

---

(1) Sobre esto nos extendemos en la *Crisis* de nuestra *Revelación de un secreto*. Véase dicha obra.

este propósito dijimos en los capítulos II, art. III; y III, art. I, allá remitimos al lector.

Así, pues, por lo que hace á las profecías aprobadas con aprobación especial, no hay «mayor ó menor grado de credibilidad» en cuanto á la inspiración profética, bien que puede haberlo en otros puntos; y por lo tanto, no es lícito en esta materia dejar al juicio de cada uno el tenerlas ó no por profecías verdaderas, «luego de estudiadias».

«Bueno es por lo tanto,—prosigue el Sr. Fagoaga,—que nos hagamos cargo de todo aquello que tienda á mantener nuestra Fe y á alentar nuestra Esperanza».

Cosa rara es esta. Las profecías son *leyendas*, tanto que la Iglesia no las recibe *como tales profecías*; pero sus autores y sus defensores nos las dan por verdaderas profecías, de donde resulta que atribuyen á éstas la inspiración que la Iglesia no reconoce; y no obstante tamaña arrogancia, son «motivos de consuelo» y tienden á «mantener nuestra Fe y á alentar nuestra Esperanza». ¿Cómo es esto?

Hace al Sr. Fagoaga traición su fe en las profecías. En los tiempos de brutal pedantería que atravesamos, suele ser necesario y laudable disimular un poco para no exponernos á los malos tratos de los ignorantes metidos á críticos. Eso es lo que hace dicho autor; disimular un poco, aunque es tanta su fe, que no puede ocultarla.

«Porque realmente, prosigue, si los augurios á que aludo se realizaran en la época presente, no nos deberíamos quejar de nuestra buena suerte al vernos destinados á presenciar y á tomar parte en acontecimientos de todo en todo admirables y grandiosos, como los que hay predichos: refiérome al reinado de *un Gran Monarca*, que ha de coincidir con el de *un Gran Papa*, y que parece pronosticado para nuestros, en tal caso, felices y dichosos días».

Fijándose bien en el espíritu de esre párrafo, se ve que está por encima de una simple leyenda «más ó menos atendible» lo que inspira al autor. Sin em-

bargo, éste vuelve al temor de descubrirse demasiado y añade:

«No voy á presentar esta leyenda á la consideración de mis lectores, sino á título de curiosidad digna de conocerse bajo el punto de vista de su *notabilidad extraordinaria* y como complemento de cuanto en este libro se ha expuesto: he creído que, teniendo como tengo noticia de ella y estando como está *mencionada en autores graves, por diversos conductos establecida y con uniformidad poco común en las materias de este género*, merece que la dediquemos un capítulo».

Compárense las palabas que hemos subrayado con la especie aquella de la leyenda más ó menos atendible que cada uno puede admitir ó no, según su juicio, y el fallo no será dudoso.

«Supónese, en efecto, prosigue, que... ha de suscitar Dios un Príncipe tan santo, tan sabio, tan valeroso, que obscurecerá con su don de gobierno á los más renombrados legisladores de todas las épocas, y que empequeñecerá con sus victorias y conquistas á los más afortunados guerreros de todas las edades, el cual Príncipe se constituirá en protector, amparador y defensor de la Santa Iglesia de Cristo, á la que dará una paz universal y soberanía perfecta en todo el mundo».

Está bién; pero debe advertirse que, según terminante profecía de San Francisco de Paula, ese gran santo habrá sido antes gran pecador; y que según de todas las profecías se desprende, cuando no lo dicen expresamente, la grandeza de este Príncipe no será sólo por sus grandes hechos, sino también por sus padecimientos grandes, aun después de llegar al colmo del poder en la tierra.

A seguido pone el Sr. Fagoaga textos de unas treinta profecías. Después levanta ya un poco el velo de su fe, y dejándose llevar gradualmente de su entusiamo y sinceridad, por fin se declara paladinamente contra todo cuanto antes ha dicho sobre la leyenda más ó menos atendible y dada «á título de curiosidad», y dice sin peros ni reparos:

«Me he limitado á exponerlas, dejando al lector que las juzgue libremente; aunque he de confesar que, por mi parte,

me parecen más verosímiles cada vez que las medito, y tengo mi *juicio formado* acerca de lo que ellas significan; y aun añadiré que.... tienen, á mi entender, *una fuerza incontrarrestable y un valor grandísimo, que llevan al ánimo el convencimiento de una probabilidad rayana á la seguridad más completa.*

«No insisto más, prosigue: medite cada uno de mis lectores con imparcialidad y con buen deseo, y seguro es que hallará entre todo lo que queda expuesto, algo y aun mucho que aprovechar. *Estudie las circunstancias que nos rodean, examine los personajes que hoy figuran en el confuso y nada ordenado campo de los católicos: Dios hará que, iluminadas de pronto las inteligencias de todos con su luz divina*, RECONOZCAN Y PROCLAMEN AL CAMPEÓN QUE LA PROVIDENCIA TIENE INDUDABLEMENTE PREPARADO, para que dome, confunda y aniquile á la fiera revolucionaria, y dé á su Santa Iglesia los días de poder y prestigio que se la deben, asegurando el reinado social de Jesucristo en todo el mundo».

Así se habla. Si todos los que menosprecian esta cuestión la estudiaran como D. Emilio de Fagoaga Avellán, ciertamente tendríamos mucho adelantado para la restauración, y pronto los Sres. Obispos bendecirían nuestros hechos, así como ahora bendicen un libro.

NOTA.—El núm 1.º de *La Señal de la Victoria* (1.º de Octubre de 1903) publicó este artículo tal como se leía en las cuartillas originales. Tomólo tan á mal el Sr. Fagoaga, que las alabanzas le parecieron grandes vituperios, y sucedió lo con que *caritativa ingeniosidad* publicó el número 5 de la misma revista, al que remitimos al lector para que se explique por qué hemos omitido aquí algunas alabanzas y frases publicadas allá. Añadiremos que en la mente del Sr. Fagoaga, que en su visita nos expresó verbalmente contra su intención, el Gran Monarca es Carlos VII, á cuyo respetable partido pertenece él. No se lo censuramos de ningún modo; pero quizá eso lo explique todo, ó al menos sea la causa principal de su enojo.

VIII

Los tiempos han llegado.

Fechas.

Tratándose de señalar fechas al cumplimiento de las profecías, cáese muy de ordinario en dos escollos. Unos rechazan todo señalamiento de fechas, así probables como fijas, y otros las señalan con temeridad. Los segundos, que han abundado sobremanera, son los que han desacreditado las profecías á los ojos de la crítica superficial de los primeros.

Uno de tantos señaladores, el más famoso entre los modernos, es el abate E. Combe, que escribió sobre el secreto de la Saleta un folleto intitulado *Le Gran Coup avec sa date probable*, señalando, por cierto con mucho ingenio, el 29-30 de Septiembre de 1896 para el principio de la restaración por el Gran Monarca. Llegada la fecha sin el suceso, aplazóla unos años más en la tercera edición de su folleto, que es la que poseemos (1).

Otros más atrevidos que Combe, no sólo marcaron fechas, sino que las pusieron en el texto mismo de las profecías, como si los profetas las hubieran marcado. Lo indudable, lo que ningún crítico puede negar, es que todas las profecías aluden más ó menos claramente al fin del siglo XIX y principios del XX, como época de estos acontecimientos. Si se notan diferencias, es porque unos se refieren al nacimiento del Gran Monarca, otros á su período de postración, éstos á su aparición, aquéllos á sus luchas, los otros

(1) Este folleto ha sido condenado.

á su triunfo, quiénes á la guerra general, quiénes á la paz del mundo, al cisma en la Iglesia, á la conversión universal, etc. Y además, la definición dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción influyó no poco en este asunto, de forma capaz de desorientar á buenos intérpretes.

Una profecía atribuída á Santa Brígida concreta el primer período del Gran Monarca de 1886 á 1900. Mademoiselle Couesdon, la sibila parisiense de quien otras veces hicimos mérito, dió á éste «unos treinta años», hace ya nueve ó diez, y más tarde añadió que entonces pensaba en ir á Francia para acogerse en ella sin duda.

La venerable Sor Clara Isabel, cuya inspiración profética no admite duda alguna, dijo el año 1859, de conformidad con el Venerable Holzhauser, que el Gran Monarca es el ángel del cap. X del Apocalipsis (V. *Luz Católica*, núm. 14), y que en dicho año *estaba ya para nacer*; lo cual aseguró que Jesucristo mismo lo había revelado á una persona: era ella misma.

Omitimos otros datos, porque el camino es largo; pero rogamos al lector que vea en la segunda parte nuestro *Estudio* sobre Esdras.

Hay centurias y períodos marcados por los profetas, que confirman todo lo dicho. Una predicción alemana del siglo XVIII, admitida hasta por los protestantes, dice que todo esto acontecerá después que se hagan en Alemania unos caminos de hierro.

El V. P. Dominico Fray Isidoro de Isolanis, varón muy santo del siglo XVI, apóstol y profeta de la devoción al Patriarca San José, pone como punto de partida el tiempo en que la Santa Sede ordenará «que la fiesta de este Gran Patriarca sea solemnemente celebrada en toda la extensión del dominio espiritual de San Pedro», lo cual ya se ha cumplido.

Según la profecía de Dissentis, el Gran Monarca empezará á formar sus proyectos en 1882, ó tal vez